

JIMMY  
BARNATÁN

NEW YORK



BLUES

Lectulandia

Berko, el joven guionista que investiga la vida y muerte de un oscuro músico vuelve a Nueva York, después de muchos años de ausencia, a punto de cumplir los treinta y con un sinfín de preguntas en la cabeza.

La ciudad, con sus mitos y sus cambios, como en un juego de cajas chinas, le mostrará sus múltiples rostros y rincones, los infinitos personajes anónimos, que viven sus vidas de uno en uno, desconocidos pero imprescindibles, que entran y salen del libro como los pasajeros de un vagón de metro y a los que el narrador va haciendo un hueco para completar un mapa que es, a la vez, geográfico, biográfico, erótico y sentimental.

Con el ritmo trepidante y fragmentario de un videoclip, *New York blues*, la segunda novela de Jimmy Barnatán, habla de música y de cine, de memoria y de miedos, de sexo y de tentaciones. Y como en un blues, conviven en ella el humor y la ternura, la violencia y la esperanza, la nostalgia y el futuro. Se trata de un libro valiente y arriesgado, furiosamente urbano, que retrata y adelanta la mirada de una generación, la de los que están cumpliendo treinta años.

**Lectulandia**

Jimmy Barnatán

# **New York blues**

ePub r1.0

Banshee 08.10.13

Título original: *New York blues*  
Jimmy Barnatán, 2012  
Diseño de portada: J. A. Diseño Editorial, S.L.

Editor digital: Banshee  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

SEC 1/  
TERMINAL DE LLEGADAS. JFK  
INT/DIA

I

Soy uno más de los cientos que parecen estar en cuarentena. Todavía seguimos oliendo el aire artificial del avión en la terminal, y la cola infinita en la que nos encontramos, esperando al aleatorio registro del equipaje, como esperan las vacas Angus la descarga antes de convertirse en filetes, empieza a ser insoportable.

En la terminal de llegadas del John Fitzgerald Kennedy, Jessie Lawrence, comercial de cincuenta años, Paul Vanninkof, economista de sesenta y cinco, y hasta el pequeño Micky Roiston, de catorce, con la azafata que le custodia hasta que sus padres tomen el testigo en la salida, empiezan a perder la paciencia.

Es primero de julio, quedan horas para mi treinta cumpleaños, y estoy alejado de mis seres queridos, pienso. Es primero de julio, y el aire acondicionado del aeropuerto brilla por su ausencia.

Ellos me esperan en casa, tras este extraño viaje con billete de ida y vuelta, y todavía no tengo pensados los souvenirs que llenarán mi maleta a mi regreso. No sé qué divertidos utensilios comprar, porque, después de diez años, no sé qué ciudad me encontraré.

Ni siquiera sé si finalmente llegaré hasta ella. Todo depende del cacheo de Daisy Louise Wanderleach, la inmensa agente de policía afroamericana con *middle name*, que veinte metros más adelante, decide con parcialidad a quién desnudar y a quién no, antes de salir a la calle, y de pisar el verdadero y tórrido suelo veraniego de Nueva York.

—¿Nombre completo? ¿Fecha y lugar de nacimiento? ¿Estado civil? ¿Viene dispuesto a matar al presidente? ¿Dirección donde se quedará durante su estancia en nuestro país?

—¡Buenos días!

—Le agradecería que conteste con rapidez señor... Berkonsky.

Pasaporte en regla, visado de turista, y billete compulsado de vuelta a Madrid para el uno de agosto.

Torso, brazos, piernas y entrepierna. Tocado y hundido.

—Abra la maleta, por favor.

—Cómo no.

—Vacíe en esta bandeja de plástico cada una de las prendas, para que podamos ver si oculta algo entre ellas.

—Las ha doblado mi mujer. Intentaré que no se arruguen. No sé planchar.

—Prosiga, por favor.

Camisas, camisetas, pantalones vaqueros, deportivas, botas, calcetines y calzoncillos de algodón, bañador, chanclas y bermudas. Un cartón de Marlboro, comprado en el Duty Free, y el neceser.

—Abra el neceser, si no es molestia.

Cepillo de dientes, pasta Colgate, hilo dental, maquina de afeitar y espuma. Desodorante de marca blanca, tiritas y frasco de perfume Eau Savage, de Christian Dior. Un paquete de condones de doce, y unos chicles.

—Vuelva, señor... Berkonsky, a llenar su maleta con todo lo que ha dejado en la bandeja de plástico, ciérrela y salga por el pasillo de la derecha.

—¿Es el bueno? Quiero fumarme un pitillo, sabe...

—Sí. Es el bueno. Yo también fumo, pero la ley es la ley, y ni en el vestíbulo, ni en la parada de autobuses, ni en la fila de los taxis está permitido fumar.

Hago caso, porque soy un tipo obediente. No me cuesta obedecer si tienen razón, y si después de la orden, sea cual sea, me espera un sabroso cigarrillo rubio.

Devuelvo cada una de las prendas a su sitio, el cartón de Marlboro a su rincón y los condones a su esquina.

La buena de Daisy Louise Wanderleach, la inmensa agente de policía afroamericana con *middle name*, que ha estado supervisando mi particular estancia en esta «Isla de Ellis» del siglo XXI, me mira con media sonrisa. Analiza cada uno de mis movimientos, aparta su uniforme por un segundo y se relaja.

—Dime...

—¿Berkonsky?

—No...

—¿Berko?

—Eso. Dime, Berko. He visto en tu pasaporte que, durante muchos años consecutivos, estuviste viniendo a Nueva York el mes de julio, y que, extrañamente, en el año 2000...

—...Sí. Es así.

—¿Qué hicimos para que no hayas vuelto hasta hoy?

—¿Puedo tutearte... Daisy?

—Claro, chico. Ya he terminado contigo.

—Vengo a resolverte esa pregunta. Vengo a resolverme esa pregunta. Dime,

Daisy, ¿siempre tienes turno de mañana?

—Varía...

—Espero que cuando vuelva a casa, dentro de treinta días, pueda contestarte.

—Que así sea —dijo—. Bienvenido de nuevo, Berko. Bienvenido de nuevo a los Estados Unidos de América.

## II

Sorteé a cientos de chóferes, con el cigarrillo aún en los labios y sin encender, que sostenían cientos de carteles con apellidos absurdos. Todavía más absurdos que el mío.

Busqué sin querer el nombre de sus compañías como lo hacía de niño, y si, por alguna casualidad, el destino y la providencia habían querido que otro Berkonsky, naturalmente más lento que yo, estuviese al caer.

Las dietas de mi productora, aunque no muy jugosas, incluían el transporte de ida y vuelta desde el aeropuerto al hotel y viceversa, así que, aun a sabiendas de que, esta vez, mi futuro pasaba por un taxi, un taxi vulgar, uno normal y corriente, traté de encontrarme de nuevo en sus brillantes cartulinas, que significaron y significan mucho más.

Y entonces, de la nada, recordé su nombre:

Mirage, la compañía que trabajó con mi abuela durante más de veinte años, aquí en Nueva York, tenía una flota de treinta Cadillacs con asientos de cuero, diez limusinas negras, perfectamente equipadas con bar, televisión y asientos reclinables, y otras cinco limusinas «straight» blancas, sólo para ocasiones especiales, y con una factura exclusiva, fuera de la normal del mes.

Julio solía ser ajetreado para los cuarenta chóferes de la compañía. Incluidos los de las «straight» blancas.

Julio solía ser ajetreado para toda la ciudad, cuando el adolescente que llegaba de España, con ganas de comerse el mundo, mordisqueaba las esquinas del Upper East Side, gastaba a mansalva billetes con la cara de Franklyn en la Tower Records o laceraba con sus preguntas incómodas a las amigas ricas de la familia.

El coche siempre debía estar en la puerta, para cualquier eventualidad. El coche era ese talismán capaz de sacarte de cualquier embrollo.

Pero esta vez no existían ni Mirage, ni Upper East Side, ni infinitos billetes con la cara de Franklyn. Para esta partida, el destino me tenía preparadas otras cartas. Tal vez no tan jugosas, pero desde luego apasionantes, a su modo.

SEC2/  
THE MAGIC YELLOW CUB.  
EXT/DÍA

I

FICHA DEL CONDUCTOR:

**Nombre:** Goryotán Ahmudabar  
**Fecha de nacimiento:** 18/3/1969  
**Lugar de nacimiento:** Calcuta / India  
**Fecha de emisión de la Green Card:** 30/7/2000

Goryotán Ahmudabar llegó con su turbante de sij a Nueva York, aconsejado por un primo, el sabio Bibi. Pasó los primeros años en un pequeño apartamento de Queens, compartiendo habitación con cuatro paisanos, y revoloteó por varios trabajos, cobrando bajo mano, y siempre con los cinco sentidos alerta para que ni los vecinos ni los clientes del Dely Grocery de la calle donde comenzó a asentarse, tuvieran la menor sospecha.

Goryotán el sij soñaba con tener una vida tranquila, con formar una familia, y sin pretensiones, disfrutar de los pequeños placeres.

Goryotán, el sij, llegó aquí sin saber una sola palabra sobre baseball y hoy es el máximo fanático de los Yankees.

Goryotán el sij pone CDs de country en su taxi y lee, como todo neoyorquino de pro, las noticias de sociedad del *Times*, y la sección «Art & Leissures» del fin de semana, cuando estaciona su taxi amarillo, media hora, para comer en el Pinch.

Entre la Quinta y la Sexta, en la calle 40, hay un pequeño café donde sirven un té excelente, que Goryotán el sij no perdona, ni un solo día, antes de volver a casa junto a su esposa Latica.

Su comida preferida, alejada de los currys aromáticos y el pollo tandoori, es la hamburguesa de una libra, especial y con queso, del Pinch, acompañada de una refrescante Diet Coke.

Goryotán el sij es un norteamericano más, un engranaje más de esta gran cadena.  
—¿Adonde le llevo, señor?

—Al hotel Dominique's, en la 39 y Séptima, por favor.

—Pues vamos para allá. Lo conozco perfectamente.

## II

Siempre he sido amigo de rellenar cuadernos, de intentar completarlos sin éxito. Es más que gratificante abrir un block de notas, oler el papel y coronar con afán cada página, a medida que los viajes avanzan. Porque, aunque hace mucho que terminaron los días de Mirage y Franklyn, durante estos últimos diez años de ausencia he tenido tiempo de escribir en varios lugares.

He recorrido la Toscana italiana, Sicilia, la Costa Azul, el Báltico, Países Bajos, Portugal de arriba abajo y de abajo a arriba, Normandía, las playas de Brighton y Hove, París en varias ocasiones, y hasta he rematado mi luna de miel con veinte maravillosos días en Grecia.

En todos y cada uno de mis viajes, me ha acompañado un cuaderno rallado de tapa dura, donde apuntar y dibujar, donde sanar y enfermar varias veces, donde escribir las notas de distintas canciones, donde, a modo de clásica bitácora, dejar constancia de mi paso por todos aquellos parajes.

¿Qué sería de mí sin los cuadernos incompletos? ¿Qué legado dejaré, además de unas cuantas entrevistas en revistas especializadas, algún reportaje, portada de la *Rolling Stone* si Dios quiere, unos libros mal escritos y un par de largometrajes sin éxito?

Aquí no hay mentira alguna, no hay artificio. En cada uno de estos pequeños retales, ni intento, ni logro engañar a nadie.

Pero, para esta ocasión, abandoné la tinta de la estilográfica y sus cartuchos. Traicioné a Waterman y a Dunhill, al espiral y las tapas duras, y me lancé a la modernidad con una grabadora digital, que haría que mis notas, mis pinceladas, fueran más directas y más inmediatas. Al llegar a casa y repasarlas, me servirían como esqueleto y músculo para mi nuevo guión. Al fin y al cabo, este es el objetivo real de mi viaje. La excusa perfecta y bien tramada con mi productora, para cruzar el charco y volver a la ciudad donde crecí, de igual manera que en Madrid.

Volver a la ciudad, que desde el taxi de Goryotán, el sij, me recogía de nuevo entre sus brazos, como lo hizo tantas y tantas veces, para enseñarme a vivir. Para aleccionarme en esto de crecer.

Bien, querida mía. Ya he crecido. Enséñame, ahora, cómo se sigue adelante.

—¿Prefiere que entremos por el Queensboro Bridge?

—Sí. Lo prefiero. ¿Lleva a la 59, verdad?

—Sí señor, a la 59. ¿Conoce Nueva York, señor?  
—Sí. Eso creo. Hace años que no vengo, pero sí, creo que la conozco bien.  
—Es una ciudad maravillosa, pero el tráfico a estas horas se pone terrible.  
—En todas las grandes ciudades sucede lo mismo.  
—Con todos mis respetos, no hay grandes ciudades como Nueva York, señor.  
—Ahí le doy la razón. ¿Cómo se llama?  
—Goryotán. Lo tiene escrito en la licencia que cuelga del reposacabezas.  
—Goryotán... ¡Pues tiene razón! No existe otra ciudad como Nueva York...  
—¡Pero tira de una puta vez, coño! ¿No ves que tienes el carril libre? ¡Estos putos latinos no saben conducir! ¡Todo el santo día con esa música insoportable y melosa! ¡Hay que estar al loro, hombre! ¡Que nos vamos a morir de calor aquí! ¡Tira, coño!... ¿Qué decía? ¡Ah, sí! ¡Nueva York! ¡Esta es una ciudad maravillosa!

*Primera grabación.*

*En la radio suena «True Fine Mama», de Little Richard.*

*«Dos coches y una Harley. Diez de la mañana sobre el Hudson.»*

*En el Chevrolet azul del 80 que casi choca con mi taxi, viaja Ernesto Sanches, con su hijo Washington en el asiento del copiloto.*

*No levantan dos palmos del suelo ninguno de los dos.*

*El hombre apurado, trata de que su hijo no llegue tarde a las clases de refuerzo de matemáticas, que su tía abuela, la señora Sanches, le dará durante todo el mes. Ni Ernesto ni Clara, su madre, quieren que su único hijo sea un burro. No quieren que llegue un día en el que sus compañeros más aventajados le timen con las vueltas, al volver a casa de comprar fruta.*

*Hyundai rojo. Biplaza. Parece que la joven Mira Santino también llega tarde. Aprovecha el atasco para retocarse los labios con rouge Ferrari. Está citada en el Trípoli de la Primera Avenida con la 54, para tomar un café con su amigo, el diseñador italiano Simone D'Alfio. Otro recién llegado como yo, que viene a intentar colocar una colección de abrigos para el próximo noviembre, elaborados con licra y tela de toalla. Será innovador, cree Mira, sin pensar en el termómetro de invierno, mientras trata de que el ventilador que cuelga del espejo retrovisor le dedique un par de bocanadas de aire.*

*Sudar a las diez de la mañana no es de señoritas finas.*

*Harley Davidson Sporter negra. Cuelga monos y asiento bajo añadido. Alforjas de cuero. El hábil y misterioso motorista con casco de la Segunda Guerra Mundial sortea los coches con maestría. Aunque su modelo es de los menos pesados de Harley Davidson, las bridas de esa yegua salvaje hay que saber llevarlas. Tiene prisa. Aquí todo el mundo tiene prisa, eso no ha*

*cambiado. Tiene prisa y putea con aspavientos a todos los automóviles que le impiden el paso. Consulta su reloj de pulsera con insistencia, me regala una mirada altiva a través de sus gafas ahumadas, y desaparece entre el barullo del puente.*

—¿Qué hace, señor? ¿Eso es una grabadora?

—Tomo notas para una... para un guión. Sí, es una grabadora.

—¿Es usted escritor?

—Sí, bueno no... Eh... escribo. De vez en cuando. Sólo de vez en cuando.

—Tendría que contarle mi vida. Podría escribir un libro con ella.

—Claro. Con todas las vidas puedes escribir un libro...

—Sí, sí. Lo que usted diga, pero con la mía especialmente.

—Claro... Gorgoyan.

—¡Goryotán! Lo tiene escrito en la licencia, que cuelga del reposacabezas.

—Sí, perdone... Goryotán.

—¿Se va a quedar mucho tiempo tomando notas para su guión, señor?

—Un mes exacto.

—¡Eso es estupendo!

—Sí. Lo es...

—¡Tome! Para lo que usted quiera. The Magic Yellow Cub. ¿Quiere que le vaya a buscar a algún sitio? ¡Ahí estará Goryotán! ¿Quiere que le lleve un paquete a otro estado? ¡Ahí estará Goryotán! ¿Que sólo quiere tomar una copa? ¡Ahí también estará Goryotán! ¡Abajo está mi móvil! ¡Ya sabe! ¡Así le podré contar mi vida y usted escribirá un libro con ella!

—Gracias. Muchas gracias. Perdone, pensé que los sij no bebían.

—En ocasiones especiales, yo hago excepciones. Y conocer a un escritor que va a contar mi vida es una ocasión especial.

—Ah, claro...

—¿Cómo se llama el escritor?

—Me llamo Tommy, Tommy Berkonsky. Pero puedes llamarme Berko.

—Muy bien, Berko. Espero su llamada... ¿Le dejo en la esquina, o quiere que demos la vuelta para dejarle en la misma puerta del Dominique?

—Aquí está bien. Gracias.

—¡Llame cuando quiera! ¡A cualquier hora! ¡Soy de pocodormir! ¡Le estaré esperando!

## SEC3/ EL DOMINIQUE'S. INT/DÍA

### I

¡Bienvenido! Hace más de cincuenta años que la familia Dominique nos dedicamos a proporcionarle la tranquilidad y el confort que necesita para vivir en nuestra Gran Manzana. Nuestro característico edificio de arquitectura inglesa, considerado de interés nacional desde el año 1945, es referencia en Manhattan, y ha sido el punto de encuentro de viajeros de todo el mundo. Entre nuestros huéspedes más ilustres, a lo largo de nuestra historia, se encuentran la actriz Olivia de Havilland, el músico Chet Baker, el pintor Keith Haring o el escritor por antonomasia de la ciudad de Nueva York, John Lee Strasberg.

Encontrará en nuestro pequeño café numerosas muestras de su presencia aquí, como una foto firmada por la actriz, la trompeta con la que Baker tocó en el Jazz Kingdom en 1967, una servilleta pintada en el año 1984 con lápiz y bolígrafo por el controvertido artista neoyorquino, o un relato escrito por Strasberg, dedicado a Agnes, la recepcionista, y sus conocidos crucigramas, cuando se retiró en una de nuestras habitaciones, la número 3, a escribir su afamado libro *Háblame de ti, Manhattan*.

Nuestras dieciséis habitaciones están equipadas con televisión por cable, secador de pelo, calefacción o aire acondicionado, y un completo minibar. Tenemos servicio de lavandería y de habitaciones desde las ocho de la mañana hasta las diez y media de la noche. Si lo prefiere, puede degustar nuestro famoso desayuno continental en la Sala Vincent, en honor al patriarca de esta familia de hosteleros, Vincent Dominique, o tomar una copa de media tarde en el Bar Inglés.

Esperemos que su estancia en el Dominique's sea tan deliciosa como nosotros pretendemos. ¡Bienvenido!

### II

Habitación 7. Sencilla, coqueta, moqueta, colcha suave, enorme aparato de aire

acondicionado congelando las manijas del reloj de pared, y un excelente ventanal que deja pasar el ruido de la calle.

Minibar escueto, completo, con miniaturas de Dewar's y Beefeater, latas de 20 centilitros de Coca-cola, Fanta y Budweiser. Cacahuets, patatas fritas y cayú. Parece que no es tan escueto.

Imagino a Lady Marian Fitzwalter paseando su enorme melena por estas habitaciones, las notas de la trompeta de Baker, iluminando los pasillos oscuros y haciendo bailar entre las palabras de Strasberg a las figuras de Haring. Imagino el mejor de los banquetes con todos ellos, pero también dedico un instante a los figurantes que adornan la escena. A los extras de esta maravillosa secuencia, que, en habitaciones contiguas, rellenan con su presencia los fueros de cámara.

### III

*Segunda grabación.*

*En mi iPod suena «Touch Me» de Johnny Burnette.*

*«Habitación 2.»*

*Antes de volver a casa, y después de tomar un café en la cafetería del hotel Plaza, el joven William y su compañera de bufete, la señora de Shaw, suben juntos a la 2 del Dominique, para quererse durante la siesta.*

*Los tobillos de Anna son los cimientos de William. La pulsera de oro que cuelga de su pie, y que el señor Shaw le regaló por su séptimo aniversario, es el más divertido de los pasatiempos del joven picapleitos, después de amarse.*

*Ella volverá a su casa, cansada y a mesa puesta. Dará un beso a sus dos encantadoras hijas y hará un esfuerzo por complacer a su esposo.*

*Bernardina, la asistente italiana de la casa de los Shaw, mientras tanto, fantasea con llevar algún día una tobillera de oro, y se esfuerza diariamente, con sus labios carnosos y a la hora de la siesta, por conseguir su objetivo.*

*El novato, aunque apuesto letrado, abandonará tres meses después la cafetería del Plaza, a la señora Shaw y sus siestas. Se reencontrará en el quiosco de la cincuenta y primera, sobre las dos de la madrugada y ojeando la portada del Bussines Today, con Melissa Johnson, compañera de carrera en la universidad de Princeton, y hará de su tambaleante vida amorosa un castillo de caricias y cariño junto a ella.*

## IV

Me han dicho que ya no existe el hotel Plaza, que lo han convertido en apartamentos de lujo, y que su fastuoso bar, el Oak Bar, ha sido adquirido por una marca de joyas, para instalar allí su local más grande.

Uno de los iconos de la ciudad que yo conocí había caído presa del mercado, y sus dueños no habían logrado reflotar los números negativos.

El espacio mágico, el triángulo isósceles formado por el Plaza, el restaurante Harry Cipriani de la quinta, casi esquina con la 59, y FAO Schwarz, la juguetería por antonomasia, carecía hoy de uno de sus pilares.

Al escenario idílico del adolescente con pasta en el bolsillo, le faltaba un punto de apoyo.

El paisaje repleto de sueños, libertad y objetivos, cargado de calesas en la puerta de Central Park, de humeantes carros con perritos calientes, de bolsas y bolsas de Barnes & Noble, se ha convertido en una fotografía futurista, que no ha contado con mis deseos de futuro.

El acristalado cubo de Apple es el nuevo y moderno vértice, donde se apoya el gentío. Es el atlas que aguanta el peso del mundo, y que ha liberado al verdadero, que soporta estoico en la calle 60 con Lexington, las fotos del turista, sin ningún valor.

El futuro me ha pasado por encima, y sin darme cuenta me ha tomado la delantera.

Tengo que comprarme un iBook. Antes de salir, en Madrid, ya vi a un tipo que podría ser mi abuelo, leyendo en uno en el metro.

SEC4/  
SHEILA BROWN.  
EXT/DÍA

I

En la teoría del viaje, esa teoría que uno siempre intenta saltarse para improvisar, debía llamar sin dejar pasar un minuto a uno de mis nuevos enlaces en la ciudad, la fotógrafa Sheila Brown.

En la productora la tienen en muy alta estima, sus trabajos para distintos directores de cine de renombre y exposiciones en las galerías de arte más importantes del Soho la han alzado como una de las artistas más prometedoras del momento.

Su mirada especial, escribió el poeta y crítico de arte John Ashbery, su concepción del espacio, la sensibilidad vírica que atesora Sheila Brown se reflejan en sus instantáneas, teñidas con la tinta del desarraigo y la ausencia. Brown es, sin duda, el joven referente de la fotografía moderna norteamericana. Tiene la mirada que cualquier estadounidense que se considere un patriota debe tener de su país. Sin artificio, sin enredos ni trucos, Brown nos ha mostrado a lo largo de su reciente, aunque prolífica, carrera las imágenes de una sociedad en descomposición, de una manera de vivir que cambia segundo a segundo y que no se detiene por nada ni por nadie. Nos invita, en cada una de sus fotografías, al viaje de la autocrítica, y ya ha pasado a formar parte de la lista de los grandes fotógrafos nacionales.

En la teoría, digo, debía llamarla, pero los artistas tienen un ego tan grande que se convierte en una especie de cálida manta que les impide levantarse antes de la una y media de la tarde, y lo que menos esperaba era empezar con mal pie, con la que debía fotografiar, para mí, localizaciones y personajes, durante buena parte de mi estancia en Nueva York.

¿Un café en el Plaza a la hora de la siesta sería una buena primera cita? Me pregunté entre risas, saliendo, al fin, a la calle.

II

17:25 En Rockefeller Center

—¿Hola?

—Dígame

—Soy Berkonsky, de Madrid.

—¿Cómo estás?

—Bien, todo bien.

—Has llegado hoy, ¿verdad?

—Sí, hoy por la mañana. Pero he querido esperar un poco para llamarte. Me ha parecido que era un poco temprano, y luego me he liado a caminar y se me ha ido la hora.

—Has hecho bien. No me levanto nunca antes de la una y media. Dime, ¿tienes un rato o prefieres que nos veamos mañana, para ponernos a trabajar?

—Como quieras. Ahora estoy en Rockefeller Center.

—¡Uf! Olvídate del oro brillante, yo voy a enseñarte Nueva York, chico. Coge el metro, línea A azul y baja en Chelsea. Te espero en la salida y tomamos algo.

—...Bueno, bien. Está bien.

—En media hora nos vemos, Berkonsky.

—Sí. En media hora, Sheila.

### III

*Tercera grabación.*

*En el iPod suena «Hollywood Nocturne», por Brian Setzer and his Orchestra.*

*«Vagón de un tren. Tres paradas, tres estancias.»*

*Primera: El limpiabotas.*

*A mi lado se sienta un hombre mayor, negro. De unos setenta años.*

*Utensilios y betún de limpiabotas. Su nombre es Michael. Vive cerca del puerto, en uno de los pocos edificios de renta antigua que todavía se mantienen en pie y no han sido devorados por los holdings.*

*Es viudo y, en el bolsillo de su chaleco, guarda, como oro en paño, la foto de su difunta esposa. Habla con ella antes de dormir. Es el único dios que le queda.*

*Segunda: La reina del vagón.*

*No tiene ni nombre ni aspecto, porque son todas y ninguna. Sólo entra, se agarra a una de las barras metálicas o se sienta, y deja pasar el tiempo. La*

*reina del vagón mira de vez en cuando. Cruza sus ojos con los míos y piensa, como yo, en un frenético y apasionado baño de bar. Sin mover un músculo, llega a su estación y desaparece para siempre.*

*Tercera: Conjunto vacío.*

*Por el mismo asiento, ante mis ojos, y al cabo de media hora, han pasado Michael, Grace, Norman, Paul, Mary y Stewart. Antes de llegar, tal vez por la mañana, lo hicieron Mark, Spencer y Jake. Mañana lo harán otros. Y pasado otros. Y en meses lo harán otros, y en años otros, y cuando muera seguirán haciéndolo otros.*

*Seguirán formando parte de ese conjunto vacío.*

## IV

Tenía curiosidad por ver el aspecto de Sheila Brown. Al fin y al cabo, estaba solo, en Nueva York, y con varias noches por delante.

Que el contacto que mi generosa productora tenga para mí sea una mujer, vanagloriada por el mismísimo Ashbery, y con una «sensibilidad vírica», no hacía más que prender más la yesca.

Pero mi mujer, allá en Madrid, podía estar tranquila. No soy de esos tipos que se acuesta con la primera fulana que se le pone por delante.

A pesar de faltar pocas horas para mi treinta aniversario, yo sigo creyendo en el amor, y por extensión en el matrimonio. Por lo menos en mi matrimonio, que es el único que me importa.

Pero una cosa está clara. La señorita Brown, que debe sacarme cinco años fácilmente, y yo sabemos que la soledad de un hotel, el silencio y el lado izquierdo de la cama vacío son perjudiciales para la salud.

## V

Me sacaba dos cabezas, no es difícil. Gran sonrisa y ojos camuflados en unas enormes gafas de sol. Camiseta blanca de tirantes, sin sujetador y minifalda de tubo vaquera. Botas de cuero vuelto marrón y un zurrón a juego.

¿Todos los personajes tienen que ser perfectos? Parece que sí.

Uñas pintadas de negro y unos pendientes con plumas hippies, rojos y azules.

Axilas depiladas, media melena castaña y piernas largas.

Estaba sentada en un banco frente a la estación.

La cámara colgaba de su cuello como un señuelo, ciñendo la camiseta a su pecho.

Firme, no grande.

—¡Hola!

—¿Sheila?

—Sí, soy yo. ¿Qué tal el viaje en metro? Esta es una zona genial de Nueva York.

—Lo sé. No es la primera vez que vengo.

—Fantástico. ¿Conoces la ciudad? Entonces nos llevaremos bien. No me gusta hacer de niñera.

—¿Cómo?

—Nada. Cosas mías. ¿Quieres que tomemos un café?

—Claro. ¿Sabes de algún sitio por aquí?

—¿Ves? A eso me refiero con lo de la niñera. No me gusta mandar. Prefiero que decidan por mí. Sí, sé de un sitio aquí cerquita que está muy bien. Si no te gusta el café, puedes tomar otra cosa. Una cerveza, un cóctel, una copa...

—Sí. Casi prefiero una copa.

—¡Genial! Yo no tomo café.

—Cualquiera lo diría.

—Hablo mucho, ¿verdad? Todo el mundo me lo dice.

—Bueno...

—No seas tímido Berkonsky...

—Berko. Si quieres, puedes llamarme Berko.

—Genial. Pues Berko, sé que rajo como una perra. Puedes decirlo.

—Pues... rajas... ¿Como una perra?

—Sí. ¡Guau, guau! Dime Berko, cuéntame cosas. ¿Qué vienes a hacer exactamente?

Seguía hablando, y hablando. Y yo necesitaba, imperiosamente, el teléfono de su camello. La señorita Sheila Brown era agotadora y llevaba con ella apenas un minuto.

Forma parte del ego de los artistas, pensé. Tal vez de la inseguridad de los artistas, mejor dicho, que camuflan su inestabilidad con frases rápidas, banales. Fabrican máscaras continuamente hasta que encuentran una que les queda perfecta y les oculta completamente.

Sheila, con un solo minuto de conversación, ya me había mostrado la suya.

—¿Vamos al Cole Porter?

—Sí, Sheila. Donde quieras...

—¿Tú eres de whisky o de ginebra?

—¿Yo? De whisky, supongo. Pero no le hago ascos al gin-tonic.

—¡Joder, Berko, exactamente igual que yo!

—Entonces nos llevaremos bien.

—¿Aunque raje como una perra?

—Sí.

—¡Fantástico! ¿Te importa que llame a una amiga? Es encantadora, seguro que te gusta. Es modelo, francesa. Ayer terminé un trabajo en el estudio con ella. Han quedado unas fotos geniales.

—¿Para qué son?

—Para mi próxima exposición. He decidido incluir una serie de retratos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Nunca hago retratos. No me gustan. Pero para esta exposición, me ha parecido necesario. Ya sabes, ponerle caras a la nación, bla, bla, bla... Perdona un momento... ¿Cherie, nos vemos en el Porter's? Estoy con un amigo... es español. Y muy mono. Cuando escuches el mensaje, me llamas. Ciao... ¿Qué decías?

—Nada. Yo no decía nada.

—Pues sí. Yo soy de whisky. Me va el Kentucky, el bourbon, el escocés y el de las Highlands.

—¿Paddy?

—¡Claro! Odio el gin-tonic con pepino. Te lo digo por si se te ocurre que vas a quedar bien invitándome a una de esas mariconadas.

—¿Con pepino? ¡No! ¡Limón, y a volar!

—¡Eso es! ¡Limón y a volar! ¿Por dónde quieres que empecemos? ¿Brooklyn? ¿Coney Island? ¿Bronx?

—¿Qué?

—¡Las fotos! Igual te estoy agobiando. Claro, todavía tienes el *jet lag*... perdona, pero es que...

—¿Rajo como una perra?

—¡Sí! ¡Como una perra! ¡Guau, guau!

—¿Dónde dices que vamos?

—Al Porter's. De Cole Porter, el compositor. ¿Sabes quién es?

—Sé perfectamente quién es Cole Porter.

—¡Perdona, chico! ¡No se te puede decir nada! El sitio es estupendo, Eugene, el *barman*, hace unos cócteles excelentes. Te vas a quedar pasmado... Siempre me reúno allí con Cherie. Ya verás lo guapa que es. Te va a encantar. A ella le va más el ron... Las francesas, que son muy raras... Tiene ese puntito esnob que me encanta. Pero tú y yo nos tomamos un whisky. ¡Fantástico!

—Sí.

—¡Guau, guau!...

SEC5/  
18:30  
INT/NOCHE

I

El instante es el mismo. Las agujas del reloj de pared de mi habitación número 7 del Dominique's deben de seguir congeladas por el enorme aparato de aire acondicionado. El instante es el mismo en todos los lugares del mundo y siempre quiero estar donde no estoy.

**Normandía**

En una pequeña ciudad de costa, alejados del bullicio del centro donde se hace la vida, cuando la luna llena está en lo alto, dos amigos, que rozan la treintena, beben una botella de whisky barato, a los pies del faro.

Samuel odia las relaciones a distancia, y la que algún día será su esposa disfruta del veraneo junto a sus padres, a más de ochocientos kilómetros.

Las cifras redondas le inquietan. El futuro redondo le inquieta más aún.

El otro, Jean, sigue con detenimiento la estela que la luz del faro marca en el horizonte.

Nunca antes pensó en echarse a la mar. Un carguero o una plataforma petrolífera son sus primeras opciones.

Todavía queda un mes de verano, piensan. Nuestro mes de verano.

Septiembre llegará cargado de nuevas noticias, a esta pequeña ciudad de costa de Normandía.

**Monrovia**

La temperatura en la capital de Liberia es inaguantable. La sensación térmica se mezcla con el olor a pescado seco y el ruido ensordecedor de los automóviles. La uralita y el adobe se pegan con las parabólicas y las armas.

Jeffrey, el rasta radioaficionado, contacta con un joven israelí que vive en Haifa.

Exponen sus coordenadas exactas, la hora y los grados Fahrenheit que cada uno sufre y, en un alarde de cordura, hablan de su concepción de paraíso.

## Madrid

Azahara cierra sin prisa la enorme persiana de su tienda de té. El verano debería estar para disfrutarlo, piensa girando la llave.

Cuatro paquetes de manzanilla, otros cuatro de té rojo y uno de verde. Un juego de ocho tazas con sus platos, y dos kettles. El verano debería estar para disfrutarlo, repite repasando las ventas del día.

La capital está tan vacía como se predijo en las noticias durante los últimos días de junio. No hay sobresalto y su autobús atraviesa el centro sin tráfico alguno.

Azahara cena sola en el Drugstore que cierra tarde. Ojea sin interés una revista de moda y elige un bikini negro, que disimule sus infundados complejos, durante sus vacaciones, el mes que viene.

Sueña con estar en otro lugar a la misma hora.

## Nueva York

Nada más pasar la calles Bradford y Downing, lindando con el pequeño parque de Chelsea, está el Cole Porter's.

Portón rojo de madera y lista de precios pintada en el ventanal con los colores de la bandera francesa. Ailton, el portero brasileño, se abanica con un folleto de papel, paseando sus bíceps de hierro, y una manifestación de fumadores suda con el calor del primero de julio a pocos metros de la puerta.

—Vamos, entra. Será divertido. ¡Hola, Ailton, cariño!

—...Sheila.

—¿Todo el mundo te conoce?

—Sí. Me tratan bien. Me quieren. Les gusta tocarme. Pero no te preocupes por Ailton... Es inofensivo.

—¿Inofensivo?

—Sí. Inofensivo, no sé si me entiendes... Él y yo tenemos los mismos gustos.

—¿Por qué iba a preocuparme?

—¡No sé! Los españoles sois tan posesivos... ¡La dama en peligro! ¡El honor de una mujer! ¡Don Juan!

—¿Crees que los españoles somos como Don Juan?

—Los toros, la pasión, valientes, bravos, gallardos... ¡besos!... ¡Ole, ole, ole!

—¿Sabes? Me gusta que creas que me preocupo.

—Lo sé. Eres español.

—¿Crees que nos conoces bien?

—No lo creo. Lo sé.

—¿Has hecho un máster en idiosincrasia latina, aquí en Nueva York?

—Hice un máster en idiosincrasia latina, sí. Pero no te voy a decir dónde.

—¿Cuándo?

- ...Fue hace tiempo. En las sábanas de mi cama.
- Has tardado poco en decírmelo.
- Soy una perra.
- Una perra voraz.
- ¡Guau, guau!

## II

Eugene, el barman, escoge bien los ingredientes, y los coloca parsimoniosamente sobre la barra. La gente observa. Hay algunos incrédulos.

Eugene, el barman, enjuaga el limón, y lo corta en dos con un cuchillo japonés. Sabe cuál será el adorno final. Optará por colores fríos. El ambiente ya está bastante caldeado.

Eugene el barman, comienza por la bebida con más gradación, base de la mixtura. Cuenta en su cabeza los tiempos exactos para que la dosis sea certera. Tanto el veneno como el alcohol, necesitan cantidades medidas para cumplir su objetivo.

Eugene, el barman, continua con el licor de menor graduación, para complementar la base. El cuadro comienza a percibirse. Cada vez son más los que miran. Menos incrédulos. El lienzo ya no es blanco.

Eugene, el barman, prosigue con su creación con zumo, para suavizar y darle al paladar la justa proporción. Toma la coctelera, y como un metrónomo, señor del compás, comienza el bamboleo.

Los incrédulos de antes se han convertido ya en devotos.

Toma la copa idónea. Helada. Adorna y sirve con una sonrisa atada a los labios.

Cada cóctel es una religión, piensa Eugene, el barman, trescientas o cuatrocientas veces por noche. Porque prepara clásicos: bellinis, manhattans, negronis. Cosmopólitan, mojitos y margaritas. Destornilladores, dry martinis, daiquiris, gin fizz, floridas, bloody marys, black rusians, white rusians, alexanders, bronx, long island. Tequila sunrise, piña coladas, pink gins y papagayos. Rob roy y tom collins. Y todos, por el módico precio de veintidós dólares.

—Un whisky soure, cariño.

—¿Y usted?

—Yo tomaré un escocés. Etiqueta negra, doble y con hielo.

—Muy bien.

—¿No te animas con un cóctel, Berko?

—Tal vez más tarde. Ahora, prefiero un whisky.

—¿Os vais a quedar al pase de hoy?

—¿Quién toca?

—Jimmy Q and The Rain Fellas.

—Suena bien... Eugene, cariño, estamos esperando a Cherie.

—Estupendo, Sheila. Cuando llegue os siento en la mesa número dos.

—¡Ay! ¡Me encanta la número dos! ¡Gracias, cariño! ¡Ah, mírala, por ahí viene!

...

Entonces, las letras y los números de los precios, pintadas a lo tricolor, del ventanal empezaron a bailar al ritmo que los tacones negros de Cherie marcaban. Una mujer todavía más alta que Brown, despampanantemente rubia, cara lavada y hermosa. Labios finos. Contoneo altivo, cuerpo escultural, y manos de pianista sujetando un pequeño bolso azul eléctrico.

La multitud de la puerta se abría para dejarla pasar.

Ellos, nosotros, dóciles como corderos. Ellas, el resto, susurrando como carniceras.

—Ya sabía yo que te iba a gustar...

—¿Eh?

—Pues, cuidado, que tiene problemas con la bebida...

—¿Eh?

—Nada, cariño. Nada...

### III

—¡Hola, guapísima! Cherie, este es Berko. Berko...

—Encantado...

—Igualmente.

—¿Quieres pedir aquí o nos sentamos? Eugene nos ha guardado la número dos...

—Pido aquí, no te preocupes, Sheila.

—¿Qué tal, Cherie? ¿Qué quieres tomar?

—Hola, Eugene. Alguno sin alcohol. Ponme un «Enano Amarillo».

—...Cuidado, Berko, que creo que le gustas.

—¿Lo dices por el nombre del cóctel?

—¡Qué gracioso eres! Tampoco eres tan pequeño...

—En horizontal todos somos iguales... ¿Qué lleva?

—Explícaselo tú, Cherie...

—Verás...

—...Berko

—Verás, Berko. Primero se casca un huevo y se pone sólo la yema. Luego,

lentamente, se le echa un chorrito de nata líquida. Más tarde un vaso de fruta de la pasión, y después la misma cantidad de agua con gas, para que las burbujas chispeen en la lengua. Al final se le añade otro chorrito de leche de almendras... ¿Quieres probar del mío?

—Definitivamente, creo que le gustas.

—¡Calla! Te va a escuchar... ¿No hay mucha leche?

—Nunca es suficiente...

## IV

*Cuarta grabación.*

*Suena por los bafles «Stars fell on Alabama» de Ella Fitzgerald y Louis Armstrong.*

*«Un reino de veinte metros.»*

*El camino no es muy largo. Apenas veinte metros.*

*Sorteo, en el vagón de cola, las mesas, y observo a cada uno de los aspirantes a la corona, ver pasar a la reina. Unos, los más caballerosos, se levantan para dejarle espacio. Otros, temerosos, agachan la mirada ante su luz.*

*Todas las mesas tienen velas apagadas, que, automáticamente y como un resorte de magia, se prenden cuando su cuerpo caliente se acerca.*

*En la quince hay un volcán que ha entrado en erupción, en la tres un geiser que, con energía, despide agua hirviendo. En la nueve, otra mujer que escupe fuego por los ojos, y en la veintiuno, la más alejada de todas, Sandy cava con media sonrisa la fosa para enterrar a Troy, su marido babeante.*

*Todos la admiran, todas la odian, y yo avanzo a pocos centímetros de su trasero. Ella es para mí. Ella es ese regalo que mis treinta veranos se merecen. El camino no es muy largo. Es mi reino. Apenas veinte metros.*

## V

Nota del *New York Times*: «Jimmy Q & The Rain Fellas en el Porter's».

Esta tarde noche, a partir de las seis y media, tocan en el Porter's (431 de Lancer St.) Jimmy Q & The Rain Fellas, presentando su último disco, *Naked New York*.

El cantante, natural de Brooklyn, junto a su inseparable banda integrada por Diegus Hillan a la batería, su padre Ferdinand Hillan al contrabajo, George «Special» Vera al piano, Bel Bel Cavern con la guitarra y Kristoff Sandecki al saxo alto, mostrarán las canciones de su último álbum, repletas de sentimiento y soul.

El repertorio de esta noche también contendrá canciones de sus anteriores álbumes, así como versiones de rock. Un espectáculo a la altura del Porter's, que no debe perderse si quiere navegar en el verdadero espíritu de la Gran Manzana. ¡Caerá bajo su embrujo!

SEC6/  
REPERTORIO.  
INT/NOCHE

I

«**Roadhouse Blues**»

Entramos en calor con los primeros golpes del contrabajo.

Cherie se sienta a mi lado.

La batería comienza a acompañar con el bombo a tierra.

Eugine se sienta al lado de Sheila.

La guitarra y su riff desvelan la canción para el gran público.

Cherie chupa su pajita y me mira. Mueve la cabeza arriba y abajo.

La voz del pequeño cantante hace prever una noche de gloria.

No hay duda. Eugene y Sheila tienen más que una poderosa amistad.

«The way you make me feel».

El saxo, el piano y el pequeño cantante modulan de igual manera dos acordes que suenan a blues.

Cherie cierra los ojos y se desabrocha el último botón de su blusa.

La cadencia y el pausado ritmo dejan tiempo para mirar al pequeño cantante las reacciones de la gente ante la versión de Michael Jackson.

Sheila y Eugene encuentran sus manos en un recoveco de la butaca.

El voicing del saxo me turba. Me llena. Cherie no mira al escenario y termina su lechoso cóctel sin alcohol.

No se fuma, pero el Porter's empieza a cargarse.

«**Fever**»

Aro en la caja. Contrabajo exacto. La fiebre sube.

Cherie imita a su fotógrafa y busca mi mano en la butaca. No me resisto por el momento, y doy gracias a Dios por ponerme vaqueros y camisa medianamente larga, que tapen mi total beneplácito a sus dedos tocando mis dedos.

La banda al completo responde al estribillo, dejando brillar la voz.

Cherie no se queda en la mano y me ataca la pierna derecha.

Entonces Sheila deslumbra al pequeño cantante con su flash.

Él sonrío, Cherie le mira, Eugene le trae un cosmopolitan y ella quita su mano de mi pierna derecha.

Parece que la chica del safari ha cambiado su objetivo. ¡Quiero otro Johnny Walker!

### «What a wonderful world»

La letra de esta canción llega para mí como un exorcismo.

Cherie se desabrocha el segundo botón de su blusa, y bebe su cóctel mirando al pequeño cantante.

El saxo alto dibuja frases perfectas, el piano juega con ellas y la guitarra acompaña con un elegante punteo.

Sheila y Eugene son pareja. Al menos pareja eventual. Se miran y se tocan la cara.

Entonces recuerdo mi casa, a mi mujer y a mis padres. Recuerdo el «sí, quiero» y me calmo, aparentemente. Recuerdo también la primera vez que escuché esta canción con la oscura voz de Armstrong, y no me importa cuándo ni dónde. ¡Quiero otro Johnny Walker!

### «Blue Suede Shoes»

Parece que el pequeño cantante no se conforma con arrebatarme el primer regalo de mi treinta cumpleaños. Lo tiene todo medido, bien estudiado.

Cherie, ferviente admiradora de Johnny Hollyday, y amante del rockabilly, vibra con la versión del tema de Cari Perkins.

El guitarrista, de barba corta y gris, como todos los hombres del Porter's, se fija en Cherie y le dedica el primer solo.

Sheila y Eugene se besan. Estamos en la mesa número dos. ¡Por Dios!

A estas alturas ya formamos parte del espectáculo.

El whisky cae en dos sorbos. ¡Quiero otro Johnny Walker!

### «Queen of the Highway»

Por suerte, la pausa del primer pase se acerca. Ataré a mi presa y le obligaré a seguir con su juego sensual en el recoveco de la butaca. Ya somos todos muy mayores para tonterías. Y yo vine a cazar primero. No dejaré que ninguna hiena disfrazada de pequeño cantante de blues llegue a quitarme mi antílope herido. Este es mi reino, ¿no? En eso habíamos quedado, Cherie...

Ni guitarristas con barba corta y gris, ni volcanes en erupción, ni géiseres que, con energía, escupen agua hirviendo serán capaces de robarme mi tesoro.

¡Quiero otro puto Johnny Walker!

### «Summertime»

La versión instrumental, swingueada y frenética de la banda, con la que se despiden

antes de la pausa, oculta la última de las artimañas del pequeño cantante. Se baja del escenario. Desaparece.

Sheila y Eugene siguen besándose. Cherie se disculpa como una elegante ramera y se levanta para ir al baño. El guitarrista sonrío, se quita las gafas de sol y me mira. «¡Parece que nos la ha levantado a los dos el chiquitín, muchacho!».

Llega mi whisky, pero lo dejo entero con sus dos rocas de hielo.

¡Se acabó lo que se daba! Yo no tengo que aguantar el tipo en un escenario. No tengo ninguna necesidad de soportar la humillación de la modelo.

¿Su cara de ángel? ¿Su cuerpo escultural? ¿Sus manos de pianista tocando mi pierna derecha? ¡No valen más de tres billetes con la cara de Franklyn!

—¿Te vas?

—No me encuentro muy bien. Necesito dormir.

—¡Muy bien, cariño! ¡Mañana te llamo y vamos a hacer esas fotos!

—Claro Sheila. ¡Muy buenos tus cócteles, Eugene! ¡Sobre todo el Enano Amarillo! ¡Deberías echarle cianuro para que sea realmente mortal!...

—¿Se ha enfadado por algo?

—...Déjale. Es español. Le dije que tuviera cuidado. ¡Volverá en un par de días como si nada hubiera pasado!

SEC7/  
NACIDO EL 2 DE JULIO.  
INT-EXT/DÍA

I

*Quinta grabación.*

*Las agujas del reloj de pared de la 7 del Dominique's marcan las 10:58. A pesar del ruido de la calle se escucha algún pájaro de mañana. Suena en mi iPod «Basin Street blues», cantada por Dr. John.*

*«Vuelta al hotel.»*

*Ni el parte meteorológico para aquella noche, ni la televisión, ni la mente más agorera de la ciudad habría imaginado que a las 22:45 del primero de julio, una sonora tormenta, con todo su aparato eléctrico en alto, caería sobre Manhattan.*

*Berko sale airado del club. Inflado por el whisky, confunde la izquierda con la derecha y se dirige hacia el sur. Más hacia el sur.*

*Los neones brillantes se mezclan en los charcos con la luz de los relámpagos. El asfalto brilla y el ruido de los automóviles se confunde con el operístico despliegue del cielo.*

*Nunca debí hacer así este viaje, se dice. Nunca debí aceptar el trabajo, ni permitir que una puta engreída se encargue de fotografiar qué sé yo qué para mis notas... Yo tengo mi propia cámara y no necesito una artista esnob del Soho. No necesito a una charlatana de feria que se dedica a coquetear continuamente con todos los camareros de Nueva York.*

*Los semáforos bailan y las calles se hacen cada vez más sombrías.*

*Berko confunde sus lágrimas con la lluvia. Nueva York le queda grande. Le ha perdido el pulso al personaje que quiere interpretar en su propia fábula, y llora como un crío al que han castigado sin jugar con su juguete predilecto.*

*Berko se cruza entonces con Paladdine, el mendigo de la calle 14 y su carro repleto de cartón, que le ofrece resguardo.*

*Paladdine es la persona más generosa de la ciudad. Berko no lo sabe.*

*Paladdine es la redención de todos los asquerosos pecados del hombre y le ofrece un cigarrillo a cambio de nada, hasta que amaine el temporal.*

*Ahora los dos fuman en silencio. Berko piensa en su abnegada esposa. Berko piensa en Sheila, Berko piensa en Eugene, el barman, Berko piensa en la cara angelical de la modelo francesa, rebotando rítmicamente, una y otra vez, contra los azulejos del apasionado cuarto de baño del Porter's. Piensa en su lengua tocando la cerámica fría y sus manos agarrándose con placer a la taza del váter.*

*Los coches levantan el agua de lluvia de la carretera, y fabrican inesperadamente maravillosas cortinas de agua que la luz de los faros convierte en lámparas de un instante. Medio segundo de luminosas lámparas amarillas.*

*Berko regala su paquete de Marlboro a Paladdine, que le promete un paraíso mientras bebe de una botella camuflada en una bolsa de papel de estraza. Paladdine es un padre para él bajo la tempestad. Paladdine es la tierra firme y él un yate de Long Island a la deriva. Le abraza. Abraza al mendigo de la calle 14 y vuelve sin timón a la tormenta.*

*Todo ha cambiado en Nueva York, se repite una y otra vez, sin saber que sus botas mojadas, hace diez años, le habrían llevado al verdadero matadero.*

*La ciudad se ha emborrachado de sí misma, ha bebido demasiado cariño y la leche de almendras se le ha subido a la cabeza.*

*Ha tragado demasiado afecto gratuito.*

*Hoy es una fulana buscando calor en el baño del Porter's...*

*¿Quieres mi calor? ¡Pues quédate con las ganas, sucia colección de edificios infectos! ¡Cuadrícula del artificio! ¡Jodes todo lo que tocas! ¿Sabes, ese picapleitos que pensó que se comería el mundo junto a su compañera de universidad? ¡Sí! ¿Ese William del hotel Plaza, la pulsera en el tobillo de la señora Shaw y el romántico quiosco a las dos de la madrugada?... Ese William se hizo mayor, tuvo dos hijos obesos, vio cómo su mujer también engordaba y agriaba su carácter, cómo su familia iba muriendo y una buena mañana, leyendo la tira cómica del Financial Times, se reventó la tapa de los sesos con un Colt de señorita, sentado en el retrete de su lujoso piso de Park Avenue.*

*¿Quieres que siga?*

*Paladdine, el mendigo de la calle 14, también morirá.*

*Si no le doy una oportunidad a su historia, no podrá salvarse. No podré salvarme. ¿Me entiendes? ¡Y sólo puedo hacerlo en tu regazo, Nueva York! Perdona por los insultos. Dime que quieres mi calor y te lo daré. No dejes que Paladdine muera porque sin su imagen, sin su anonimato sublime, tú también lo harás. Sin la reina del vagón, sin tus ventanas indiscretas, sin tus mapas, sin*

*tus pequeñas calles, tú también lo harás. Y si lo haces, yo iré detrás.*

### III

No había apagado la grabadora cuando sonó mi teléfono. Había dormido poco aquella noche. No recordaba con claridad cómo había conseguido abrir la puerta de mi habitación, o si algún alma caritativa se había apiadado de mí y mi lamentable estado de embriaguez, para meterme en la cama. Tal vez Agnes, la recepcionista, abandonó sus crucigramas anoche para auxiliarme.

El sol brilla ahora en lo alto del cielo de Nueva York y ya no hay remedio. Hoy es 2 de julio. Treinta años me contemplan, acariñando el lado izquierdo de la cama, vacío. El teléfono suena varias veces.

Necesito con urgencia un Alca-Seltzer porque mi cabeza zumba como una colmena.

¡Que dejen mensaje! ¡Es mi cumpleaños y yo debería estar dormido todavía!

#### **0034-91-556-58-37**

«¡Hola, pequeño, somos papá y mamá! ¡Feliz cumpleaños! ¡Te nos estás haciendo mayor, eh... Bueno. Supongo que anoche tendrías farra... Llama cuando te despiertes. Besos».

#### **0034-649-952-166**

«¡Qué pasa, capullo! ¡Ya sabes lo que es ser un treintañero! Las resacas serán peores, el humor será peor, el aguante trincando será menor... En fin, llamo para darte ánimos. A ver si hablamos estos días, colega. ¡Abrazos desde el salvaje oeste!».

#### **0034-651-04-34-49**

«Cariño, soy yo. ¡Muchas felicidades! Ahora estarás contento... Al fin has vuelto a Nueva York. Pero no te hagas el loco ni te olvides de mí. Llámame, anda... Cuéntame cómo ha sido el primer día. Por cierto, bienvenido a los treinta. Ahora, cuando me queje porque no quiero salir, sabrás de primera mano por qué lo hago, jajaja... Te quiero, Berko. Te quiero mucho. Ciao».

#### **Llamada interna**

«Señor Berkonsky, soy Agnes, de recepción. Mi llamada es para recordarle que puede disfrutar de nuestro desayuno continental en la sala Vincent hasta las doce del mediodía. Gracias, y disculpe las molestias.

»Por cierto, espero que no tenga mucho dolor de cabeza esta mañana. Abajo

tenemos Alca-Seltzer, si lo desea».

Sí. Fue Agnes, la recepcionista.

—¿Sheila?

—¿Qué hora es?

—Son las once de la mañana en Nueva York. El termómetro de Union Square marca 80 grados Fahrenheit, y podríamos calificar el tráfico como bastante fluido en la F.D.R. Hoy es 2 de julio y hay un tipo en el Dominique's que quiere hacer unas fotos. ¿Te acuerdas?

—...No me levanto antes de la una y media, te lo dije...

—Si una es señora para acostarse a las seis, lo es para despertarse a las once.

—...El refrán no es así.

—No me contradigas, jovencita, que el refrán hablaba de levantarse mucho antes...

—¡Vale ya! ¡Me has despertado!

—Eso es fantástico, Sheila. ¿Cómo quedamos?

—¡Mierda, mierda, mierda! Te paso a buscar por el hotel en veinte minutos...

Una pick-up azul vieja.

—Genial. Te espero en la calle, fumando. ¡Ah! Hoy es mi cumpleaños...

### III

—¡Odio este puto coche!

—¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea. He llegado perfectamente, he aparcado. ¡Y ahora no quiere arrancar! ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Sabes algo de mecánica?

—¿Mecánica? ¿Yo? Sheila, no tengo ni el carné de manipulador de alimentos. Pero tampoco hay que ser un lumbreras para darse cuenta de que el humo del motor no tiene muy buena pinta.

—Y el tío este quiere ir a Washington Heights...

—¿Fumas?

—¡Déjame! Todavía estoy dormida y la puta pick-up me ha dejado tirada.

—No te preocupes. Por cierto, hoy es mi cumpleaños...

—¿Que no me preocupe? ¿Cómo coño quieres que llegemos hasta allí?

—¿Cómo?

SEC8/  
«DANGERDUS RICO».  
INT/DÍA

I

La historia se repite. Parece cosa de las hadas, pero la energía de los talismanes traspasa el objeto. Ascende y sublima lo material.

Siempre, en Nueva York, hay un coche cuando lo necesitas. La ciudad del mundo con más tráfico de taxis ocupados, como en la ficción, tiene uno libre y dispuesto a pasar todo el día con su cliente, por un precio asequible.

Antes, hace tiempo, tuve a Mirage. Podía elegir al chófer más simpático, al más rápido o al más silencioso si no tenía el día locuaz. Pero eso es cosa del pasado.

Hoy, con turbante, sonrisa, y una imagen de Shiva balanceándose bajo el retrovisor, tengo a Goryotán.

El guión que venía a completar ya estaba trazado a grandes rasgos desde el despacho, allá en Madrid, y la biografía de Skipe Rico, publicada tras su repentina muerte, marcaba, concisa, el camino a seguir.

Así que las localizaciones, y para eso Goryotán, y para eso las lotos, y para eso Sheila Brown, terminarían de contar la historia de «Dangerous Rico», que empieza exactamente en Washington Heights, nuestra primera meta volante del día.

En el 123 de la calle West 155, en un edificio de condominio, y bajo la mayor nevada de la década, el 4 de febrero de 1960 nacía Jefferson Skipe Rico.

Aquella mañana de invierno, Warren, panadero de madrugada, cartero de tarde y padre de familia de noche, vecino de la calle 155, recibía tres puñaladas debajo de las costillas al doblar la esquina, frente a la gasolinera de ESO.

Ningún testigo, ninguna declaración.

Samantha, inquilina del tercero derecha del 130 de la misma calle, era forzada por dos hombres, tras cruzar el parque Benett, en la 183, a las 21:50 de la noche anterior.

Ningún testigo. Ninguna declaración.

El pequeño restaurante Cavafis, de los griegos Ianakis y Valeri Papadopoulos, de apenas veinte años y con un futuro prometedor en el mundo de los fogones, era destrozado tras una reyerta en la esquina de Amsterdam y la 156.

Por increíble que parezca, ningún testigo. Ninguna declaración.

El pequeño Skipe, como es natural, no nació entre algodones.

¿Cómo se explica entonces que un hombre salido de la cloaca por antonomasia de Manhattan, terminase viviendo en Sutton Place, haciendo el blues más valioso, y experimental que se conoce y codeándose en sus conciertos con artistas del género como B.B. King, Muddy Waters, John Lee Hooker, Tucson Crawford o Eric Clapton?

Sólo de una manera. Skipe Rico vino a este mundo para pasar a la posteridad. Fue un elegido capaz de convertir su fotografía, que habría reptado sin pena ni gloria por este mundo de dolor, en uno de los rostros más reconocidos de la música en Nueva York.

—¿Y todo comenzó en estas escaleras?

—Sí, Sheila. El edificio ha sido reformado, como el barrio. Pero en estas escaleras de piedra, carcomidas por el trajín de los años, empezó todo. ¡Dispara!

### **Primera fotografía: #123 West.155 St.**

De derecha a izquierda: el bajo del edificio está ocupado por un locutorio latino con un enorme cartel escrito en castellano: «¡Mande su dinero a casa! ¡Sin riesgo y sin comisiones! ¡Haga feliz a quien más le necesita!». Abriendo la puerta del establecimiento y con un teléfono móvil en la mano, hay una mujer mulata que carga con un bebé de meses. En las escaleras de piedra hay dos bolsas grandes de basura, apoyadas en un cubo plateado. El número del portal se lee a duras penas. A la derecha hay dos grandes ventanas a pie de calle. Una de ellas está abierta y se distingue un ventilador girando. Una cortina se mueve tímidamente acariciada por el aire. En la otra, un niño con camiseta interior blanca mira al objetivo, tras el cristal, pensándose protagonista de la instantánea.

A los siete años, Skipe y su inseparable amigo Tim solían jugar por su calle. Ni Amelia, la madre de Skipe, ni Teresa la madre de Tim, les dejaban cruzar a la acera de enfrente, delimitando así su territorio de esparcimiento y también el de sus peligros.

Entonces, pasar de Washington Heights a Hamilton Heights tenía mucho más de lo segundo que de lo primero.

Skipe recibió como regalo por su séptimo cumpleaños un xilófono, justo antes de que a su padre le movilizasen a Vietnam, y pasó todas las tardes de aquel invierno del 67 tocando melodías junto a Tim.

El sonido limpio y penetrante sirvió de banda sonora, mientras, enfrente, a escasos veinte metros de las escaleras de piedra, los chicos malos del barrio robaban las frutas del señor Rollers. Mientras, enfrente, enredados entre lianas carbonizadas por el napalm, volaban, repatriados, miles de ataúdes pegajosos, con banderas norteamericanas.

Skipe y Tim no miraban a los chicos malos. Estaban bien enseñados por sus

madres. Skipe y Tim no serían jamás testigos oculares.

Los dos muchachos se parecían en muchas cosas. A los dos les gustaba el helado de limón, los dos coleccionaban cromos de béisbol y los dos estaban obsesionados por conocer al gran Mickey Mantle. No hacían caso de las opiniones de los mayores acerca del futuro incierto de los Yankees de Nueva York, y a pesar de que los «Bombarderos del Bronx» no volvieron a las grandes series hasta 1974, ellos dos mantuvieron su devoción intacta. Hasta el día en el que dos sudorosos ataúdes repatriados, enredados entre lianas carbonizadas por el napalm, con la bandera doblada de los Estados Unidos de América, y acompañados de una carta firmada por el presidente Lyndon Johnson, llegaron hasta su puerta.

Hasta en eso se parecieron los dos muchachos.

## II

—Y todo empezó a torcerse aquí. En esta esquina... Por favor, saca el letrero de la tienda de retales, Sheila... ¡Dispara!

Pasaron los años, y cada uno tomó caminos diferentes. Seguían saludándose y de vez en cuando hablaban en la puerta del Drugstore de Broadway. Pero desde que Teresa, la madre de Tim, se mudó más allá de la calle 200, casi en Ingwood, sus encuentros se hicieron más y más distanciados.

Cuatro años más tarde, «Skipe» consiguió su primer trabajo, como repartidor de una tienda de comestibles, que estaba donde hoy se levanta esta de retales.

El dueño de entonces, el señor Willburg, fue uno de los pocos que había llegado de Saigón con la cartera llena y con la cabeza, aparentemente, amueblada. Se rumoreaba que había amasado un dinero más que aceptable en la zona desmilitarizada, pasando cerveza americana, bajo mano, a los altos mandos, hartos del «pis con gas», que es como se conocía la cerveza vietnamita.

Willburg perdió un ojo durante su primer mes en la jungla, y le mandaron a la ciudad, a rellenar formularios. Él prefirió, como es natural, rellenar su cartera.

Al poco tiempo de volver a Washington Heights y montar su negocio, el Pirata Willburg, que es como se conocía al veterano por su rudimentario parche negro en el ojo derecho, se fijó en la madre de Skipe, que seguía manteniendo una figura fina y una dulce sonrisa, a pesar de su viudedad prematura.

Al santo se le adora por la peana, así que Skipe, a los pocos días de abrirse el Willburg Delivery, recibió un uniforme, y a cuenta de quince dólares semanales, se convirtió en ciudadano de provecho. En el Washington Heights de entonces, igual que en el de ahora, convertirse a cualquier edad en un ciudadano de provecho es un

milagro. Y más si se tienen apenas doce años. ¡Dispara!

### **Segunda fotografía: «Partida de dominó»**

Entre dos coches, en el minúsculo espacio que dejan dos coches americanos aparcados con calzador, un tipo con camiseta sin mangas, brazos y espalda tatuados, sombrero de ala corta y bermudas, coloca una ficha de dominó sobre un palé de madera seca. Enfrente, otro hombre más mayor enciende un humeante puro. Los otros dos flanquean de pie apoyados en los automóviles. El de la derecha se rasca la cabeza, y el de la izquierda parece, sólo parece, mirar al objetivo.

—Llevo en esta ciudad desde el año 1994, y no había venido aquí en mi vida.

—¿Nunca? ¿Ni con el taxi?

—No, señor Berko. Jamás. Y no me gusta nada.

—Si te sirve de consuelo, Goryotán, yo tampoco. Y tampoco me gusta.

—¿No le parece que el ambiente está raro?

—¿Lo dices por los mamporreros del dominó?

—No, señorita Brown. En general... No me gusta.

—¡Lo dices por los mamporreros!

—No. No me gusta y ya está. Nosotros, los sij, tenemos un sexto sentido para estas cosas...

—¿Sabes? Hace poco pillaron a unos tíos que pasaban coca y heroína desde aquí a Jersey y a Filadelfia. ¡Cantidades industriales! ¿Sabes cómo le llamó la policía a la operación?

—No, señora.

—Operación Dominó.

—¡Yo les espero en el taxi!

—Tranquilo, Goryotán. Hacemos un par de fotos más y nos movemos a otro sitio.

—¡Cierra con seguro!

—No seas cruel, Sheila...

Muchos dicen que el barrio ha sido rehabilitado, y que tras las detenciones de los capos del crack, a finales de los noventa, dejaron estas calles limpias. Otros, vecinos y allegados al barrio, mantienen que después de los atentados del World Trade Center y el aumento total de la seguridad, hubo una sensible reducción de la delincuencia. Pero que muchos de los que se fueron entonces, de los que se dispersaron como ratas por los agujeros y las grietas de la ley, volvieron para seguir controlando su trozo de pastel, pocos años más tarde.

Rico, sobre todo en los últimos tiempos como profesional de los escenarios, supo mucho de esto. Tal vez Tim, su inseparable compañero de infancia, supo mucho más. Pero la muerte de Tim no sale en estas fotos. La localización es otra. ¡Dispara!

—¿Dónde quiere ir ahora, señor?

—Vamos primero al parque Fort Tryon, en la 180 y el río.

—¿Ve? ¡Esto ya me gusta más!

### III

Antes de abandonar el barrio, con diecisiete años, el que ya era conocido por todos como Dangerous Rico solía venir a sentarse al Fort Tryon, a mirar el *skyline* de Nueva Jersey. En uno de aquellos bancos, tal vez en este en el que estamos sentados nosotros, escribió todos los temas de su disco, *Vietnam's Velvet*.

El vago recuerdo de su padre, muerto en la selva, el xilófono, y las historias de familia que hablaban de los héroes combatiendo en el sendero de Ho-Chi-Minh, la impotencia de una nación, comparable a la sufrida tras el derrumbamiento de las torres el 11 de septiembre de 2001, tiñen su disco de desesperanza. De pesimismo y de entrega, de resignación y conformismo.

Hoy, el agua es cálida y está en calma, hay pájaros esporádicos que de vez en cuando vuelan de una orilla a otra y la apacible imagen del río Hudson sólo es alterada por un carguero, dibujando una estela de agua, que mueve la gran bolla de la orilla noreste de Manhattan.

Nadie, salvo yo, recuerda a Rico en este barrio. Su talento, su valía quedan como el de muchos otros, también olvidados, como piezas de museo.

—¿Sabes? Leí una de las críticas que te hizo Ashbery, antes de venir y conocerte.

—¿Sí?

—Sí. Me pareció muy interesante. Eso de la «sensibilidad vírica»...

—Son frases grandilocuentes...

—Que dan en el clavo.

—Sí. La gran mayoría de las veces dan en el clavo.

—¿Qué te pasa? Hoy no hablas todo el rato.

—Todavía estoy dormida... Me has despertado, cerdo... Y el otro día me había puesto un par de líneas.

—¡Ah! ¡Eso lo explica todo!

—¿Tú no te pones de vez en cuando?

—Soy esporádico. Como los pájaros...

—...Como los pájaros.

—Quiero ver tu estudio. Quiero que me enseñes tus fotos.

—¡No tan rápido, joven! Te conozco desde hace unas horas... ¿Ya quieres que te abra de par en par las puertas de mi casa?

—Parece que ya empiezas a despertarte, Sheila...

—Sí. Tu declaración me ha abierto los ojos.

A unas cuantas calles del parque Fort Tryon está el puente George Washington, uno de los primeros que comunicó la isla con el continente. Y a un par de metros de uno de sus pilares, desde hace casi doscientos cincuenta años, el único faro de Manhattan, The Little Red Lighthouse.

A su lado, ondea, de vez en cuando, la bandera más grande que existe en el mundo de los Estados Unidos de América.

Jamás Betsy Rose, tejiendo en su casa de Pensilvania y compartiendo banco en la iglesia con el flamante primer presidente de esta gran nación, pensó que su diseño, que su «pequeña obra de arte», llegaría a medir tanto y a verse desde la frontera oeste, desde todo Nueva Jersey.

La ciudad de Nueva York sólo la despliega en días señalados, y precisamente la mañana en la que Spike murió, a los pies del faro, en 1999, era uno de ellos.

Hay varias hipótesis sobre la intencionalidad o no de la muerte de Dangerous Rico, pero la coincidencia con el Día del Veterano de Guerra hizo y hace pensar en el pecado.

Yo quiero a la vida, y Rico también la quiso. Goryotán y Sheila la quieren, estoy seguro. Pero ninguno de nosotros estamos libres de la oscuridad y la tormenta. Del pozo y la cal. Ninguno de nosotros estamos libres de coleccionar piedras y mantenerlas en la recámara.

Rico lanzó su pecado con fuerza al río Hudson, y le encontraron apoyado en el acero rojo del faro, con una jeringuilla clavada en el brazo.

Rico prefirió pecar, dando ejemplo de cómo una vida de superación, una carrera de fondo, se puede ir al traste con un solo tropiezo.

—Si uno corre pensando en lo que está haciendo. Si está concentrado, no se tropieza, señor Berko.

—Es cierto.

—Pero si uno está constantemente pensando en el comienzo del trayecto, en que ha tenido un mal inicio, y se obsesiona, no presta atención a su carril, y lo más seguro es que se caiga.

—¡Joder con el indio!

—¡Sheila!

—He corrido la maratón desde que llegué a la ciudad, señorita. En Calcuta también corría. Me gusta correr. Y alguna vez, también, me he tropezado... Pero nada que no tenga remedio. ¿Me convida a un cigarrillo?

—¡Claro, Goryotán!

—Cuando conocí a mi esposa Latica, sus padres la tenían comprometida con otro chico. Yo entonces era más rebelde, más... bueno, era más joven.

Estaba todo el día con mi hermano mayor y sus amigos. Brujuleábamos por los mercados, ya sabe... Algún jaleo por aquí, otro por allá. Cosas de chicos. Mi padre,

que estaba cansado de todo aquello, nos buscó mujer a los dos. Para mi hermano pensó en una mujer dura, con carácter, segura de sí misma. Pero, para mí, entendió que era mejor una servil, hábil con las cosas de la casa, respetuosa. En fin, una buena esposa...

—¡Toda una mujer del siglo XXI!

—¡Sheila!

—Tenía todo preparado. Conocí a sus padres, la fecha del casamiento. Y todo iba bien. Pero una buena mañana, yendo al mecánico a reparar el coche, conocí a Latica. Salía de una tienda, junto a su madre. Nos miramos, y desde ese momento supimos que nuestras bodas no podían realizarse.

—¿Y qué pasó?

—Traté de que mi padre lo entendiera, pero fue imposible...

—¿Y ella?

—Ella, señorita Brown... Lo de ella fue aún peor. Yo dejé de hablar con mi familia. Pasé el día de la boda en casa de mi primo Bibi, junto a su mujer e hijos. Fue terrible... Estuve allí casi tres meses.

—¿Y ella?

—Ella se casó. Yo la seguía a todas partes. Alguna vez, que la encontraba sola, tuve fuerzas y hablé con ella. Un día le conté por qué no me había casado y se enfadó mucho conmigo. Entonces pensé que era el final. Que tendría que volver a casa, esperar a que mi familia me perdonase, y buscar otra esposa. ¿Me convida a otro cigarrillo?

—¡Claro!

—Entonces, me enteré de que su marido, que trabajaba en una empresa maderera, y a quien yo no deseaba ningún mal, contrajo una enfermedad que se lo llevó en tan sólo seis meses... ¿Me convida a otro cigarrillo?

—¡Goryotán!

—Perdone... Es para luego.

—¡Pensé que los sij no fumabais!

—Perdone, perdone... ¡Pasó un año! ¡Un año, desde que murió! Y yo no podía aguantar sin ver a Latica. Una noche, me presenta en su casa, con una cesta de frutas y unas flores. Toqué a la puerta y corrí a mirar escondido detrás de una cabina. Era una prueba. Ella miró y sonrió.

Entonces supe que todo iría bien, que podríamos querernos toda la vida. Resumiendo. Nos vinimos a probar suerte a América, y desde aquel día nuestro amor no es secreto.

—¡Qué historia!

—Sí, señor. Ya le dije que podría escribir un libro con ella...

—¿Dónde está el tropiezo?

—¿Eh?

—¡El tropiezo! ¿Dónde está?

—¡Oh, el tropiezo, señorita! No hablo con mi padre desde que dejé mi casa. Ese es mi tropiezo.

—No hay nada que no tenga remedio.

—Es complicado, señor. Usted no conoce a mi padre... Les espero en el taxi.

## IV

*Sexta grabación.*

*Sheila, fumando un cigarrillo, tararea «Ring of fire» de Johnny Cash.*

*«Mirando el Hudson. Mañana del 2 de julio.»*

*Peabody III*

*Eslora: 95 metros.*

*Manga: 35 metros.*

*Carga: En la bodega se guardan 36 automóviles y 45 motocicletas de gran cilindrada.*

*Tripulación: 8 hombres.*

*Reseñas: 2.*

*Historial: Salió de New Bradford a las 10:45 horas y se dirige a Perth Amboy, donde, tras las maniobras correspondientes, descargará en el muelle a las 14:00 horas.*

*El río está en calma y el carguero Peabody irrumpe en la mañana cargado de deudas.*

*El capitán, Mr. Baett, está cansado de navegar.*

*Le queda un año para retirarse y vivir con su esposa Loretta en su casa de Carolina del Norte. Quiere dejar el humo del barco. Quiere cambiar Terranova y el Hudson, y pasar sus últimos años pescando carpas en la rivera del pequeño lago Green Wood junto a sus nietos.*

*El segundo de a bordo, Lawrence Shepard, tiene dos hijos a los que no ha visto crecer. Apenas llega a los cuarenta y ya no tiene ninguna esperanza. Ni siquiera busca ese golpe de suerte prometido por los vaqueros de los cigarrillos. Los días pasan, y en su reloj digital comprado en una tienducha de la avenida Lexington, los minutos se suceden de igual manera en invierno que en verano.*

SEC9/  
CALLES DE NUEVA YORK.  
EXT/DÍA

I

Abandonamos Washington Heights y cruzamos la isla, de norte a sur, en el taxi amarillo de Goryotán. Somos una mancha más, una maravillosa mancha más, que desde cualquiera de los últimos pisos de los enormes rascacielos se confunde y se diluye entre el asfalto y el humo. Ahora estoy radiante, porque soy asfalto y humo. Porque al fin me he diluido en su efervescente medicina.

Cruzamos manzanas, llenas de rostros felices e infelices, calles repletas de gente, avenidas colmadas por el tráfico, barrios y distritos donde no importa quién eres ni cómo has llegado hasta aquí. Hermosos contenedores donde reposan historias mínimas, que se han diluido como la mía, pero ya han caducado. Todos tenemos una fecha, todas nuestras fuerzas tienen un límite, y nuestra historia termina deshecha entre minutos, segundos y frescas burbujas de ácido acetilsalicílico.

Manhattan de norte a sur es la colmena donde todos se conocen y se desconocen al mismo tiempo. Es el lugar perfecto donde destacar y eclipsarse, donde pasar sin pena ni gloria. Donde vivir con pena. O con gloria.

Cruzamos la isla y, como en una pueril revelación, entiendo que nada tienen que ver los tipos de «el barrio», con las señoras de la Quinta, ni estas damas con nadie del Meatpack, ni estos con el atareado morador del sur y su maletín de Wall Street. Ni él con los chinos, ni los chinos con los italianos, ni los italianos con los judíos, ni estos con los Lubabich, ni los Lubabich, con los negros, ni los negros con Sheila, ni Sheila con Eugene, el barman, ni el barman con los músicos, ni ellos con Goryotán, ni Goryotán conmigo. Ni yo, con el turista accidental que pisa por primera vez suelo neoyorquino. Pero de golpe reconozco todas estas caras, en los distritos, en los barrios, en las calles y en las manzanas. Todos, en el espejo retrovisor del taxi, con la imagen de Shiva balanceándose de un lado a otro, somos iguales para la ciudad. Sentados en sus gastados asientos de polipiel, formamos parte de su frenético desfile. Y es mejor andar a su paso, porque los engranajes, si no llegan, no funcionan. Y ella no se detendrá por nadie.

Paramos y bebemos Coca-Cola. Continúa nuestro juego. Comemos en el Pinch la hamburguesa especial de una libra con queso, y prosigue nuestro extraño ditirambo urbano.

Avanza Nueva York en el taxi de Goryotán, el sij, por las avenidas, y sin semáforos en rojo. Avanza Nueva York, que hoy es distinta y es la misma. Avanza una ciudad que atrás dejó los insomnios y la espera. Una ciudad que ha tomado el mando y busca carne para saciar su hambre. Todos somos su presa. Presas diluidas en el asfalto y en el humo. Y encantados, nos dejamos masticar por ella. Somos antílopes jugando en el recoveco de la butaca de algún antro de jazz, somos cantantes pequeños, que creen que dominan la situación, y son ellos los dominados. Esta es la feliz sensación que tengo durante este trayecto de más de noventa minutos. Así me siento hoy, con treinta años recién cumplidos, en la ciudad que encuentro.

SEC. 10/  
CONEY ISLAND.  
EXT/DÍA

I

Sábado, 17 de noviembre de 1976.

Todavía no hay jaleo en el boulevard Riegelmann. Atracciones de segunda categoría iluminan la noche fría, fuera del parque. Grupúsculos de personas disfrutan, por el momento, de lo que hasta entonces era una tarde apacible.

La pasarela de madera cruje ahora con sus pasos, y, al fondo, la inmensa noria del Astroland gira con media docena de parejas prometiéndose amor eterno.

La mayoría de los negocios están ya cerrados. Persianas grafiteadas, esquinas vacías y algún coche con la música alta, que cruza de un lado a otro.

Todavía no han salido Los Malos Muchachos, pero Dangerous Rico y sus chicos ya están preparados. Se escucha el mar como un susurro.

Botas de *cowboy*, tejanos ajustados, camisa blanca con chorreras, perfecto de cuero y los dedos llenos de anillos. Rico tiene en la mano una cadena con gruesos eslabones.

A su lado, con una barra de hierro, está Dutch el Pelirrojo. Nació en Inwood, pero pronto empezó a juntarse con los puertorriqueños de «el barrio». Sólo toma whisky irlandés, y, antes de golpear, entona para darse fuerza el «Strong Irish Boy». Tras ellos, veinte hombres forman en silencio, iluminados por las tenues farolas amarillas del paseo.

Los Malos Muchachos todavía no se han dejado ver, pero no son de esos que no comparecen.

El reloj del restaurante Nathan's, a doscientos metros de la escena, marca las 19:55. Un par de chicas, con falda muy, muy corta, bolso de mano y fácil entrepierna, corren para no ver.

En cinco minutos, todo empezará a arder.

Ahora llegan. Baján de cuatro coches verdes, que aparcan bloqueando el bulevar. Rico y sus hombres esperan quietos como gatos antes de arañar.

Se miran, se observan. Analizan las armas. Todo debe ser según lo pactado.

Rico da un paso al frente. Daniello, el cabecilla de los Bad Boys, hace lo mismo.  
—¡Sin pistolas, ni armas de fuego! —dice.

—¡Sin pistolas, ni armas de fuego! —contesta Rico. Entonces levanta su mano, empuña con fuerza la cadena de gruesos eslabones, y a su señal, las dos bandas, corren a encontrarse.

Suenan guitarras. Batería frenética.

El brillo de los cuchillos deslumbra en Coney Island. El denteroso sonido de los cráneos, golpeándose contra los bordillos, paraliza la noche.

Se forman parejas, que como en un baile de instituto, se baten el cobre por la supremacía.

Golpes, palos, codazos, patadas. Bates que chocan, gritos que se confunden. Sangre manchando la calle.

Entonces, bajo una de las farolas amarillas, el puñal de Dutch el Pelirrojo atraviesa un chaleco, y tras el chaleco una camiseta de algodón, y tras la camiseta de algodón, el torso de un hombre que se parece mucho a Rico.

A él también le gustaba el helado de limón cuando era niño. También coleccionaba cromos de béisbol y estaba obsesionado por conocer al gran Mickey Mantle. Y también mantuvo su devoción intacta por «Los Bombarderos del Bronx» hasta el día en el que un sudoroso ataúd repatriado, enredado entre lianas carbonizadas por el napalm, llegó a su puerta con una bandera de los Estados Unidos bien doblada y una carta firmada por el entonces presidente Lyndon Johnson.

Tim, el viejo amigo de la calle 155, yacía muerto bajo la luz tenue de Coney Island.

Dos días más tarde, Dangerous Rico, con dieciséis años cumplidos, abandonaría Washington Heights y cedería todos sus poderes a Los Malos Muchachos. La involuntaria muerte de su amigo Tim, marcaría el devenir de sus años, de su música, alejado de las calles.

## II

—Sheila, toma, por favor, una foto de la pasarela de madera. Que se vean las farolas y la playa de fondo. El resto hazlo como quieras, encuadra como te venga en gana.

—¡Sí, señor!

—Ayer dijiste que no te gustaba tomar la iniciativa. Que te gustaba que la gente decidiera por ti...

—Es verdad, lo dije. Pero...

—Te habías puesto unas líneas...

—¡Sí! ¡Eso es! Me había puesto unas líneas...

—Venga... ¡Dispara!

Yo nunca conocí el Astroland. Jamás había pisado Coney Island, porque mis veranos en Nueva York no entendían de playas, de multitudes sudorosas, y menos de peleas con cadenas de gruesos eslabones, barras de hierro y navajas. Eso lo dejaba para las tardes de televisión por cable, el canal Univisión 41 y sus programas de sucesos.

Apacibles paseos por Central Park antes de que la noche llegase, tranquilas mañanas de compras en Bloomingdale y alguna noche de iniciática libertad en sosegados garitos de jazz del Village. Así eran mis maravillosos veranos de la infancia, y así los conservo, como un cuaderno incompleto.

### III

*Séptima grabación.*

*No hay música, sólo el mar que suena en Brighton Beach.*

*«La mesa número 1.»*

*El reloj que hay en la puerta del hotel Sherry Netherland de la Quinta Avenida, tiene, una vez a la semana, a un extraño invitado, que se posa sobre su gran esfera.*

*Los días de sol del mes de julio, pasa allí más de dos horas. Inmóvil y alerta.*

*No atiende a nadie, mientras presta, como un general, sus servicios a la nación.*

*El reloj que hay en la puerta del Sherry Netherland le distingue cuando, elevado, muestra su envergadura, el valeroso halcón, encargado de terminar con las palomas del centro.*

*Desde la mesa número uno del Harry Cipriani, mientras tomamos el postre, mi abuela y yo corremos la cortina y observamos cómo elige a su objetivo, confuso por el tráfico y la multitud. Espera a tenerlo de espaldas, a que beba de un charco de agua, de algún aire acondicionado de la zona, y entonces toma impulso con sus garras, y sin piedad lo atrapa partiéndole el cuello en dos.*

*Diez minutos después, encargados de la retirada de animales muertos del ayuntamiento meten el cadáver en su camioneta y lo conducen, junto a más cuerpos, al vertedero de Solid Place, donde será cremado.*

*Para entonces, con el trabajo bien hecho, el halcón ya descansa en su nido, en el piso 31 del Edificio Chrysler.*

*Es el custodio. El verdadero guardián de la ciudad que mira altivo desde la atalaya.*

*La cortina vuelve a su sitio.*

*Mi abuela fuma cigarrillos Capri. Yo, Marlboro.*

*Poco tiempo después se suspendió el servicio de los halcones. Parece que las parejas de ardillas que trepaban por los árboles del parque, desde entonces, viven más tranquilas.*

## IV

Hoy, la pasarela Riegelmann está vacía. El calor del día no ha sido tan asfixiante como ayer, y el frente nuboso llegado de Connecticut, que predijeron para las diez de la noche en la Local NYC Radio Station, se ha adelantado y ya asoma en esta tarde de verano, tras la quieta noria del difunto Astroland. Hace dos años, cerraron el parque.

Brighton Beach se ha ido vaciando también, y sólo quedan un par de familias rezagadas al fondo, un grupo de chicos ensayando unas jugadas de fútbol americano con un torpe quarterback y la aplanadora, que ya ha comenzado con su trabajo de limpieza.

Lo que fue un campo de batalla, se ha convertido hoy en una apacible playa de segunda categoría.

Sentado en la arena, a pocos metros de la espuma de la orilla, recuerdo haber escuchado que la pradera de Waterloo es actualmente un museo temático de Napoleón.

Descansan tres gaviotas sobre el puesto de madera blanca de los socorristas. Un pequeño barco de recreo trata de llegar al puerto deportivo Lincoln, antes de que le atrapen las nubes, y una avioneta publicitaria hace su último viaje por el horizonte de Coney Island, con un enorme anuncio de Budweiser. Empieza, sorprendentemente, a refrescar.

—¿No te encantaría beber algo ahora?

—Sí. Mi reino por un gin-tonic, aquí, sentada en la arena...

—¡Señorita! Guardo en el maletero una botella de Jim Beam. ¿Quiere darle unos tragos?

—Sería maravilloso, Goryotán.

—¡Se lo dije, señor Berko! ¡Para lo que quiera, cuando quiera, The Magic Yellow

Cub!

—Pensé que los sij no bebían...

—Yo también. Pero este Goryotán es un caso...

—Sí. Lo es.

—Acércate, Sheila, hasta que llegue el bourbon te vas a quedar helada.

—¿No te importa?

—Para nada.

—Así que vas a hacer una película sobre una estrella del rock & roll de la que ya nadie se acuerda...

—Sí. Parece que esa es la idea. Me dieron luz verde en la productora, me han dado un adelanto no muy jugoso y, de esta manera, han cubierto mi viaje hasta aquí.

—No es mal negocio.

—No.

—¿Cuándo quieres rodar?

—La próxima primavera. Nueva York se pone preciosa en abril.

—Es una lástima. No estaré aquí cuando vuelvas en abril. Me iré con Marti Rivers, el antiguo director de la *Newsweek*, a Panamá y Honduras. Estaremos un mes haciendo fotos para el número de verano de la revista *People & Towns*. Me habría gustado ver cómo trabajas...

—Tal vez en otra ocasión. Espero volver más a menudo.

—Sí. Tal vez. ¿Te importa ponerme el brazo sobre los hombros? Mi termostato no está muy bien...

—Además, vendré sólo como asesor. Hace años que no cojo una cámara y estaría muy perdido. Con mucho criterio, han elegido a un nuevo realizador, hábil y con una mirada... cómo explicarlo... con una «sensibilidad vírica», como tú, que será estupendo para este trabajo.

—¿Cómo yo, eh? ¿Crees que tengo una sensibilidad vírica?

—Sólo he visto unas cuantas fotos tuyas, te conozco desde hace unas horas, pero creo que sí. Que Ashbery tenía razón. Es una intuición.

—Sensibilidad vírica. ¡Qué cosas tan bonitas se les ocurren a los que escriben!

—Háblame de ti, Sheila.

—¿Qué quieres saber? ¿Cuándo tiré mi primera foto? ¿Si pasé una infancia difícil que haya marcado mi camino? ¿Qué es esto? —dijo sin quitar en ningún momento la sonrisa de su boca—. ¿Un tercer grado con el sol bajando de fondo en Coney Island?

—Quiero que me cuentes algo de ti. Eso es todo. Mientras llega tu bourbon...

—¿Te importa que me haga un porro? Mi vecino planta maría...

—Adelante...

—Está bien. ¿Quieres saber algo? Yo te lo voy a contar. Mi primer novio se llamaba Sean. Teníamos catorce años y nuestros padres trabajaban juntos en una

agencia de publicidad. Éramos vecinos. Yo le quería mucho y él no me quería tanto. Sólo nos acostamos una vez, y después de cinco meses. Al día siguiente dejó de llamarme. Nos cruzábamos a menudo en el jardín, cuando él salía a recoger el periódico del buzón y yo la leche. Años más tarde hablamos por casualidad, y me dio mi primer trabajo. Me tiré año y medio haciendo fotos para el semanal del Greenwich Village. Creo que todavía tengo su teléfono en alguna agenda. Debería llamarle.

—¿Por qué me cuentas esto?

—¿Querías saber algo de mí?

—No sé si precisamente quería saber con quién te has acostado a lo largo de tu vida.

—Bueno, yo quiero contarte esto. Tú has preguntado, yo contesto lo que me da la gana. Después de unos cuantos rollos, mi segundo «amor» llegó a mis diecisiete. Era músico, Donald. Yo le bauticé como «Pequeña Zanahoria» por su...

—No hace falta que entres en detalles...

—¡Tonto! ¡Era pelirrojo! ¡Era por eso!

—Ahora me quedo más tranquilo.

—Aquel verano mi padre me había empezado a meter el gusanillo de la fotografía. Me regaló una réflex, un equipo de revelado un tanto precario, y bastantes carretes. Él, Donald, tocaba el trombón de varas en la banda local de South Dartmouth y salía con una de las chicas del grupo de animadoras del equipo de baloncesto del St. Andrews Institute. Entonces, yo empecé a hacerle fotos a la banda. Como ves, ya empezaba a interesarme por lo más rastrero de la sociedad... Y ya sabes lo que pasa en los veranos. Unas cervezas con amigos comunes, un par de fiestas, borracheras, en fin... Bajo los fuegos artificiales del 4 de julio, nos besamos apasionadamente. Él me dijo que era la chica de su vida, que vendría conmigo a Nueva York y me prometió mil cosas que cumplió hasta el último día de las vacaciones.

—¿Y?

—Un par de cartas durante el primer cuatrimestre, unas cuantas llamadas de teléfono y se acabó. En navidades ya estaba sola otra vez.

—¡Aquí traigo la botella!

—¡Gracias, Goryotán!

—Sin querer he oído que tenía un poco de frío, señorita, y le he traído esta manta.

—¡Este indio es perfecto!

—Gracias, señorita Brown. Berko, ¿puedo hablar un momento con usted?

—Claro, Goryotán.

—Es sólo un minuto...

—¿Me tengo que levantar?

—Sólo un minuto... Verá, se me está haciendo un poco tarde. Ustedes están ahí,

tranquilos. ¿Le importa si les espero en el taxi? No quiero molestar, ya me entiende...

—¿Molestar? ¡No! ¡Ah! ¡Ya sé lo que estás pensando! ¡No molestas, Goryotán!

—Estoy un poco incómodo, sabe. Prefiero que se queden ahí hablando de sus cosas... de su película...

—Está bien. Pero vete a casa. No hace falta que nos esperes. Tomaremos el ferry de vuelta que nos deja en Battery Park.

—Es preciosa, ¿eh?

—¿Cómo?

—¡Shhh!... La señorita Brown. Que ustedes dos hacen una hermosa pareja.

—Hay que joderse... Eres un cachondo, Goryotán. Venga, vete a casa.

—¡No, no! Les espero en el taxi.

—...Y toma. Setenta...

—Hablamos de cincuenta, señor.

—Ya. Pero esto es por la botella y la manta. Vete tranquilo con tu esposa Latica. Hoy te he secuestrado durante mucho tiempo. Estos días te llamaré, ¿de acuerdo?

—Claro, señor Berko. Siempre tengo el teléfono encendido. Muchas gracias. ¡Hasta la vista, señorita Brown!

—¡Hasta pronto, Gorgoyan!

—¡Goryotán! ¡Lo tiene escrito en la licencia del taxi... y en la tarjeta que tiene Berko! ¡Espero verla de nuevo!

—Sí, sí... ¿Qué ha dicho? No le he entendido.

—Nada, déjale... ¿Quieres un cigarrillo?

—No. Ahora no. Bueno... Luego estuve liada con un pintor.

—¿Vas a seguir? No tengo vocación de consultor sentimental.

—¡Este es el más divertido! Le conocí un domingo en una galería del Soho, esa misma noche hicimos el amor. Me desperté a la mañana siguiente y ¿qué crees que pasó? Que el bastardo me había dejado cien dólares en la mesita de noche. ¿Qué te parece?

—Me parece que le habría roto todos los dientes.

—¿Verdad? Pues yo no me lo tomé tan mal, y volví a verle el domingo siguiente en la misma galería del Soho. La segunda vez que nos acostamos, le advertí que como me dejara otra vez cien dólares, llamaría a su mujer y le diría que su marido, el prestigioso artista Barry Norton, era un putero, que se dedicaba a joder con jovencitas.

—Bien hecho

—Nos vimos todos los domingos de aquel año. Íbamos a cenar, paseábamos por Central Park, vinimos aquí a Coney Island... y varias veces. Incluso me llevó al Madison Square Garden, cuando me empeñé en ir al concierto de Metallica. Yo era su preferida...

—Así que has sido la amante de un señor...

—Hasta que un día, sin que yo le pusiera entre la espada y la pared, quedamos a cenar en Balthazar...

—¡Caray con el señor Norton! ¡Le gustaban los sitios baratos!

—... Y se presentó con su mujer.

—¿Con su mujer?

—Sí. «Es la fotógrafa de la que te he hablado. Sheila, esta es mi esposa Karen...»

—¡Con su mujer!

—Traté de mantener la compostura. Él me gustaba. Me trataba muy bien, me cuidaba... La cena transcurrió con cierta normalidad. Hablamos de arte, de viajes... todo normal. Pero bebí mucho vino. En Balthazar hay un vino de California que bebía con mi padre. Y entonces, me levanté para ir al baño.

—Normal. Tanto vino...

—Me miré al espejo mientras me retocaba los labios... Me vi en el espejo. Repasé cada una de mis facciones frente al cristal y me eché a llorar como una tonta, dejando que se corriese el rímel de los ojos. No me gustó nada lo que estaba viendo. Volví a la mesa, cogí mis cosas y fingí un ataque de úlcera muy grave y me fui a casa, a seguir con mi drama...

Entonces, una lágrima se escapó por su pómulos izquierdo. Era una niña que se había dado cuenta, frente al espejo, de que se había portado mal. Una niña que, a sabiendas de su fatalidad, repetía una y otra vez su travesura, y más tarde acataba el castigo sin rechistar. Dócil. Así es Sheila Brown.

Ahora fuma una cañita de marihuana junto a mí, cuando el sol se dispone a caer sobre el río Hudson.

—Vamos, Sheila...

—Perdona. No sé qué me pasa cuando fumo...

—Ven aquí, tonta.

—Perdona, Berko. No quería ponerme así...

—Da igual, no te preocupes. Hoy está siendo un día de cumpleaños maravilloso.

SEC. 11/  
FERRY.  
EXT/ANOCHECER

I

—No me puedo creer que no me hayas dicho lo de tu cumpleaños.

—Sí, te lo he dicho, pero no me haces caso.

—¡Quiero organizarte una fiesta!

—Creo que ya es un poco tarde, ¿no? Afortunadamente quedan pocas horas. En un rato, el cumpleaños se habrá esfumado...

—¡No digas eso! Mañana montaré algo en la casa de mi amigo Ludovico Stein. ¿Sabes quién es?

—¿Uno de tus ligues?

—No seas cruel... ¿Cómo puedes ser así? Te he contado mi vida entera porque me lo has pedido... ¿Y tú no eres capaz de decirme que hoy cumples treinta años?

—Insisto. No me has escuchado. Te lo he dicho varias veces pero tú no te has enterado. No escuchas. Sólo te oyes a ti misma...

Entonces calló. Me miró a los ojos.

—Tú no eres tan distinto a mí como crees. Yo también te he hecho varias señales... Y tú tampoco te has enterado.

Lentamente se acercó hasta mi cuello y juntó sus labios carnosos con mi piel. Nos besamos sin hablar durante dos interminables minutos. Sheila Brown posó su cabeza sobre el banco del ferry, y yo recorrí su boca, su cuello y esos pechos firmes, no grandes. Sheila Brown caía siempre en los mismos errores. Sheila Brown posaba siempre su cabeza en los bancos y en las almohadas equivocadas. Sheila Brown era una sin hogar buscando un techo. Era una mujer desvalida clamando por una botella de Jim Beam y una manta que la proteja del frío.

Yo jugué a ser su manta, jugué a ser su botella de Jim Beam, y a cubrirla y a darle calor. Jugué a darme calor, y a ser mi propia manta, antes de adivinar que tal vez era yo el sin hogar. Que tal vez era yo el que necesitaba una botella de Jim Beam y un techo donde guarecerme. Y tal vez, también era yo el que durante mucho tiempo se había acostado equivocando su almohada.

Para Doc Stanford, encargado de lanzar los cabos al llegar a Battery Park y natural del Bronx, sólo éramos una pareja más, de las miles que ha visto besarse en el ferry.

Para Thelma Stevenson, la señora que ocupaba el primero de los asientos de proa, ni siquiera existíamos.

Leonard y Betty Wolodovsky, en cambio, nos miraron con cariño y recordaron con anhelo sus primeros besos de amor, cuando sólo eran unos críos, recién llegados de Europa, huyendo del exterminio nazi.

Ahí estábamos los dos. Un hombre y una mujer anónimos, besándose como incautos adolescentes, en un barco a motor, con cuatro asientos más ocupados, mientras el sol se escondía tras los cables de acero del puente de Brooklyn.

## II

*Octava grabación.*

*Sentado, solo, en Battery Park.*

*En mi iPod suena «Fools rush in», de Frankie Lyman & The Teenagers.*

*«Pareja con algodón de azúcar.»*

*Ronnie y Tina ríen hoy, sentados en un banco contiguo.*

*Ronnie y Tina, reciben veinte dólares a la semana todos los viernes, que se apresuran a gastar en cigarrillos. Son inseparables.*

*Van juntos a todas partes, pero todavía no se dan la mano. Ninguno de los dos ha dado el primer paso, pero saben que el uno al lado del otro no corren peligro. Fuman a escondidas al salir del colegio y se muestran los primeros poemas, escritos con bolígrafo pueril. Él sólo escribe para ella. Ella disimula que sabe que es el destino de sus cartas sin sobre y sin sello.*

*Ronnie y Tina se miran cuando el otro se descuida, y escuchan, en su viejo walkman, canciones de The Doors. Ronnie y Tina juegan a aguantarse los ojos, como excusa perfecta para mirarse durante horas. Tina le saca dos años, pero ha visto en Ronnie al hombrecito tranquilo, interesado en la literatura y en el cine, que ella quiere.*

*Ronnie dará el paso en tres o cuatro semanas, después de suspender un examen de álgebra. Tina le pedirá tiempo para pensarlo.*

*Ronnie llorará ese viernes por la tarde al descubrir, girando una esquina, a Tina con otro muchacho.*

*Ronnie caerá desconsolado y no saldrá de casa en varias semanas. Llorará*

*y le preguntará a su madre por qué la fatalidad se ha ensañado con él.*

*Su madre, con media sonrisa, tratará de consolarle, pensando en que todo pasará cuando llegue el verano y termine el curso escolar.*

*Nunca volverán a verse. Ella tendrá un extraño sentimiento de culpabilidad, y Ronnie, adolescente barbilampiño y autocompasivo, buscará sin parar el amor, de cama en cama.*

*Años más tarde se cruzarán en una plaza, recordarán aquellos días y pasarán de largo.*

*Pero eso ocurrirá, como digo, años más tarde.*

*Hoy, compran con lo que les queda de los veinte dólares semanales un algodón de azúcar en uno de los puestos de comida de Battery Park.*

SEC. 12/  
INSTANTES.  
INT/NOCHE

I

Llamé a casa al llegar al hotel y después de dejar a Sheila en un taxi en la estación del ferry.

Mi mujer se puso muy contenta de escucharme, y, con su amor, con el amor que me brinda y que no merezco, me hizo olvidar momentáneamente mis besos con la señorita Brown.

También me hizo derramar muchas lagrimas mirándome al espejo del baño de mi habitación del Dominique's. Igual que hizo la joven fotógrafa, mientras se le corría el rímel, en el restaurante Balthazar, antes de fingir un ataque brutal de úlcera y abandonar desconsolada la cena con el último de sus *affaires*, el prestigioso artista Barry Norton, y su esposa Karen.

Entonces me sentí igual de sucio. Un embaucador. Un cuerpo sin corazón hablando con naturalidad por teléfono. Un mentiroso sin remedio que no merecía el amor de mi esposa. De esa mujer. De ninguna mujer, porque estaba destinado a hacerles daño y a vivir solo, para siempre.

Recordé sin querer la primera vez que sus ojos se cruzaron con los míos, y los dos supimos que nuestras vidas estaban condenadas a juntarse.

II

Sentada, en un banco de Recoletos en Madrid. Abrigo de paño gris, gorro de lana. Lee un libro y levanta la mirada. Yo estoy sentado en la terraza del Café Gijón pagando, como un idiota, cuatro euros con cincuenta por un cortado. Enciendo un cigarrillo y la miro.

Alfonso, el cerillero, ha abandonado momentáneamente su esquina, y se pasea con su bata color azul eléctrico, por las mesas de fuera, con una gran caja de madera,

llena de paquetes de tabaco, puros y postales eróticas. Me hago el interesante intercambiando dos palabras de compadreo. Lo conozco desde que era niño. Mi padre me mandaba a charlar con él, durante sus tertulias en la mesa de los poetas.

Ella sigue mirando. Se acerca y me pide fuego. Sus ojos dicen todo lo que tienen que decir. Con naturalidad pasmosa, y como si nos conociéramos de toda la vida, le invito a sentarse conmigo. Acepta.

¿Todos los personajes tienen que ser perfectos? Parece que sí.

Lloro frente al espejo

### III

Estamos en El Halcón Maltes, plaza del Dos de Mayo, Madrid. Después de ver una película en los Cines Gólem, bogartizando semanas el primer beso como inexpertos, hablamos de Jarmush, de Lynch, y nos hacemos los eruditos. Ella bebe la primera cerveza. Para entonces yo me clavo, nervioso, el segundo Johnny Walker.

El bar se vacía, nos quedamos en una esquina de la barra. Poco a poco la voy acorralando y en mitad de una de mis frases, impostadas y grandilocuentes, paro. Bebo y beso.

Lloro frente al espejo

### IV

Hay maletas en el recibidor. Madrid. Meto la llave en la puerta del apartamento 4 del tercer piso del 78 de la calle de Cardenal Cisneros. Nos besamos antes de entrar en nuestra casa, y, todavía con el contrato de alquiler en la mano, comenzamos a compartir definitivamente nuestra vida.

Decoramos con muebles baratos, durante los primeros meses.

Pronto llega el verano.

Lloro frente al espejo

### V

Navidad, casa de mis padres. Madrid. El pavo está aún en el horno. Marisco de

entrantes, pudín de cabracho y tres botellas de Valbuena Único. Empiezan a llegar primos. Ella está a mi lado. Sonríe y ayuda a mi madre a servir los platos.

Lloro frente al espejo

## VI

Casino de Madrid. Calle de Alcalá. El juez de paz nos lee con atención nuestros derechos y deberes. Ella está radiante. Yo peso sesenta y siete kilos. Estoy en máximos históricos. Toda la familia ha venido para estar con nosotros. Los veinte camareros sirven con elegancia los primeros y el plato principal.

Tomo su mano y cortamos la tarta.

Suena el vals para nosotros dos.

Lloro frente al espejo

Lloro, lloro, lloro... Lloré como un cobarde, pero conseguí revertir mi pena, hacer de mi ceniza una nueva hoguera. De mis rescoldos, nuevas llamas, de mi asquerosa imagen de mentiras y ficciones, una nueva, flameante y con el guapo subido. Hoy en Nueva York, estoy, milagrosamente, en mi peso ideal.

El remordimiento que me dejó seco, lo dejé encerrado en el reloj de pared de mi habitación del Dominique's, junto al péndulo, que a duras penas se mueve por culpa del frío del aire acondicionado.

Lo guardé en la meticulosa maquinaria llena de ruedas complementarias, de mecanismos minuciosos que marcan y contienen el tiempo.

SEC 13/  
CARTA DEL SOLDADO ROBERT.  
EXT/DÍA

I

Queridos todos:

La situación, aquí en Da Nam, no es del todo buena, pero a pesar de todo, en nuestro batallón no faltan ni bebida ni alimentos. Hace tres días llegaron cuatro hombres, perdidos del sexto treinta y dos de infantería, que nos encontraron de milagro. Uno de ellos, Nessie Laitton, nació en Jersey y conoce bien el barrio. He estado hablando bastante con él y también tiene muchas ganas de volver a casa.

Lo de mi pulso y la herida del brazo parece que se está arreglando con unas pastillas que el médico me da tres veces al día. He estado afinando la puntería y parece que dan resultado. Tiemblo mucho menos, aunque ahora me falla un poco la vista. Nada importante.

Pero no hay problema, todos estamos bien cubiertos. Somos una gran familia.

El enemigo, aquí, está muy claro.

Hace, por lo menos tres semanas, cuando todavía estábamos en el campamento, recibimos la visita de Ginna Smith y otras tres chicas.

El bueno de Check consiguió dos fotos firmadas para Spike y para Tim. Cuando volvamos, seguro que las colgarán en su habitación. Son realmente guapas.

Dile a Spike que le quiero y que todas las noches rezo para que pronto estemos juntos, de nuevo. Dile que cuando vuelva, haremos un viaje a Florida, para ver los cayos. Sé que lo está deseando.

Amelia, cariño, no te pongas nerviosa, ni sufras por mí. No tiene sentido. Somos como una gran familia. Sé que allí se escuchan cosas horribles, pero no hagas caso. Los altos mandos son buenas personas y saben lo que se hace; los oficiales son buenas personas y los soldados también lo son. Todos los que estamos aquí lo somos, y el Señor, ya lo sabes, recompensa a las buenas personas.

A mí me premiará con una temprana vuelta. Lo sé.

Rezo mucho últimamente, ¿sabes?, más que nunca. Es gracioso, aquí me llaman «el pastor» porque cuando tengo un momento recito algún pasaje del Libro. Me está

viniedo bien estar aquí, de verdad.

Hay muchos chicos jóvenes que, a veces, tienen miedo, pero yo les calmo y recobran fuerzas. Yo no temo, Amelia. Sólo temo a Dios, pero sé que Él está conmigo.

Un día, no me acuerdo exactamente cuándo, uno de los niños sufrió una crisis y yo le tapé en la tienda de campaña con abrigos y mantas. Le puse toallas con agua fría en la frente y me dijo que me quería igual que a su padre, que cultivaba maíz en Tupelo, el pueblo de Elvis. ¿No es hermoso?

Somos una gran familia.

Y no hagáis caso de las noticias, de verdad. Aquí dicen que terminaremos con ellos en dos meses como mucho, que cada vez están más débiles y que la victoria está más cerca.

No podemos parar mucho tiempo en el mismo sitio, así que estamos todo el día de allá para acá. Hace días que no me quito las botas, pero ya nos hemos acostumbrado. Somos como nómadas. Como indios nómadas, sin casa, sin hogar, pero estamos bien. Somos como una gran familia.

En esta región hace mucho calor y humedad, pero dicen que todo cambiará cuando tomemos Lim Sang. Dicen que las playas allí son estupendas y que podremos bañarnos sin peligro. Tengo ganas de quitarme la mugre.

Aquí sudamos mucho, ¿sabes, Amelia? Disparando, cargando el fusil y la munición. ¡No había hecho tanto deporte en mi vida!

Aunque el aire está cargado y respiramos con dificultad, hacemos vida sana. Mis compañeros dicen que hasta he adelgazado un poco.

Pronto llegará Navidad y seguro que tendrán algo especial preparado para nosotros. Nos tratan muy bien.

Somos una gran familia y aquí no nos falta de nada. No dejéis que os engañen porque aquí estamos bien.

Somos como una gran familia... y nos ayudamos los unos a los otros. El otro día, uno de los más mayores, el cabo Ritchmond, de Nevada, repartió tabaco a diestro y siniestro antes de una ofensiva. Cuando terminamos con un poblado, del que no recuerdo ya ni el nombre, repartió cerveza vietnamita. No está muy rica, todos aquí la llamamos «pis con gas» pero brindamos, y nos reímos mucho, y aunque el olor después de las escaramuzas no es muy bueno que digamos, cantamos canciones y cocinamos cerdo. Nos fuimos a la mañana siguiente, con la barriga todavía llena.

Somos una gran familia

Dile a Spike que le compraré una guitarra. Me están enseñando a tocar un par de acordes.

Hay un tipo aquí que se parece mucho a Little Ritchard. Canta muy bien, pero disparando es un negado completo. Fíjate, yo no sé ni los objetivos que he cumplido a

estas alturas, y este tipo sólo le ha dado a una docena.

Debería ser cantante, y no soldado.

Tengo ganas de veros a todos. Os echo mucho de menos y espero que paséis una Navidad maravillosa. Creo que aquí también cenaremos como Dios manda.

Pedid por mí al Señor.

Os recuerdo todos los días.

Os quiere:

Robert.

Firmado a 13 del 13 de 1967

## II

Dangerous Rico nunca tuvo un interés especial por la numerología. Como para la mayoría de los mortales, los números eran números sin más, sin significados ni cábalas, sin sentidos ni acepciones.

Rico nunca fijó un color para cada símbolo, ni una ecuación, ni una igualdad, ni inventó paralelismos. Rico escapaba siempre de lo trascendente, por miedo a volverse loco.

Pero a pesar de su intención, cayó, una mañana, en el laberinto del número, en la maraña de los dígitos, al encontrar entre papeles la última carta que su padre mandó desde la jungla.

En sus líneas se podía diferenciar, sin ser un experto psicólogo, el desánimo y el miedo del joven soldado, la alteración de la realidad y la excitación neuronal.

Y la fecha con la que se despidió su padre inspiró al pequeño Spike, al Spike del xilófono y las escaleras, al del baseball, al recadero de los quince dólares semanales, al pandillero del Astroland con cadenas de gruesos eslabones y perfecto de cuero, al involuntario culpable del asesinato de Tim, huérfano como él, al músico de los escenarios compartidos con las glorias del blues, al suicida del único faro de Manhattan, The Little Red Lighthouse, a titular así su último y mejor disco: 13/13/67. Como la fecha incógnita de la carta, como el desfase y la divergencia cerebral, como la matrícula de un coche, como el número de un tanque, como el número de un preso, como el número de un soldado, como el número de una vaca Austin esperando la descarga eléctrica antes de convertirse en filetes. Como el número de un viajero, esperando en la terminal de llegadas de JFK. Así firmó Dangerous Rico.

### III

Entonces: ¿qué distingue a un veterano de guerra? ¿Qué diferencia a un superviviente del horror de la selva? ¿A un soldado en el Kuwait de los 90? ¿A un niño atrincherado en alguna esquina de Kabul?

¿En qué difieren los sentimientos y los oscuros juegos mentales de estos lisiados en retirada, de las impresiones de los que hoy pueden contar que vivieron de primera mano el atentado de las torres gemelas?

¿Acaso no son ciudadanos americanos, empujados por el gobierno a una muerte segura? ¿No coinciden en eso aquellos hombres salvados por la gracia divina de un final triste y doloroso? ¿No se lamentan? ¿No se contradicen? ¿No, en su locura, se habrían cambiado sin mirar por su compañero del alma, descuartizado por las minas del Vietcong? ¿No han llorado bomberos de todas partes del estado, que hoy lucen pomposas medallas? ¿No es evidente que existe esa línea dramática en la que se unen y se reconocen estos dos desterrados?

La gran diferencia es que unos, los que se salvaron, continúan como héroes por las calles de la Gran Manzana, y los otros, los que volvieron, los que superaron las lianas, la humedad y el calor extremo, tuvieron que aguantar la humillación de la indiferencia y el abandono de una nación deseosa de pasar página al fracaso.

Si Rico hubiese vivido la mañana del 11 de septiembre de 2001, ese mismo día se habría quitado la vida.

SEC 14/  
ZONA CERO.  
EXT/DÍA

I

Subí por primera vez al mirador de las Torres Gemelas, con mis padres, a la vuelta de un viaje a la Estatua de la Libertad. Por supuesto, verano, botella de agua para sofocar el calor y, sobre la cabeza, corona verde de gomaespuma, con los cinco picos de la gran «newyorker». Hay fotos que atestiguan el momento.

No lo recuerdo con especial efusividad. Yo siempre fui más del Empire State Building. Clasifiqué entonces a las personas que conocía, después de escribir una meticulosa lista, como los partidarios de las «Gemelas» o los del «Templo de King-Kong».

No me he preguntado desde entonces, por qué, más allá del aura cinematográfica del edificio decó de la avenida Lexington, decidí dividir en dos bandos toda mi agenda.

II

La última vez que subí al Empire State fue una mañana, años después del episodio de la corona de gomaespuma, con una profesora de inglés que mi abuela eligió para mí durante el verano de 1999. Conversación, paseos y caminatas coronadas en el colchón de su habitación, en un coqueto apartamentito compartido de Greenwich Village.

Así fue mi curso intensivo de aquel año, evidentemente inservible a la hora de recuperar la asignatura en septiembre, de vuelta en España.

Ninguna de mis profesoras calvas me preguntó jamás cómo gime en inglés una pseudohippie veinteañera, iniciando en el *ars amandis* a un jovencito regordete que todavía no alcanzaba la mayoría de edad.

### III

Hoy, la Zona Cero es un enorme agujero, es una enorme fosa donde yacen muertos los sueños de la ciudad. Es un contenedor repleto de velas, cartas, recuerdos y quimeras de los ciudadanos de la más fascinante de las urbes, mutilados como los veteranos.

Al caer la noche, cerca, en el cruce de Wall Street y Primera, se juntan «Los seis premios Nobel» para levantar el país.

Al caer la noche, cuando los profesores duermen, los alumnos más aventajados planean revoluciones y magnicidios en el escenario del crimen.

No es mal lugar para reunirse y pensar en el futuro. No es mal lugar para reunirse y sepultar lo más oscuro del pasado.

Tampoco es mal lugar para olvidar a Crissy, mi profesora de inglés del 99, su pelo teñido con agua oxigenada y su siliconada, aunque siempre complaciente, boca de pato.

SEC 15/  
LOBBY DEL DOMINIQUE'S.  
INT/DÍA

—Quería pedirte perdón...

—¿Por?

—Por lo de ayer en el ferry...

—A mí me gustó.

—Y a mí también. Pero no quiero que pienses que soy de esas que nada más conocer a un tío...

—Tranquila, Sheila.

—Verás, tendremos que aplazar lo de las fotos.

—¿Cómo?

—Sí. Hoy me marcho a media tarde. Mañana es 4 de julio y desde que murió mi padre lo paso siempre en la casa de South Dartmouth, Massachusetts, con mi madre y mi hermana. Es como una nueva tradición familiar, sabes.

—Pero...

—No tiene nada que ver con lo que pasó en el ferry. Te lo aseguro. Además, si quieres venir, estás invitado.

—¿Ir a conocer a tu madre? No crees que es un poco...

—¡No seas tonto! ¡No pienso violarte en la habitación de invitados, bobo!

—¡Uh! ¡Ahora me dejas más tranquilo!

—¡O tal vez sí!

—... No seas tonta.

—Vamos fuera, invítame a un cigarrillo... Siempre voy con amigos. Ella está encantada de que lleve gente. Dice que la casa se ha quedado sorda desde que no estoy allí.

—Como quieras, Sheila... Nunca he estado en South Dartmouth.

—No tiene nada de especial. No te imagines un gran parque, ni un puerto deportivo con superyates...

—¿Tiene playa?

—¡Claro! Está en la bahía de Apponagansett.

—Alentador.

—Pues eso. Tiene unas playas estupendas, unos cuantos edificios de finales del XIX y buenos bares para jugar al billar.

—Alentador, insisto.

—Y la noche de mañana se alegra, con fuegos artificiales y la banda municipal. A mi madre le encantan los fuegos.

—A mí también. En una ciudad pequeñita del norte de España, donde termino siempre mis veranos, también se lanzan, a mitad de agosto, fuegos artificiales. Es mi 4 de julio particular.

—¿Ah, sí?

—Sí. Sin barras ni estrellas. Sin países libres, ni próceres con peluca... Todos los agostos de Santander, así se llama mi ciudad, mirando los fuegos artificiales, celebro mi independencia.

—Eso es bonito.

—Puede.

—¿Entonces?

—¿Qué?

—¿Vienes o no vienes?

—¿Tú qué crees? ¿Conoces a alguien que se quedaría aquí solo, pudiendo estar en un pequeño pueblo de la costa atlántica de los Estados Unidos, celebrando, con la familia de la prestigiosa fotógrafa Sheila Brown, la noche del 4 de julio? ¿Te crees que me he vuelto loco de repente? ¡Vamonos a South Dartmouth!

—¡Eres bobo!

—¡South Dartmouth... allá vamos!

—¡Ya verás! ¡Será divertido!

—...Claro.

—¡Te prometo que no te tocaré ni un pelo!

—¿Seguro?

—No lo sé.

—Estás completamente loca, Sheila.

—¿Te gusta la comida china?

—No me disgusta. ¿Por?

—Por nada...

SEC 16/  
ZONA CERO.  
EXT/NOCHE

*Novena grabación.*

*En mi iPod suena «Mr. Siegal», de Tom Waits.*

*«Los Seis Premios Nobel.»*

*Bajo la casa del conocido actor Ludovico, cerca de la Zona Cero, en la calle 14, abajo, en el sur, se reúnen cada noche en la esquina del Garaje O'Shears, «Los Seis Premios Nobel».*

*Pasan desapercibidos para la ciudad que nunca duerme. Viven su vida de manera normal y sin sobresaltos.*

*La fama que obtuvieron en su momento hoy es agua de borrajas, y a pesar de la oscuridad del presente, hacen planes para un futuro común. Dos de ellos son viudos, otros dos divorciados, y a los dos restantes no se les conoce familia.*

*Entre ellos se ayudan, se cuidan, se intercambian objetos valiosos, mantienen largas conversaciones metafísicas hasta que sale el sol y hasta han fundado una logia para protegerse.*

*No permiten que otro galardonado se una a sus reuniones. Ellos solos se bastan. No necesitan a nadie. Por eso rechazan donativos y limosnas.*

*Son tan herméticos como se cabría esperar de unos hombres tan privilegiados, de unas mentes prodigiosas que han inventado vacunas, descubierto galaxias o ideado los personajes más completos, esos que un escritor de verdad querría crear.*

*Bajo la casa del conocido actor Ludovico, cerca de la Zona Cero, en la calle 14, abajo, en el sur, se reúnen cada noche en la esquina del Garaje O'Shears, seis Premios Nobel que prenden papel de periódico y cartones, dentro del mismo bidón de gasolina vacío.*

*El de Química se lo dieron hace más de veinte años al bueno de Jimmy Glastein, cuando mucho tiempo después que el afamado Dr. Hoffman se autoproclamó inventor del ácido lisérgico. Sus noches en The Wagon son*

conocidas por sus extraños discursos acerca de las combinaciones de los elementos, capaces de hacer vibrar al mundo, de hacer sonreír a la humanidad. Cuentan que en una ocasión, intentó volar desde un piso del edificio Chrysler, pero afortunadamente fue disuadido por dos agentes del orden, que salvaron su vida. Cuentan también que, ya trastornado, se abalanzó sobre un director de sucursal del Banco Nacional de París, y emuló sobre él una copulación canina.

Severius Toddy, el segundo de nuestros grandes hombres, estableció una serie de operaciones y de algoritmos especiales, y jugó de tal manera con los colores del tapete de la ruleta francesa que llegó a desplumar un casino de Atlantic City cuando tenía, tan sólo, veinticinco años. Obtuvo su premio hace ya mucho tiempo, y cometió el error de beberse cada uno de los centavos de popularidad que consiguió en vaso bajo y con dos piedras de hielo. El dinero, su hija Donna y su mujer... todo ha volado hoy.

Conserva aún una ficha de quinientos pavos, gastada de tanto tocarla.

El dinero, dice a menudo, no está para tenerlo en el bolsillo.

Su brillantez matemática se contradice todas las noches con su mediocridad filosófica.

Distinta es la historia de Bob «The doctor». Criado en Nueva Jersey. Empezó a coquetear con la medicina a la tierna edad de diez años. Jersey no funciona como el resto de ciudades. El pegamento se usa para muchas cosas más que la papiroflexia y los jóvenes en las calles son poco amigos de los dulces y las gominolas. La distinción que le otorgaron, como al resto, no fue tanto por sus avances en la medicina, ayudando a la promoción del crack en la isla de Manhattan, como por la rapidez de esta expansión. En siete meses, todo el mundo sabía quién era Yoyo, uno de los jefes, y que sus remedios eran tan eficaces como la penicilina de Fleming. Bob «The doctor» como otro médico incomprendido más, estuvo a la sombra ocho años.

A su lado está Broker Smith. Terminó con brillantes resultados sus estudios de Economía en Harvard, y pronto, junto a dos compañeros más de promoción, consiguió enredarse en el holding de la familia Van Der Boer. Gracias a su falta de escrúpulos, medró hasta convertirse en el consejero general del señor de la casa y alcanzó a tener el control casi total de todas sus inversiones.

El azar, que no siempre pone a cada uno en su sitio, se cobró en él a una de las primeras víctimas de la crisis mundial de 2008. Un par de regates y quiebros mal hechos le dejaron sin un centavo que gastarse en Wall Street. Con cuarenta y ocho años recién cumplidos, adicción irreversible a la cocaína y con la única compañía de su fox terrier mediano Ruffus, vive lejos, en la falla de la 125, allá en Harlem, en otro tipo de urbanización. Tal vez más endeble y

*húmeda, pero en cualquier caso, muy distinta a la que estaba acostumbrado. Él continúa afeitándose cada mañana, en la pequeña iglesia de St. Paul, pero su traje ejecutivo ya no brilla podrido de dólares.*

*Para todo hay clases, dice Benny Cooper, otro de los genios catedralicios: «Si existen los nuevos ricos, a Broker Smith no le queda más remedio que asumir que él es un nuevo pobre».*

*Benny Cooper es el más mayor de los galardonados. Ninguno de ellos conoce su edad, porque aunque debe alcanzar los noventa años, sigue siendo un blanco alto, elegante y extremadamente coqueto.*

*La paz llega de muchas maneras a una comunidad. La paz llega con sus daños colaterales. La paz salpica de vez en cuando a personas inocentes.*

*Cooper ganó su premio allá por 1936, el día en que ingresó en la prisión federal de Ruffin, tras pacificar a cuatro miembros de la familia Benetto, en el café Bucceta.*

*Junto a otros cinco hombres de honor, el único no italiano del clan fue a cobrar el impuesto de protección al pequeño negocio familiar de la calle 34 y Park Avenue. Los cinco espagueti entraron en el local y, sin mirar, descargaron sus Thomson sobre los espejos, botellas y todo el mobiliario del café. Uno de ellos, displicente, dejó caer, tras la balacera, un papel en el que se podía leer: «Nosotros somos honrados. Nosotros no tenemos deudas con nadie».*

*Ninguno de los presentes en el Bucceta aquella noche se convirtió en el lector, porque todos ellos fueron abatidos por los proyectiles con acento siciliano. Cooper, joven aunque experto conductor, esperaba nervioso a la puerta, en el Citroën negro.*

*Tras una veloz y vertiginosa persecución, y posterior intercambio de tiros, los cinco italianos y el irlandés fueron detenidos y puestos a disposición de la justicia. A los cinco primeros, ejecutores del crimen, se les condenó a la horca el 14 de abril de 1936. Aquel mismo día, Benjamin Cooper era condenado a cuarenta y cinco años y un día de reclusión.*

*Cumplió hasta el último de los minutos. Tuvo noticia de la muerte de muchos de sus familiares estando entre rejas, y, cuando salió, para estrenar el primer año de la década de los ochenta, de la organización por la que hipotecó su vida no quedaba ya ni el nombre.*

*Con cuarenta y cinco años más de reflexión sobre la paz, y bajo techo, tuvo que continuar con sus pensamientos en la calle, pero con un premio bajo el brazo.*

*Y qué decir del último de nuestros grandes premios Nobel. El literato. Leo Steinbeck, también conocido como «Mr. Mule».*

*Leo, el pequeño de tres hermanos, siempre tuvo un estado de salud endeble,*

problemas respiratorios y desde que tenía siete años arrastra una cojera causada por un atropello. Su imagen frágil y su historial médico contrastan con su asombrosa locuacidad, su imaginación desbordante y su retórica, a veces cargante, pero siempre acertada y llena de sorpresas. Lector empedernido desde que tenía uso de razón, Steinbeck devoraba los libros de la pequeña biblioteca Collins que quedaba a pocos metros de su casa. Sus padres llegaron a asustarse por su afición por la lectura y un día decidieron diezmar el horario que le dedicaba, para que buscase un trabajo «real, como la vida misma».

Negativas como repartidor y cartero. Siempre había tipos más rápidos. Negativas como paseador de perros. La velocidad de los canes le agitaba de tal manera, que las vueltas se les hacían demasiado cortas y terminaban sus necesidades en sus propios hogares. Negativas en todos los trabajos que buscó, salvo en la pequeña biblioteca Collins.

Leo podía recitar con los ojos cerrados y de la A ala Z, todos y cada uno de los volúmenes que tenían, así que después de mucho buscar, terminó como ayudante del bibliotecario, el señor Frings.

Todo iba bien, perfecto, pero la repentina muerte de su hermano mayor y su madre, mientras nadaban en el lago Spirous, Dakota del Norte, en el verano del 74, empezaron a fabricar el premio que hoy luce con orgullo.

Leo cambió radicalmente. Su carácter sosegado y ecuánime se volvió arisco. Abandonó su querida biblioteca Collins y empezó a beber. En poco tiempo se convirtió en un crápula, capaz de embaucar a todo el mundo que se ponía a su lado, para birlarle unos dólares y así calmar su sed de ginebra. Leo Steinbeck había muerto. Había nacido «Mr. Mule».

Sacó el nombre de su alter ego de una nouvelle del escritor alemán de principios de siglo Hans Klöse. Y poco a poco, fue sacando a la luz su verdadera personalidad, contenida por la literatura durante tanto tiempo. Decidió vivir en la calle, y coleccionar, en un piso abandonado, miles y miles de bolsas de papel. Todas vacías.

Se reúne cada noche, bajo la casa del conocido actor Ludovico, cerca de la Zona Cero, en la calle 14, abajo, en el sur, con sus únicos amigos.

Entre ellos se ayudan, se cuidan, se intercambian objetos valiosos, mantienen largas conversaciones metafísicas hasta que sale el sol, y hasta han formado una logia para protegerse.

Ellos solos se bastan. No necesitan a nadie. Por eso rechazan donativos y limosnas.

Son tan herméticos como se cabría esperar de unos hombres tan privilegiados, de unas mentes prodigiosas que han inventado vacunas,

*descubierto galaxias o ideado los personajes más completos, esos que un escritor de verdad querría crear.*

*Bajo la casa del conocido actor Ludovico, cerca de la Zona Cero, en la calle 14, abajo, en el sur, se reúnen cada noche en la esquina del Garaje O'Shears, «Los seis premios Nobel», y prenden papel de periódico y cartones, dentro del mismo bidón de gasolina vacío.*

SEC 17/  
LA GRAMOLA DE SPENCER.  
EXT/NOCHE

I

Pick-up azul. Aire acondicionado estropeado. Calor. Su mano se acerca al botón de encendido. La radio suena. Entonces Sheila gira el dial buscando su programa preferido. No se lo ha perdido desde que lo escuchó por primera vez, hace ya tres años. Serán varias horas de viaje. Habrá que hacer noche antes de llegar a South Dartmouth. Cuando acabe el programa, buscaremos sitio para dormir.

Ya veo por el espejo retrovisor los altos edificios de Manhattan. Me alejo de la ciudad. Pienso en Madrid, en mi mujer y en esta aventura que debe terminar lo antes posible. Me retracto.

¿Por qué no puedo tirarme a la fotógrafa Sheila Brown, bajo los fuegos artificiales del 4 de Julio? ¿Por qué he de renunciar a ser uno de sus esporádicos amantes?

II

Queridos radioyentes, bienvenidos otro día más a *La gramola de Spencer* aquí en la KLM New York Studio, en el 0.89 de tu dial.

Como canción de entrada, he escogido una de las joyas de The Doors, «The Spy». Hoy será esta banda nuestra preferida, aprovechando el reciente aniversario de la muerte del siempre presente Jim Morrison.

A partir de este momento, las líneas están abiertas para vuestras peticiones y para que nos contéis desde dónde estáis escuchándonos. Como sabéis, mañana no habrá programa, porque nos vamos a las parrillas de Rolling Peaks, a festejar con todo el personal de la radio el 4 de julio. Si queréis saborear sus auténticas hamburguesas, al llegar sólo tenéis que gritar su lema: «Rolling, Rolling. Go Sonny Rolling Peaks»

Pero tranquilos, no desesperéis si tenéis que pasar el Día de la Independencia

sobre ruedas, porque he preparado especialmente una selección sinfín, con todas esas canciones maravillosas que vosotros habéis pedido a lo largo del último año de programa.

Antes de comenzar con vuestras demandas y nuestra revisión a la música de la gran banda de L.A. que enamoró a todo un país con su discurso decadente y maravilloso, con su locura contenida y sus cálidas melodías, os dejo con Jay y sus consejos publicitarios...

### III

Conversación banal. Para la ocasión se ha puesto un perfume afrutado. El cinturón de seguridad hace que la camiseta de algodón roce sus pezones y se ciña a su pecho. Miro al frente, no quiero que se noten mis ganas. Sheila es de las pocas que maneja un coche con marchas de todo Nueva York. Tiene muy claro cuándo reducir y cuándo acelerar. Es una experta conductora.

Empiezo a sudar. Bajo la ventanilla y enciendo un cigarrillo. ¿Quieres uno? Toma un Marlboro. En la radio hablan demasiado rápido para mí. Hay cosas que no entiendo, pero me río cuando ella se ríe. No pienso quedar mal.

Soy un adolescente que ha perdido el norte. Juro que será la última infidelidad. Quiero jurar, pero siempre he sido amigo del perjurio.

### IV

Habéis escuchado «Indian Summer», también del disco *Morrison Hotel*.

Aquellos años, llenos de furia musical y de libertad, poco tienen que ver con lo que hoy nos encontramos. Productos hechos expresamente para cautivar a jovencitas, artistas fabricados como en *My Fair Lady*, para satisfacer la demanda del mercado... En fin, sabéis de sobra qué pienso del panorama actual. Si no, no estarías sintonizándonos.

Pasemos al primero de vuestros mensajes... «Hola Spencer, soy George Lewis, te estoy escuchando en Brademport, me encantaría escuchar “So Long, Babe”, de Nancy Sinatra, es la canción con la que le pedí matrimonio a la que hoy es mi mujer. Ella también te está escuchando...». Saluda, Jenna: «Hola Spencer... Nos encanta tu programa. Nos sentamos toda la familia a escucharlo. Incluso a nuestro pequeño Micky, le fascina la música que eliges. Gracias, muchas gracias, Spencer.»

Pues ahí va, George Lewis de Bradempport, dedicado especialmente al pequeño Micky, este «So Long, Babe», de la maravillosa Nancy Sinatra...

## V

Me miro las manos. Mierda entre las uñas. Tengo ganas de parar. Me empiezo a encontrar mal y esto tiene mala pinta. Tampoco quiero montar un numerito. Soy un hijo de puta con pintas. Mientras en Bradempport una idílica familia enamorada escucha a Spencer, yo trato de tirarme a una fotógrafa, con mi mujer a varios miles de kilómetros de aquí.

Me miro las manos. Mierda entre las uñas.

¿Estoy bien? ¡No! Estoy a veinte jodidas millas de estar bien.

Eso decían en una película cuyo título he olvidado.

## VI

«Hola Spencer, aquí Eddy Clark, de Seenvally, Nueva Jersey. Querría escuchar “Luther played the Boggie”, de Johnny Cash. Es mi canción preferida y hace tres meses perdí el casete donde la tenía grabada desde que era niño... ¡Hey, Spencer! ¡Si la pinchas y luego pasas por la gasolinera de la salida Plymouth Industrial, en Nueva Jersey, estás invitado a unas buenas cervezas!»

«Hola, Spencer, me llamo Stephen Brenan. Llamo desde Staten Island. Mis hijos dicen que estoy mayor para estas cosas, pero llevo unos meses escuchando tu programa y estoy realmente enganchado, tío. Me gustaría dedicarles “Rock This Morning”, de Lowell Fulson, para que vean que todavía, con setenta años, papá tiene marcha para rato. Gracias y me encanta tu programa.»

«Hola, Spencer, mi nombre es Gretta Jones, le llamo desde Brooklyn. Me encantaría escuchar “Rock and Roll in The Groove”, de Cledus Harrison. Mi madre dice que somos parientes lejanos, pero no me lo creo mucho. Tiene falta de riego... ¡Enhorabuena por el programa, eres el mejor! Que pases un feliz 4 de julio».

Gracias querida amiga Gretta Jones de Brooklyn. Antes de poner la canción de tu «tío» Harrison, oiremos uno de los temas menos escuchados, aunque más interesantes de The Doors: «I can't see your face in my mind»... Que pases tú también un feliz 4 de julio, Gretta...

## VII

Los kilómetros me sientan bien. Estoy más tranquilo. He seguido durante un par de canciones la línea discontinua de la carretera y eso me ha ayudado a relajarme. He llegado hasta aquí y no voy a echarme para atrás.

El remordimiento es culpa de la educación cristiana, y yo, afortunadamente, nunca tuve nada de eso, me repito como un mantra.

¿Estoy muy callado?

Tengo ganas de llegar, desnudarla y amarla como nadie lo ha hecho antes. Me da igual dónde. En el baño, en el salón, en el porche o en la leñera. Quiero hacerle el amor a la fotógrafa Sheila Brown.

## VIII

Después de estos «Waiting for the sun» y «You're lost little girl», atenderemos la petición de nuestro amigo Adelman, de Long Island y su tema preferido de Lee Rocker «Lost Highway». El integrante de la mítica banda de Nueva York, Stray Cats, nos deja con este track, un legado de rock & roll difícilmente comparable en los años ochenta, salvo por su compañero Brian Setzer... ¡Rockabilly para este verano, nena! ¡Sí!...

## IX

La Pick-up azul corta la noche en dos a toda velocidad. Sheila no parará hasta dentro de un rato, y llevamos más de dos horas y media. En breve tendremos que repostar y evacuar.

Aparco mis animales ganas de amor y trato de mantener una conversación mínimamente culta. Le pregunto sobre cine, sus gustos. Ella habla como si no hubiese pasado nada y como si realmente no fuéramos a retozar como perros entre las sábanas de la próxima cama. Me pone nervioso. Tal vez sea verdad que no me tocará un pelo, y que los besos apasionados del ferry sólo fueron culpa de la marihuana. ... Bendita marihuana, entonces.

Yo quiero que me toque, que me toque y mucho.

¿Qué dirá su madre cuando la vea entrar conmigo? ¿Seré otro trofeo más, para su vitrina llena de hombres capados? ¿Otro pobre triunfo pasajero?

Se me está terminando el tabaco, y el resto del cartón lo tengo en el petate.

## X

Llegamos al final de nuestro programa, queridos amigos. Tres horas ininterrumpidas de rock&roll nos contemplan, y la sensación del trabajo bien hecho nos llevará de la mano, a mi compañero Jay, a Retsy Witherspoon de control, y a un servidor, a tomar unas cuantas garimbas para festejarlo. Pasen un feliz 4 de julio junto a los suyos, y ya saben, si mañana andan cerca de las parrillas de Rolling Peaks, no duden en entrar a festejar con todo el personal de laKLM New York Studio...

¿Hamburguesas del 4 de julio gratis? Grita su lema: «Rolling, Rolling. Go Sonny Rolling Peaks».

¡Buenas noches, cuidado en la carretera, y sed lo más malos que podáis! Nos escuchamos pasado mañana en *La Gramola de Spencer!*

SEC 18/  
THE BLUE ROOSTER MOTEL  
INT/NOCHE

I

Sheila tomó el desvío, siguiendo los neones azules del motel Blue Rooster. El camino de unos cincuenta metros, asfaltado y con pequeñas bombillas a pie de carretera, llevaba hasta una caseta. Una mujer blanca, de cincuenta y tantos años, con sonrisa amable y ojos brillantes de amor, tomó nota de la matrícula de la pick-up.

—En recepción les darán la llave de la habitación, pareja...

—Querremos dos habitaciones —dijo Sheila...

Ella misma se encargó de todo mientras yo fumaba apoyado en el coche. Entró a buscar las llaves y sacó dos individuales.

—Aquí tienes la tuya. Es la 9.

—¿Y la tuya?

—Me han dado la contigua, la 10.

—Ah...

—Bueno...

—¿Quieres cenar algo, Sheila?

—No. Estoy un poco cansada. Conducir me agota. Creo que me iré a la cama.

—Bueno, como quieras.

—Mañana saldremos pronto...

—Pero si tú no te levantas nunca antes de la una y media...

—Vamos, Berko, no seas tonto... hasta mañana.

—Hasta mañana, Sheila.

—Ciao...

—¡Sheila! ¡Me ha gustado mucho el programa de radio...!

—Sí... Spencer es un tipo cojonudo.

—Ajá...

—Que duermas bien, Berko.

—Igualmente.

Me aguantó la mirada hasta que me di la vuelta en dirección al bar. Me aguantó la

mirada, quién sabe cuánto tiempo más, mientras caminaba en dirección a las puertas giratorias, como de salón del salvaje oeste.

Me aguantó la mirada hasta que Currang, el viejo negro que servía tras la barra, me puso un Johnny Walker doble con dos piedras de hielo.

—¿Quiere cenar algo, hijo?

—La verdad es que no sé si tengo hambre o no...

—¿Viene solo?

—Supongo. La que viene conmigo se ha ido a acostar.

—Mala señal, chico. Olvídense de cenar. Le sentará mal la hamburguesa.

—¿Quiere usted algo de beber? No me gusta trincar solo.

—¿Sabe qué? Un Southern Comfort no me vendrá mal. Mi mujer y los médicos me lo tienen prohibido, pero como ni usted ni yo se lo vamos a contar...

—Descuide.

—¿Cómo se llama?

—Berkonsky, pero llámeme Berko. ¿Usted?

Currang, un hombre vital. Su sombrero de tela podría recordar a los heladeros de los años cincuenta, su sonrisa blanca y limpia a la del más joven Eddy Murphy, y sus ojos provecetos, al sabio de barrio, al profesor de la calle.

Currang era el hombre fraterno que un turista en plena carretera de los Estados Unidos de América necesitaba para una noche de motel con la pareja deseada durmiendo sola en la habitación de al lado.

¿Todos los personajes tienen que ser perfectos? Parece que sí.

—...La conozco desde hace un par de días, pero tendré que estar con ella hasta final de mes...

—Una situación morbosa... Berko.

—Sí. Complicada.

—¿Puedo contarte una historia?

—Adelante.

—Hace treinta años que empecé a trabajar aquí, en el Blue Rooster. Entonces, una chica blanca, hermosa, que servía los desayunos y limpiaba el comedor, empezó a mirarme más de lo debido. Pasaron un par de semanas y yo empecé a mirarla también. Mi mujer de entonces, la señora Henderson, no sabía nada, por supuesto. Una mañana, después de terminar con los desayunos, ella estaba ordenando la despensa y yo, sin pensarlo, salí a su encuentro. Antes de que pudiese bajar los brazos ocupados con un tambor de detergente, la abracé por detrás y allí mismo consumamos. Con la puerta cerrada, claro.

—Sí que tiene ímpetu, señor Currang.

—Tenía, hijo. Tenía. Tenía treinta años menos.

—Claro...

—Nos seguimos viendo a escondidas algunas veces más. Entonces ella decidió que lo mejor sería que dejásemos nuestros encuentros. No quería ser causante de la ruptura de ningún matrimonio...

—Sé de lo que me habla...

—Me puso a prueba, muchacho... Me puso a prueba...

—Ya

—¿Y sabes qué pasó? Que la quería tanto que me decidí.

—Ya.

—Y es precisamente lo que tienes que hacer tú, chico. Decidir.

—¿Qué hizo usted?

—Casarme con ella, por supuesto. ...Es la chica hermosa que toma las matrículas en la entrada.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—¿Y la señora Henderson?

—Hoy es señora Henderson, antes fue señora Currang, y sabe Dios si no terminará siendo señora de otro...

—¡Vaya!

—Aprovecha la vida, chico. Naces solo y mueres solo. El resto es tiempo que hay que rellenar... No hace falta sufrir más de lo necesario. Termina tu whisky y entra en su habitación. ...Seguro que está despierta, y esperándote con las piernas abiertas.

—¡Joder, Currang!

—Haz caso a este viejo negro, chico...

Entonces le hice caso. Me armé de valor. Paso a paso, lentamente, atravesé el jardín y me planté frente a su puerta. La número 10. Cerré la mano y la levanté para golpear con los nudillos. Miré a un lado, miré al otro. Tomé impulso... Decidí, y decidí lo correcto. Pensé, durante el escueto camino, las opciones, y decidí lo correcto. Volví a cerrar la mano. Tomé otra vez impulso. Miré a un lado. Miré al otro. La mano temblaba. Me armé de valor frente a su puerta... La número 10.

## II

Ella fuma ahora, desnuda, sobre las sábanas, un cigarrillo. Las botellas del minibar están sobre la cama, vacías.

Yo miro, a su lado, con pasmosa normalidad, un canal de noticias latino de la televisión por cable.

Ella no entiende nada.

El francés lo domina a la perfección, pero de español, ni la menor idea.

Termina su cigarrillo, apaga su lámpara y me abraza, rozando rítmicamente su pie contra mi sexo.

Entonces olvido a toda prisa mi canal de noticias latino y apago también mi lámpara.

De vez en cuando pasa algún camión a toda velocidad por la carretera.

La ventana está abierta y una suave brisa acaricia las cortinas.

Se vuelven a escuchar los muelles del somier.

### III

Aquella noche soñé con una playa vacía y serena, donde no ocurría nada. Soñé con arena blanca y fina, cortada por el verde intenso de la jungla que al fondo se levantaba, con palmerales y lianas, y árboles milenarios sabedores de los secretos del mundo.

Aquella noche soñé con la tranquilidad y cómo esa tranquilidad se tornaba angustia ligera al escuchar entre los matorrales un chasquido.

Aquella noche soñé con un león saliendo de la selva y paseando por aquella playa desierta, de agua cristalina. Soñé con su elegante figura sentada, enredándose con la espuma de mar. El animal frente al horizonte. La cabeza alta, el gesto relajado y los ojos clavados entre el agua y el cielo. Era tan poderoso el embrujo de las olas, del azul intenso del fondo, que no se movía cuando el agua mojaba sus patas. Poco a poco, llegaban más y más leones. Sonaba entonces una extraña melodía, con guitarras y clarines.

El volumen de la música sobrepasaba el cálido susurro de la orilla.

Para entonces, la arena estaba ya conquistada.

Reyes frente a lo desconocido. Cazadores ante el último de los retos. Desperté a mitad de la noche. Ella estaba todavía a mi lado. Respiración fuerte y media sonrisa pintada en su cara.

Para entonces, la arena estaba ya conquistada.

Reyes frente a lo desconocido. Cazadores ante el último de los retos.

### IV

*Décima grabación.*

*En mi iPod suena «Midnight Train» de Johnny Burnette.*

*«Carretera de espejos.»*

*Es tarde. El hombre sale a fumar y la vía de servicio está iluminada, exclusivamente, por cuatro altas farolas. El hombre fuma apoyado en la puerta número 10 del motel Blue Rooster.*

*Cada minuto que paso fuera de casa, necesito rellenarlo más y más con mentiras e invenciones.*

*Recuerdo la primera vez que imaginé la vida de una mujer anónima que desayunaba en una cafetería, a dos mesas de la de mi padre y mía.*

*Fue él quien me instigó a inventar, a elucubrar la supuesta vida de la mujer de pelo blanco y largo, que bebía de una inmensa taza de café.*

*Resultó ser una poetisa de paso por Madrid, cuya obra, publicada íntegramente en Inglaterra, sería traducida por Miguel Martínez-Lage y publicada en una nueva editorial con ínfulas de triunfo.*

*Resultó también ser viuda, con dos hijos y un nieto llamado Benjamín, que, con tan sólo seis años, estaba llamado a ser el sucesor de la abuela en el mundo de la literatura. «Su sorprendente vocabulario, sus invenciones y su capacidad para aguantar el sufrimiento, harán de él un escritor hecho y derecho», diría ella.*

*Soy muy malo para poner títulos y también para nombrar.*

*Ella, la mujer anónima que desayunaba sorbiendo de una enorme taza de café, no tendría jamás un nombre.*

*«Nicotina por vena».*

*Desde entonces, donde quiera que estoy, fijo el ojo izquierdo y con él grabo las facciones. Con el derecho, chequeo el ambiente y, al llegar a casa, le doy voz a ese figurante que habría pasado desapercibido para cualquiera.*

*El hombre, que desguarecido rellena un fondo, merece su historia, igual que la mía clama por unos minutos de protagonismo, o la de Sheila, o la de Currang.*

*¿A quién le importa si miento? ¿Quién descubrirá si el negro del Southern Comfort no luce un sombrero de heladero de los años cincuenta? ¿Quién sabe siquiera si existe?*

*¿Y si no hay negro? ¿Y si no hubo consejo? ¿Y si no hay motel, ni historia de amor, ni polvo idílico con botellas de minibar sobre la cama?*

*¿Por qué, pudiendo existir, he de ahorrármelo? ¿Por qué, pudiendo darle la palabra, he de dejarle en silencio?*

SEC 19/  
NOTAS DE UNA CIUDAD CON PLAYA.  
INT-EXT/DÍA

I

Nuestra pick-up se cruza, mucho antes de la una y media de la tarde, con el cartel de bienvenida a South Dartmouth: Población 25.000.

El desvío nos aleja de la autopista y nos lleva al barrio residencial Roosevelt. Exactamente a la calle 3 con la avenida Pensilvania.

Sentada en el porche de una gran casa de madera, tejado a dos aguas y hamaca con mosquitera, con sesenta metros de jardín sin vallar, césped perfectamente cortado y un columpio antiguo, sentada digo, nos espera la joven Malorie, la hermana rubia de Sheila. Su madre, mientras, prepara galletas en la cocina.

Todo el jardín huele a galleta. Todo el barrio residencial de Roosevelt huele a las galletas de Donna, la matriarca, que antes de los fuegos artificiales de esta noche saldrá a repartirlas por el barrio a todos los vecinos. Malorie, todavía en camisón y descalza, fuma un grueso y oloroso canuto y me dedica una sonrisa lacia mientras su hermana aparca la pick-up al lado del enano de jardín, que da la bienvenida a La Tourelle, la casa.

Yo cargo con los bultos.

II

La receta de sus galletas del 4 de julio ha ido danzando de madres a hijas, de abuelas a madres, tal vez también de bisabuelas a abuelas y así sucesivamente.

El dulce y esponjoso aroma que conquista nuestra llegada a South Dartmouth, el olor tostado de la harina, el calor del horno, la maravillosa seguridad del hogar relajan a Sheila. A mí me ponen alerta y, en cierto modo, me incomodan.

He llegado a la casa de una tía lejana, cuyo cariño no se ha evaporado ni con el tiempo ni con la distancia. He vuelto, imagino, a la casa que me vio crecer durante

algún verano, o en unas vacaciones de abril, o tal vez en un sueño.

Entonces me siento, aunque vigilante, extrañamente confortable.

Mi habitación, con juego de toallas limpias, armario vacío, olor a lavanda y ventana con vistas al cobertizo, la he leído o la he visto en el cine antes.

Donna, la matriarca, es adorable y la joven Malorie me mira como la prima segunda celosa, sabedora de las aventuras de su hermana mayor, con el fortuito hombre de la casa.

Y yo no voy a decepcionar. No voy a defraudar. Estos escenarios sólo se aparecen una vez en la vida, y la conexión es tan intensa que no se puede desaprovechar rompiendo el hechizo por cualquier tontería. Hay que tratarlo como se merece.

Ayudará a servir la mesa y dará conversación pausada después de las comidas.

La Tourelle se ha aparecido ante mí como una tregua en la adversidad. Como un mágico pacto de morfina y adolonta, que palia el dolor de Rico, que suaviza la traición a mi mujer y atenúa el tortuoso romance que vengo manteniendo a través del tiempo con la ciudad que nunca duerme.

Tres dientes filosos capaces de partirme en dos si me descuido.

Tres notas perfectas, que situadas en líneas equivocadas en el pentagrama, suenan disonantes.

Tres caminos con distintos finales, que aún no alcanzo a distinguir.

Tres personajes capaces de comerse las dulces galletas de South Dartmouth, y no dejarme siquiera las migajas.

La Tourelle, con su tejado a dos aguas, con su hamaca del porche, con sus sesenta metros de jardín sin vallar y su columpio antiguo; con Donna, la matriarca, y sus galletas, y Malorie, la prima segunda celosa de sonrisa lacia, es la casa ideal para celebrar el 4 de julio.

La lista de la gente que recibiría el obsequio de la familia Brown se presentaba interminable, y a pesar de mis gentiles negativas, como nuevo y eventual integrante del clan, recibí el ansiado indulto que me libraba de acompañarlas en comitiva, puerta por puerta, hasta las nueve de la noche y la caída del sol.

La providencia tenía preparados para mí otros planes de tarde.

### III

*Undécima grabación.*

*En mi iPod suenan tres discos recopilatorios que incluyen temas de Coltraine, Ornette Coleman, Duke Ellington, Billy Cobhan y Art Blakey.*

Suena Coltraine.

671 de la calle 3, Roosevelt District.

«Blind Star» Green.

*El exotismo de la mosquitera en la siesta y el piar de los pájaros de verano se mezclaron en plácidos sueños y alegres fantasías. Entonces una guitarra con slide quiso despertarme.*

*Como un sonámbulo siguiendo un camino aprendido despierto, como un perro olfateando el rastro de su premio, llegué, calle abajo dos manzanas, a la casa de Blind Star Green.*

*Peto vaquero, sombrero de paja roído por los lados y manos negras como el tizón, tocando como un ángel o un demonio una guitarra cuadrada con un slide plateado.*

*La justa voz tarareaba un blues en La menor. Él, iluminado por el sol y sentado en una ruidosa mecedora, aprovechaba algún receso para limpiarse el sudor de la frente. Calor asfixiante.*

*Historia rocambolesca la de Green y su final en South Darmouth. Trenes, penitenciarías, burdeles y garitos con puerta de atrás, son la bambalina perfecta para enclavar sus ochenta y cuatro años.*

*Nunca le ha faltado una copa que beber, ni una ración de toqueteo amoroso con una fulana.*

*—Jamás he llegado a ser feliz, le declaró una noche, al cumplir los setenta, a Pinky «la cachonda» en el Parnasous de la calle France del Bronx. Pero he estado tan cerca de ello, que puedo morirme tranquilo...*

*—Pues aquí, ni se le ocurra... —contestó ella.*

*Hoy, pasa la tarde tocando y esperando como un niño la algarabía nocturna del Día de la Independencia, en la casa de su hijo Tony.*

*—¡Quién anda ahí!*

*—Disculpe señor. He oído su guitarra y quería escucharle más de cerca.*

*—¿Cómo?*

*—Me gusta mucho el blues...*

*—¡Dónde está!*

*—Aquí, señor.*

*—¿Dónde coño es «aquí»?*

*—Justo en la valla...*

*—¡Pues no pase de ahí!*

*—Claro. Como usted quiera.*

*—¿De veras que sólo quiere escucharme?*

*—Sí, señor.*

—¿Cómo es?  
—¿Cómo es qué?  
—¿Cómo es usted? ¿No ve que estoy ciego?  
—¿Ciego?  
—¡No se confíe! —Dijo tirando la guitarra y empuñando la Winchester que guardaba debajo del culo.  
—¡Está cargada! ¡Cómo coño eres!  
—Tranquilo, señor. Soy, soy...  
—¡Cómo eres, joder!  
—Soy, soy... blanco.  
—¡Bien! Eres blanco, ¡qué más! ¡Qué más!  
—Blanco, soy blanco... me gusta el blues...  
—Blanco, Blues, ¡qué más! ¡Vamos! ¡Vamos, no pares!  
—¡Soy... Soy español! ¡De España!  
—España, blues, blanco... ¿Me estás tomando el pelo?  
—No, señor, se lo juro.  
—¡No me obligues a disparar! ¡Cómo coño eres!  
—¡Joder! ¡Ya se lo he dicho! ¡Me gusta el puto blues, sólo quería escucharle más de cerca! ¡Eso es todo!  
—¡Nombre!  
—¿Cómo?  
—¡También eres sordo! ¡Nombre!  
—¡Berkonsky! ¡Puede llamarme Berko, si no me pega un tiro antes!  
—¿Edad?  
—Treinta, recién cumplidos...  
—Está bien, chico... está bien. Ahora voy a guardar mi arma donde estaba y voy a seguir tocando. No pases de ahí...  
—Claro. No pasaré de aquí.  
—...Español, blanco, y le gusta el blues —susurró—. ¡Puto loco!  
Tocó durante veinte maravillosos minutos más. Tocó durante mil doscientos estupendos segundos más y sin mediar palabra se levantó de la ruidosa mecedora y se metió en la casa.  
«Blind Star» Jefferson murió tres meses después, pescando con su hijo Tony y sus nietas, Elisabeth y Rita en el lago Mahatonic, cerca de New Haven.

## IV

*Suena Ornette Coleman.*

*Calle 1 esquina con la avenida George Washington.*

*«Tablón de anuncios del Ayuntamiento».*

*Celebraciones oficiales 4 de julio:*

*11:00. Desfile de la banda municipal por las calles Mildfor y Sheridan, hasta la explanada de Watts.*

*12:00. Entrega de los premios South Dartmouth con la presencia del alcalde Henry Clark y el reverendo Johnson. La ceremonia será genialmente conducida por nuestro artista local Pete «The Speaker».*

*13:00. Gran comilona en la explanada Watts, cortesía de la Comunidad de Hosteleros de South Dartmouth, y posterior actuación de la banda ganadora del certamen Nuevos Artistas Americanos de Nueva Inglaterra: The Ginger Sisters.*

*16:00. Flea market en el Paseo Marítimo.*

*19:00. Salida de las regatas anuales playa Knowles / puerto deportivo y posterior entrega de premios.*

*21:00. Fuegos artificiales en la playa Mouth.*

*21:30. Clausura de las fiestas con las ferias en la pasarela de Dexter Road.*

## V

*Suena Duke Ellington.*

*Airplane Road, Kilómetro 10.*

*«Volar sin mirar».*

*Todas las mañanas, a las siete menos cuarto, desde hace quince años, Parker y Waterman quedan en la intersección de la calle Tingle Boat y la avenida York. A las siete en punto, sin demorarse ni una sola vez en todo este tiempo, el autobús con destino Milford, Grants y Port Bleiser, les lleva hasta las pistas de Queen Elizabeth, a diez kilómetros de la ciudad, salida norte.*

*«Los Plumas», como les llaman en el barrio, entran de mañana, y cambian el turno con Trebor y Shultz, encargados de la noche.*

*Con una media de cinco despegues y cinco aterrizajes diarios, el aeropuerto privado pistas, de Queen Elizabeth, es el menos transitado de Massachusetts, así que Parker y Waterman disfrutan de un trabajo ideal, con*

tiempo de sobra para jugar a palabras cruzadas y rematar así las horas muertas.

Parker quiso ser piloto y se quedó en auxiliar. Waterman, sin embargo, llegó a manejar en tres ocasiones una «lata de arenques», como él los llama. La última de ellas, acabó con sus aspiraciones de Top Gun, y también con sus caderas. «Piernas al aire» reza en el respaldo de la silla de ruedas, que usa desde entonces.

Acetábulos y cabezas de fémur aparte, «Los Plumas» dominan bien su espacio aéreo, que se ve alterado mínimamente durante los meses de verano, cuando incrementan a siete los aterrizajes y los despegues diarios.

Los vuelos de la escuela de paracaidismo local «Volar sin mirar» de los miércoles y los viernes son los únicos capaces de separar al bueno de Waterman de sus aparatos de radioaficionado, con los que se comunica, a la vieja usanza, con gente del mundo entero. Él quiere despegar.

Parker, obsesionado con los extraterrestres, ha mandado señales por onda media y esperado respuesta en más de un centenar de ocasiones. Él, más bien, quiere aterrizar.

—Descanso, sonámbulo, locura, radioaficionado, dos, dosificar, carne, nebulosa, salto, tormenta, talón, lona, nave, vela, latitud, tud, tud...

«Los plumas», como les llaman en el barrio, nunca han salido de South Dartmouth. «Los plumas», como les llaman en el barrio, quince años después, seguirán jugando a las palabras cruzadas en las pistas de Queen Elizabeth.

## VI

*Suena Billy Cobhan*

*Paseo Marítimo. A cincuenta metros del puerto.  
«Tres tipos silenciosos mascan tabaco».*

*Sentado, con la caña tirada, mascando tabaco y un transistor de tamaño medio entre las piernas, escuchando resultados de baseball y fútbol americano, está el primer tipo silencioso.*

*Todo el mundo le conoce en South Dartmouth.*

*El hombre baja a la playa Mouth todos los días del año, llueva o truene, a nadar, sobre las ocho de la mañana.*

*El primer tipo silencioso, cuyo verdadero nombre es Billy Waine, ha salvado a tres turistas patosos de los remolinos de Knowles Beach, y a otros*

*tantos de la ría Hesperia, en los últimos cinco años.*

*Es un experto nadador y, cuando tenía veinte años, se hizo con el trofeo Delfines de Baltimore y con el del Campeonato Local de Velocidad en Agua Salada, Ciudad de South Dartmouth.*

*Su cubo, lleno de cebo.*

*Su cesta, después de tres horas de pesca, vacía de peces.*

*El segundo, también sentado, también con la caña tirada, también mascando tabaco y con una petaca disimulada entre las piernas, es Chuk Alison, propietario de la bolera de la calle 15 y la calle Corn.*

*Nunca tuvo suerte con las mujeres el bueno de Chuk, pero sí en el business.*

*Nunca ha sido amigo del agua, ni para nadar ni para beber, y mientras su amigo Billy Waine ganaba trofeos y campeonatos «vestido con una ridícula malla de señorita», él levantaba uno de los negocios más prósperos de la ciudad.*

*Chuk es un tipo normal, un solterón que de vez en cuando busca algo de calor femenino en el negocio de neones rosas del tercero de nuestra improvisada fotografía.*

*Starkey. No lo creerán, pero también está sentado con la caña echada, también tiene los dientes negros de mascar tabaco y entre sus piernas descansa un teléfono móvil que, de vez en cuando, coge desairado para dar un par de gritos a Wendy, su abnegada secretaria y amante.*

*Los negocios requieren de una dureza especial para llevarlos, dice a menudo, disculpando sus malos modales.*

*Wendy, al otro lado del teléfono, llora, también a menudo, maldiciendo la hora en la que se enamoró de un hombre casado.*

*No tengo final para su historia. Ni para los tres que mascan tabaco y tienen la caña echada. El tiempo, si se dejan, escribirá el resto.*

*Yo me quedo en su nada inquietante fotografía que, si me apuran, está algo desenfocada.*

## VIII

*Suena Art Blakey*

*El reloj digital de la Playa Mouth marca las 20:45.*

*«Última etapa.»*

*El maestro de ceremonias, que lleva desde la mañana adornando con sus*

*chistes y su repugnante voz de pito todas las actividades de estas fiestas del 4 de julio, es conocido como Pete «The speaker».*

*Ahora baja a la arena, donde un pequeño escenario, con dos inmensos monitores y un micro inalámbrico, le espera para su perorata final.*

*Con los fuegos artificiales y la feria del malecón, se darán por concluidas las celebraciones anuales del Día de la Independencia.*

*Sigo sin entender cómo este delgaducho, con sombrero de copa, traje pequeño y ajustado, reventón diría yo, ha sido elegido para este año.*

*Ninette, la octogenaria dueña de la tintorería de la calle 32, que se percata de mi gesto, coincide conmigo. «Este hombre es un pesado, y tiene una voz insoportable. A ver si el año que viene traen a otro... Bueno, a ver si el año que viene estoy yo aquí para verlo...».*

*Continúo sin entender cómo ningún chaval de veintipocos, capaz de comprar en el supermercado una pistola, por el mismo precio que una Playstation, no ha tenido la brillante idea de organizar un magnicidio y aprovechar este último discurso, manido, demagógico y pesado, para darse a conocer entre la sociedad de esta pequeña ciudad de Massachusetts. Sinceramente, un asesino a tiempo es el mejor de los regalos para la fiesta nacional.*

## IX

Sheila y Malorie están sentadas, flanqueándome como dos esfinges, en la arena de la playa. El alcalde Henry Clark será el encargado de accionar la primera tanda de fuegos artificiales.

—Mamá ha preferido irse a casa. Todavía está muy presente lo de papá y se pone triste con los fuegos. A ella le gusta saber que estamos aquí, aunque esté en La Tourelle, viendo a Letterman en la tele.

—Vinimos los últimos años a pasar esta noche. Estábamos los cuatro juntos, y hasta Sheila, con su agenda y sus exposiciones, sacaba el tiempo para el 4 de julio, ¿verdad?

—Verdad.

—Pero nunca había venido tan bien acompañada... —susurró sin que su hermana pudiera oír.

El primer estallido me pilló por sorpresa. Rojos intensos, combinados con azules eléctricos, llenaron de golpe el cielo, iluminando la bahía de Apponagansett.

Todos en South Dartmouth exclamaron como niños. Todos lo hicimos con aquel

primer resplandor, ingenuo y cándido.

Muchos recordaron aquellos días de instituto, lejanos en el tiempo pero cercanos a la vez.

Otros tantos los imaginamos, con gimnasios engalanados para el baile anual, con poncheras repletas, chicas populares cortejadas por chicos impopulares, chulos playeros con el primer coche, profesoras condescendientes, directores cartesianos.

El primer estallido me pilló por sorpresa. Malorie, a mi izquierda, jugaba con la arena, dibujando y desdibujando espirales con su dedo índice. Sheila, a mi derecha, tocaba entonces fortuitamente mi mano.

Rojos intensos, combinados con azules eléctricos, llenaron de golpe el cielo, iluminando la bahía de Apponagansett.

Las ráfagas iban a más hasta terminar deletreando el nombre de la ciudad, iluminando a la gente en intensos verdes y amarillos. Y al fin todo terminó cuando, desde un pesquero, lanzaron el último cohete.

Poco a poco, los corros de la arena abandonaban la playa y el inefable Pete «The speaker», bajo su ridículo sombrero de copa y enfundado en su traje, pequeño y reventón, dio por clausuradas las fiestas.

La feria, con algodones de azúcar, atracciones para los más pequeños y barras de chapa con Budweiser helada para los más mayores, esperaba a los habitantes de South Dartmouth otro 4 de julio más. Otro aniversario más que tachar en el calendario.

## X

De la nada, de la arena, de la espuma de mar que se enredaba en los pies desnudos de Sheila, apareció un asqueroso tipo pelirrojo, con gafas de pasta y alborotado pelo fosco. Llevaba una levita azul noche con botonadura amarilla y burletes, y un maldito trombón de varas en la zurda.

—¿Sheila? ¿Sheila Brown?

—Sí, soy yo.

—¿Te acuerdas de mí?

—Eh...

—¡Donald!

—Eh...

—¡Donald! ¡Donald Howks! ¡De la banda de música! ¡El trombón!

—Donald Hawks...

—... «Pequeña Zanahoria».

—¡Oh, Pequeña Zanahoria! ¡Claro que me acuerdo de ti!

—Qué casualidad, ¿no?

—¡Qué bueno verte! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Mucho, mucho tiempo, Sheila. ¿Puedo invitarte a un ponche en el paseo?

El asqueroso trombonista con pelo fosco y alborotado me miró, pidiéndome permiso. Intuyendo, como debía, que la señorita Brown no iría a tomar, con ningún viejo conocido, ningún ponche a ningún sitio.

Sheila odia el ponche. Desde hace muchos, muchos años, querido amigo desactualizado, no se sirve ponche en las fiestas. Eso forma parte del pasado. Además, ella adora, como yo adoro, el whisky escocés y pasa de los músicos *freaks* de South Dartmouth. Sheila ya no es esa niña fácil, que aprendiendo a manejar una réflex, con un precario juego de revelado en el baño de La Tourelle, se dejaba seducir y fotografiaba a los palurdos de la banda de música municipal. Hoy, esa niña de falda plisada, medias y bragas blancas es una eminencia de la foto norteamericana. ¿Oyes, jodido paleta de pueblo? Se llama Sheila Brown y es toda una mujer con «sensibilidad vírica» incluida, dicho por el mismísimo Ashbery, que jamás tocaría ni un músculo de ningún fracasado con gafas de pasta y levita azul noche con burletes. ¡Dile, Sheila! ¡Dile quién es el león aquí! ¡Dile a este payaso quién manda!

—¡Claro, Donald! ¡Hace muchos años que no tomo ponche! Chicos, ahora mismo vuelvo. Si os movéis, llamadme al móvil. Berko, te dejo en buenas manos...

—¿Cómo?

—Malorie, cuídamelo.

—Por supuesto.

Entonces se levantó apoyándose en la mano del fantoche del trombón, y se disolvió entre la gente que subía al paseo.

—¿Fumas, Malorie? Me refiero a algo más que no sean cantidades ingentes de marihuana.

—Sólo fumo hierba, pero dame uno... ¿No vas a decir nada?

—¿De qué?

—¡Vamos! ¿Te crees que he nacido ayer?

—No se a qué te refieres...

—¡Venga! No soy ninguna niña. Sé el rollo que os lleváis entre manos mi hermana y tú. No sé en España, pero aquí con veintiún años ya se es mayor de edad y te enteras de las cosas nada más verlas...

—¿Tienes veintiuno? Habría jurado que no llegabas a los quince...

—¡Ey, chico, no lo pagues conmigo!

—¿Qué tengo que pagar?

—Se te ha quedado una cara estupenda cuando mi hermana se ha marchado con ese imbécil de Howks...

—¿A mí?

—Sí. A ti.

—No haces más que decir chorradas de cría.

—No sé quién es más crío aquí...

—No deberías fumar tabaco. Tíralo...

—¿Por qué has dejado que se fuera con ese payaso?

—No me importan ninguno de los dos...

—¿Seguro?

—Completamente.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Demuéstramelo.

—¿Que te demuestre...? ¡No tengo que demostrarte nada! ¡No te conozco de nada! ¿Cuántos años dices que tienes?

—Veintiuno.

—Cuando seas más mayor, entenderás que las cosas son de otra manera.

—Te repito que ya soy mayor de edad.

—No hace falta que lo repitas. Estoy muy tranquilo ¿sabes? No me gusta ser niñera de nadie... Pensé que tendría que comprarte un algodón de azúcar y subirte al tren de la bruja...

—¿No quieres que lo repita? —dijo subiéndose con intención el vestido hasta un palmo por encima de las rodillas flexionadas.

—¡Bájate eso, niña!

Entonces, se levantó y echó a correr siguiendo la estela del agua, llevando consigo una buena ración de ataque de histeria. Fui tras ella.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

—¡No me pasa nada! —dijo llorando.

—Vamos, Malorie. No llores.

—No estoy llorando.

—Ni siquiera me conoces.

—Pero conozco a mi hermana...

—Los dos la conocemos.

—¿Os habéis acostado, verdad?

—¿Por qué no vamos a tomar una cerveza?

—No me gusta la cerveza...

—Deja que piense —dijo secándole las lágrimas—. ¿Un algodón de azúcar?

—No seas tonto.

—Así me gusta, que sonrías.

—¿Os habéis acostado?

—¿Qué más da eso ahora? Vamos para arriba, ¿quieres?

—Está bien.

—¿Estás más tranquila?

—Sí. Perdona.

—Genial... ¿Un ponche?

—¡Tonto! ¿Crees que se sigue poniendo ponche en las fiestas?

—Yo diría que no.

—Yo también...

Saltimbanquis, faquires y llamaradas de fuego escupidas con ímpetu. Familias perfectas, como la de Trebor y Janisse, que se besan a los pies de la noria para niños, mirando a sus dos hijos gemelos, comilones de algodón de azúcar. Mujeres mayores envueltas todavía con pasión por el brazo de su hombre. Adolescentes aprovechando la iniciática noche en los rincones menos iluminados del paseo. Música de circo, políticos ebrios, currantes felices. Así dejó la noche del 4 de julio en South Dartmouth. Todavía no hay rastro de Sheila.

Todavía no sé qué hago aquí. Qué demonios pinto en este pueblo, de la mano de una jovencita, de la que sólo sé que fuma hierba en abundancia, que el THC le sube en forma de furor uterino, y que tiene unas rodillas deliciosas.

No alcanzó a resolver mi ataque de locura con motel, viaje en pick-up y programa de radio incluidos. No entiendo cómo la miserable fotógrafa Sheila Brown me ha dejado custodiando a su hermanita, que se custodia bien sola, y me ha abandonado en esta marea de perfección.

Soy un tronco a la deriva en la marea, bastante mareado y con ganas de volver a Nueva York. Soy un apátrida y un desterrado que busca un territorio donde plantar su casa rodante.

SEC 20/  
FINAL DE PARTIDA.  
INT/DÍA

I

La Tourelle está en silencio. La casa está en calma y yo miro al techo. Después de cinco horas y treinta y cinco minutos, sigo sin poder conciliar el sueño.

No se ha escuchado ni un ruido desde que me acosté, así que Sheila todavía no habrá llegado. Estoy nervioso. Duermo a oscuras, pero escucho los pájaros de mañana. Debe ser ya de día. No esperaré mucho más para levantarme y olvidar todo este mal sueño de duermevela.

La Tourelle está en silencio y en mi petate caen los vaqueros y la chaqueta de anoche. Zapatos, calzoncillos, calcetines sucios. El petate se cierra.

La Tourelle está en silencio y como un ladrón escapando sin dejar huella me deslizo por el pasillo. Su puerta está cerrada.

Como en el Blue Rooster, cerré la mano y la levanté para golpear con los nudillos. Miré a un lado, miré al otro. Tomé impulso... Decidí, y decidí lo correcto. Pensé durante el escueto camino las opciones, y decidí lo correcto. Volví a cerrar la mano. Tomé otra vez impulso. Miré a un lado. Miré al otro. La mano temblaba. Me armé de valor frente a su puerta...

La Tourelle está en silencio y su habitación vacía. Su cama perfectamente hecha por Donna, la matriarca, y otra vez los malditos pájaros de mañana repiquetean en mis oídos.

Cierro girando el pestillo para no despertar a nadie.

Cuando vuelvas me habré marchado, querida Sheila Brown.

Cuando regreses a tu jardín con flores, cuando quieras cogerme de la mano, ya no estaré aquí.

Y yo que pensé, por un momento, sólo durante un instante, entregarme a la locura de esta playa... Cuando vuelvas me habré marchado.

Se acabaron los besos en el ferry, los porros en Coney Island, se acabó esta aventura, que a punto ha estado de guillotinar me. Adiós a la felicidad que creí encontrar con las galletas del distrito Roosevelt. Adiós a su saliva, adiós a sus manos,

adiós a South Dartmouth.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿No vas a esperarla?

—No. No la esperaré nunca más.

—¿Pero lo pasamos bien anoche?

—Claro. No tiene nada que ver contigo.

—Te voy a echar de menos, Berko.

—Ni siquiera me conoces...

—Pero sólo unos días. Luego se me pasará.

—Eres adorable, Malorie.

—Sí. Yo soy la hermana buena.

Avancé hasta el quicio de la puerta. Toqué el marco de madera, que tantas veces había visto entrar y salir a la que pensé sería mi salvación.

No tengo remedio. Soy un impedido, un lisiado dependiente que busca en una cara bonita y una boca amable la redención.

Es curioso, busco la redención pecando. Una y otra vez.

—Dile a tu madre que sus galletas son estupendas. Medicina para el alma.

—¿Sabes? Le caes bien.

—¿Y a ti?

—No me hagas llorar, Berko.

Entonces me acerqué. Pude notar sus pezones endureciéndose a medida que yo recortaba espacio. Acaricié su cuello y la besé. Besé apasionadamente a aquella cría de veintiún años como si de Sheila se tratase. La besé y se hizo interminable el instante, completo, colmado, sublime.

Sí. Ella era la hermana buena, pero siempre he preferido las malas. Siempre las malas, para poder llorarlas y continuar con este juego de masoquismo. Las malas, para fomentar esta máscara de autocompasión. Las malas para contar lo mal que me siento, las malas para que mi llanto suene más alto que el de tantos desamparados, que viven a la vuelta de cualquier esquina cerca de casa. Tal vez es la manera que he encontrado para no pasar desapercibido, para no ser una mancha más en el lomo de cualquier tigre.

SEGUNDA  
PARTE

(Diez días después)

SEC 21.  
ESTUDIOS OKHRA.  
INT/DÍA

I

Desde la ventana del vigésimo piso del edificio Meisser, al principio de la avenida Madison, se puede ver casi toda la ciudad. Incluyo Queens, Bronx, al fondo, y Brooklyn. Desde la antigua atalaya enmarañada de cables de teléfono y griterío, que fueron los Estudios de Música Okhra, también se distinguen los puentes y el solar donde antes se levantaban las Torres Gemelas.

Rico se había pasado media vida en esta oficina, y cuando entraba al edificio, tanto los porteros como los ascensoristas, los repartidores de correo personal, recepcionistas, secretarias, técnicos de sonido e ingenieros, productores y músicos, todos ellos, le saludaban al pasar. Rico no podía estar solo ni un momento. Hablaba con todo el mundo, y durante los últimos diez años de su vida, cambió el salón de su fastuoso apartamento en la 52 y la Primera Avenida, por aquel bullicio de la compañía en su apogeo. Mientras, fuera, en el laberinto de asfalto, su último productor, Ali Strong, y su *personal assistant*, John Emmanuel Goodall, trataban de facilitarle la vida.

Hoy, la oficina está prácticamente vacía. El presidente, el gran Chess, conserva todavía su despacho, pero prefiere pasar los meses en su casa de Miami, junto a su esposa.

«Totta», Dorothea, su abnegada secretaria y lugarteniente, después de meditar y madurar su decisión, tiró la toalla y se largó a Chicago en busca de nuevos talentos. En su lugar, Vivian, una despistada becaria de veintipocos, recoge las escasas llamadas entrantes en recepción, las apunta en hojas de Excel, y cada dos días las remite por mail a su destinatario.

La mayoría de los «A Erres» encargados de fichar jóvenes con aptitudes también abandonaron el barco poco a poco, salvo «Blaster», que aprovechando la distinción de ser el único cazatalentos de este viejo trasatlántico se ha hecho con un pequeño habitáculo al lado de los baños, sólo para él. Ha colocado una estrella dorada en la puerta, su nombre con Letraset de saldo y su colección de vinilos, con más de tres mil

volúmenes, en una antigua estantería de Habitat.

Frank, cincuenta y siete años, negro, fregona en ristre, se encarga de mantener limpios los estudios dos veces por semana, aunque «a media mierda», como él dice, «se vive estupendamente».

Un póster a tamaño natural de Rico preside el *hall* de entrada. La fotografía de una estrella apagada, que busca veinte años después un golpe de luz, ilumina, a duras penas, la esperanza de esta compañía.

Pero hoy, tanto los porteros como los ascensoristas, los repartidores de correo personal, recepcionistas, secretarias, técnicos de sonido e ingenieros, productores y músicos, todos ellos, han cambiado. Ninguno ha tenido la deferencia, ni siquiera Vivian, la despistada becaria de veintipocos que necesariamente le mira a los ojos de lunes a viernes, de preguntar quién demonios fue el tipo mal encarado con perfecto de cuero, botas de *cowboy* y manos anilladas que te recibe, a tamaño natural y en papel fotográfico, nada más entrar.

—¿Quieres que bajemos a comer?

—Dame diez minutos, Blaster. Tengo que cerrar las entrevistas con Murray y Strong para mañana y pasado.

—Te espero abajo... ¿Perritos?

—¡Perritos!

## II

Bernard Jackson, alias «Blaster», comenzó su discreta andadura profesional con un pequeño programa de radio local en la Free Style Radio, de Detroit.

Es cierto que sus críticas mordaces e indiscriminadas a los grupos de rap de la ciudad, y su incondicional apoyo a las viejas glorias del rock&roll clásico, bien le valieron el apodo. Por antena se autocoronó presidente del club de fans a nivel internacional del grupo de los californianos Phil y Dave Alvin, y les ha seguido durante más de trece años en sus conciertos a lo largo y ancho de todo el país.

Llegó a instalarse a Nueva York con una mano delante y otra detrás, con apenas dos mil dólares ahorrados y sin saber exactamente cuál sería su ocupación en la ciudad de las oportunidades.

Consiguió un trabajo modesto, enchufando y desenchufando los amplificadores de las bandas *amateurs* que tocaban en el Gas Station de la calle 14, y de *disc-jockey* los fines de semana en el night club Coconut Pie. Con treinta y cinco años, y todavía viviendo en la pensión The Fifth Beatle en Brooklyn, entró como ayudante de los A Erres de Okhra.

Su cuenta bancaria está siempre tambaleándose, no tiene demasiada ropa porque «nunca se sabe cuándo habrá que largarse», y su alimentación se basa, principalmente, en los perritos calientes de la esquina de la oficina, los bagels del puesto que hay situado a cincuenta metros de su pensión, además de extraordinariamente, las hamburguesas del Chose it & Taste it de la estación del metro de Greenwich Village.

No tiene muchos amigos, aunque su BlackBerry, a cuenta de la compañía por supuesto, está llena de contactos. Bebe todos los días cantidades ingentes de bourbon y mantiene la teoría de que la obstrucción de sus arterias solamente se puede curar con un vasodilatador de ese calibre. «El tío Jack me salva la vida todas las noches», dice Blaster, que todavía no sabe lo que es el Plavix.

Blaster acostumbra a despertarse tarde, y a llegar al edificio Meisser cuando yo ya llevo cuatro o cinco llamadas.

Una semana atrás conseguí instalarme en un despacho vacío. El mismísimo Chess le ordenó a Vivian, la despistada becaria de veintipocos, que me despejara una mesa con cierta independencia y teléfono propio.

Viejo ordenador portátil, Moleskine para tomar notas y un considerable repertorio de bolígrafos, punta finas y repasadores, llenan mi eventual escritorio. Dos volúmenes sobre la arquitectura y el diseño de Nueva York, otros cuatro sobre la historia de la música americana y un folleto de Domino's pizza completan el percal.

¿Qué más puedo necesitar? Jamás pensé que en menos de diez días me iba a convertir en un *newyorker* más, sin problema de adaptación alguno. Jamás imaginé la increíble flexibilidad de esta ciudad para con sus engranajes. Sin prepararlo de antemano, yo, Tomás Berkonsky, era ese *déjà vu* que siempre había querido ser. Esa especie de jovencito emprendedor que pasa desapercibido, pero que se queda en la memoria, se queda registrado en la retina de alguno, que, de golpe, le recuerda.

Había entrado de lleno en las estadísticas, en los grandes números, y, contra lo que podría parecer, estaba perfectamente acomodado en mi rol. No me diferenciaba nada del resto de los ciudadanos de Manhattan.

Mi guión seguía su rumbo, igual que el de cualquier personaje de esta maravillosa urbe. Igual que cualquiera de las microscópicas cabezas de alfiler que se ven desde el vigésimo piso del edificio Meisser, e incluyo Queens, Bronx, al fondo, y Brooklyn.

Sin levantar la voz, sin alzarla mucho para no cagarla, empezaba a sentirme como en casa, en una ciudad distinta.

### III

—¡No me canso de estos perritos calientes! ¡Sabes a mierda, pero me encantan!

—Algún día te va a dar algo, Blaster...

—Sí, sí. Algún día. ¿Tú no quieres extra de ketchup?

—No. Me gusta así. ¿Sabes, Blaster? Tendríamos que repetir el plan de la otra noche en el Arthur's. Me lo pasé de puta madre.

—¡El Arthur's es un sitio cojonudo, hombre! ¡Los músicos son espectaculares y el alcohol es de primera!

—Sí. Estuvo genial.

—Dime una cosa, Berko... ¿Por qué vas a entrevistar a Murray? Todo el mundo sabe que es un imbécil de cuidado. No te va a contestar nada de lo que le preguntes y encima te va a hacer perder el tiempo.

—Tenía la entrevista concertada desde España. Cuando hablé con él por teléfono tampoco me pareció tan imbécil.

—Pues te aseguro que lo es. Un idiota de campeonato. Y además, no es trigo limpio...

—¿Y eso?

—Puedes preguntarle a Goodall. Intentó de todo con tal de tener más derechos... Con Rico era distinto, pero cuando se daba la vuelta, salía el lobo que llevaba dentro.

—Rico le tenía mucho aprecio.

—Pues él lo que le tenía es mucha envidia...

—¿Envidia de qué? Él ya era un productor conocido cuando Rico llegó a su estudio con sus primeras maquetas.

—...Que le dejaron fascinado, y no paró hasta sacar tajada. Goodall sabe todos los pormenores... Es el único que creyó en Rico desde el principio hasta el final...

—Era como su hermano mayor.

—¡Claro! ¡Habla con él, y que te cuente!

—Ya lo hice, y ni me lo mencionó.

—Hazme caso, hombre. Fíate de mí.

—Tranquilo, Blaster. Tampoco quiero sacar los trapos sucios. Un par de preguntas y se acabó.

—¡Pues menudo espíritu de documentalista tienes tú!

—Quiero que sea un homenaje, no una fuente de polémica...

—¿Te apetece otro perrito?

—Paso.

—Yo me animo a uno más. ¿Me esperas? No sé qué me pasa últimamente, pero tengo un hambre terrible. No dejo de pensar en la comida, tío. Me levanto y pienso en perritos, desayunando, pienso en bagels, y en el metro, en hamburguesas. ¡Un día de estos voy a reventar!

—Tampoco exageres.

—Es verdad. Tampoco estoy tan mal, ¿no?

—No.

—Menos mal que me purifico por la noche, ¿eh?

—Sí. Menos mal. ¿Entonces? ¿Repetiremos lo del Arthur's?

—Por supuesto. Pero esta noche no puedo. He quedado con una conejita que conocí en el Coconut el sábado pasado... Una golfa de cuidado...

—Controla la cartera, Blaster...

—¡Lo que tengo que controlar es la bragueta, chico!

—Sí. Contrólala...

—¡Joder, tío! ¡No es por ser insistente, pero mañana cuídate de Murray! ¡Es un capullo! ¡Blaster no se equivoca nunca!

—Me lo pintas como si fuera el demonio...

—«Vestido en azules», muchacho...<sup>[1]</sup>

—Vale. Te haré caso. Estaré alerta.

—¡Coño, Berkonsky! ¡Te conozco desde hace menos de diez días y creo que he hablado contigo más que con mi madre! ¿Seguro que no quieres otro perrito?

SEC22.  
MR. MURRAY/WALDORF ASTORIA.  
INT/DÍA

I

Duncan Murray, 63. Productor musical y arreglista. Co-director de la agencia Leila Music.

El sol de media tarde entra por la imponente ventana de la *suite* 21 del hotel Waldorf Astoria. En la mesa del salón, con tresillo, moqueta y cuadros con motivos de caza ingleses, hay una cubitera de cristal llena de hielo, dos vasos y una botella de whisky.

Murray me recibe con amabilidad y una gran sonrisa. Va vestido con una camisa de flores azules y verdes, vaqueros y hawaianas de camuflaje. Saca un paquete de Chesterfield, se enciende un pitillo, se sienta en uno de los extremos del sofá, contra la pared, y con displicencia lo tira sobre la mesa.

PREGUNTA: ¿Recuerda la primera vez que vio a Rico?

RESPUESTA: Arriba, cerca de la avenida Amsterdam, había un tugurio que casi siempre estaba vacío, donde yo solía llevar a tomar copas a las chicas con las que salía. No me acuerdo del nombre del sitio, pero tenía un pequeño escenario, veladores, y al entrar había que bajar unas largas escaleras.

»Todas las noches del año había actuaciones y no necesariamente conciertos. Podías encontrarte con cómicos, magos, ventrílocuos...

»Una noche yo estaba con Barnes, mi socio de aquel momento, y entonces Rico se subió al escenario con la única compañía de su guitarra acústica. Las luces se apagaron y empezó a tararear el estribillo de «Vietnam's pray» para calentar. La poca gente que había en el sitio se calló de golpe. Entonces empezó a cantar. Barnes y yo nos miramos, saqué mi tarjeta y a mitad del concierto se la puse en el escenario. Nos marchamos antes de que terminara y al día siguiente estábamos escuchando sus maquetas y firmando su primer disco. Así empezó todo.

P: ¿En qué momento supo que Rico tendría futuro en el mundo de la música?

R: Al escuchar los primeros acordes de «Vietnam's pray», con esa melodía y ese timbre tan particular de su voz, culpa del asma. Tanto Barnes como yo lo tuvimos

muy claro. Era un diamante en bruto, que necesitaba las manos adecuadas para convertirse en una joya.

P: Sus manos...

R: Sí. Por qué no decirlo.

P: Sigamos por ahí. ¿Cambió mucho el estilo de Rico, de las maquetas que ustedes escucharon antes de grabar el disco, al resultado final, con sus aportaciones?

R: Por supuesto. Rico nos trajo una casete que había hecho sentado en el baño de su casa, con una guitarra desafinada y una grabadora de periodista. Era el año... 1977. Todos los temas eran buenos, muy buenos diría yo, pero la mezcla, el resultado final que combina la melancolía de su voz, con ese sonido oscuro... esa tristeza que se contagia y que se te queda cuando escuchas su primer disco, ese punto... ese punto es nuestro.

P: ¿Cómo era el joven Rico en el estudio de grabación? ¿Cómo se comportaba?

R: Casi siempre estaba callado. No hablaba y dejaba a los profesionales trabajar. Contra lo que se dice de él durante aquellos años, que era un pandillero y que siempre estaba metido en líos, en el estudio era todo lo contrario. Yo le definiría como un buen chico con un gran talento.

P: Ese buen chico, y ese gran talento, le hicieron ganar mucho dinero, ¿verdad?

R: No se crea lo que se dice por ahí. Hubo ganancias, pero tampoco exageradas. No me gusta hablar de dinero.

P: Volvamos a Rico. ¿Cómo fue su evolución? ¿Existe mucha diferencia entre el artista de *Vietnam's Velvet* y el de *13/13/67*?

R: No es fácil contestar a esa pregunta. El sonido del primer disco no era tan sencillo de repetir. Utilizamos un equipo antiguo para la época, muy peculiar... Supongo que la cadencia de sus canciones, esa manera tan personal de acompañarse con la guitarra, eso no cambió nunca. Es más, concretamente *13/13/67*, de todos sus trabajos, exceptuando el primero, es el que más enseña sus orígenes musicales... el que más se parece al Rico que grabamos Barnes y yo.

P: Curiosamente, sus fans no llegaron a entender del todo esa especie de involución del último álbum...

R: Aunque un artista se debe a su público, eso es lo que se dice por lo menos, uno tiene que tomar decisiones drásticas. Rico, yo tampoco sé por qué, porque en aquellos años ya no teníamos relación, optó por volver atrás. Después de pasearse por sonidos nuevos, coquetear con el soul y la música irlandesa, adaptarse a la moda del momento, decidió recogerse.

P: ¿Cómo se toma usted ese cambio?

R: Rico también tenía derecho a recapacitar. Lo hizo y para bien.

P: ¿Y por qué dejaron de verse?

R: Es algo que no me gusta recordar. Está aparcado ahí, en la memoria, y me

entristece rebuscar en aquellos tiempos...

P: Disculpe, no quería incomodarle. Sólo dígame si tuvo algo que ver la aparición de su mánager.

R: Sí y no. Cuando uno llega a tocar el cielo, cuando se acerca tanto al horizonte y se lo pone delante de sus narices, siempre aparecen nuevos personajes, opiniones, maneras de enfocar la vida... Si uno no es lo suficientemente fuerte, hay fallos y se deja por el camino a mucha gente.

P: ¿Cree que Goodall tuvo la culpa de esos fallos?

R: Goodall es un buen hombre, no tengo la menor duda. No puedo hablar de él con usted. Tenemos un contencioso y todo lo que diga al respecto debe estar aprobado por mi abogado.

P: Por tercera vez, disculpe.

R: No tiene importancia, pero preferiría que nos centremos en Rico.

P: Dígame, ¿de qué manera interfirió su vida personal en la profesional?

R: Hasta donde yo conozco, en todo. (Silencio) La muerte de su padre marcó la mayoría de las letras, su pasado en las calles, los desencuentros amorosos con distintas chicas... Su vida está en su música.

P: ¿Y su muerte?

R: Probablemente, también.

P: En su entierro en el cementerio de Green-wood, en Brooklyn, sólo estaban presentes su esposa, su hijo, John Goodall y Ali Strong, su último productor. ¿Fue una decisión de la familia la de hacer un entierro privado, o realmente Rico estuvo tan solo en el final de su vida?

R: Me enteré de todo como el resto de la gente. A través de la prensa. Hacía muchos años que Rico y yo no hablábamos, ya se lo he dicho. Y como conmigo, con muchas personas sucedió lo mismo. Fue una noticia dolorosa, porque un hombre tan joven, no te esperas... pero así son las cosas. Ahora sólo nos queda su legado musical.

P: El año pasado se cumplió el décimo aniversario de su desaparición. ¿Existe la posibilidad de una remasterización de sus primeros álbumes?

R: De momento no hay nada contemplado, pero por supuesto que, desde el punto de vista comercial, no sería mal negocio.

P: Porque usted controla casi en su totalidad los derechos de los dos primeros discos, ¿verdad?

R: Sí. *Vietnam's Velvet* del 77 y *Eden's gate* del 79, sí. Son prácticamente míos.

SEC 23.  
HABITACIÓN 7 DEL DOMINIQUE'S.  
INT/DÍA

I

«Llamadas salientes.»

**1-957-987-098**

—¿Blaster?

—¡Qué tal, Berko!

—¿Cómo fue anoche con tu conejita?

—Déjalo... Lamentable. ¿Y a ti con Murray?

—He salido hace un rato del Waldorf. No ha estado mal. Cuando le grabe en primavera, le exprimiré un poco más, pero contestó a casi todo lo que le pregunté. Al transcribir la entrevista, quedará bien claro quién es...

—¿Cuándo tienes a Strong?

—Mañana. Hemos quedado a comer en el Beautiful Bakery, al lado del Madison Square Garden.

—¡Conozco el sitio! ¡Prueba los bagels! ¿Estás en la oficina?

—No. Estoy en el hotel. Voy a hacer un par de llamadas, pasaré la entrevista a limpio y poco más. Podíamos vernos más tarde a tomar algo.

—Si quieres luego paso por ahí y vamos al Arthur's. Tocan unos chicos cojonudos que están este mes de gira por la ciudad. Jimmy Q and The Rain Fellas.

—¡No me digas! Les vi la primera noche que llegué. En el Porter's.

—El cantante tiene una cara de pillo...

—Lo es, Blaster. Lo es.

—¿Entonces? ¿A las ocho paso a por ti?

—Perfecto. A las ocho nos vemos...

**0034-91-556-58-37**

—Papá, mamá, soy yo. Nada, todo va bien. Mucho más centrado en el trabajo, van

saliendo las cosas como deben y va a quedar una... un guión estupendo. Hace mucho calor estos días y la ciudad está preciosa. Dile a papá que se sigue pareciendo mucho a la que dejamos hace diez años. Llamadme cuando escuchéis el mensaje. Besos.

### 0034-649-952-166

—¡Fer! Soy Berko. Nada, en menos de quince días estaré de vuelta. Se me pasó llamarte por tu cumpleaños, pero te he comprado un par de cosillas. Ya te contaré, porque está siendo un viaje bastante movidito. Bueno, te llamaré la semana que viene, a ver si coges el teléfono. ¡No te emborraches mucho, que aunque ya tengo treinta, tú me sigues sacando unos cuantos! ¡Abrazos, amigo!

### 0034-651-04-34-49

—¡Buenas!

—¿Berko? ¿Eres tú?

—Sí, cariño.

—¡Ay, cómo te echo de menos!

—Y yo a ti, pequeña. ¿Qué tal estás?

—Harta de trabajar pero contenta porque ya queda menos para verte.

—Te noto algo en la voz. ¿Va todo bien?

—Sí, cariño. Es que estoy acostada. Cuéntame, ¿qué tal tu Nueva York?

—Maravillosa, pequeña. Esta ciudad es mágica. El otro día paseando por la 59, entre la Tercera y Lexington, pensé en ti.

—¿Ah, sí?

—Sí. Hay una tienda muy pequeña en la que venden muñecas de porcelana antiguas. Hay cientos de ellas.

—¡Qué miedo!

—¡Sí! Dije, ¡si Dulce entra aquí, se muere!

—¿Y qué más? Cuéntame más cosas...

—Pues nada, ando loco con la historia de Rico. He conocido a un tipo divertidísimo de la compañía de discos. Blaster se llama. Es un borrachín muy simpático...

—No bebas mucho, que te conozco...

—Es un tipo de cuidado. Tiene una colección de discos genial. ¡Y sólo come bagels!

—Tú y tus amigos...

—Llevo unos cuantos días que sólo le veo a él.

—Pues no bebas mucho, que te conozco, repito.

—Tranquila, nena. ¿Y tú?

—Harta de trabajar, ya te he dicho. Hace mucho calor, pero estoy yendo con Raquel a la piscina del hotel Sanvi todas las tardes. Por lo menos puedo relajarme y me hago a la idea de que estoy de vacaciones.

—Cuando llegue, te prometo que nos vamos a marchar tú y yo solos a algún sitio.

—Sí, Berko. Tú y yo solos. En una playa, tomando daiquiris y haciendo nada.

—Claro que sí, cariño. Te quiero mucho.

—Y yo a ti. ¿Sabes? Estoy pensando en cortarme el pelo y teñirme.

—¿Estás loca? Te queda muy bien la melena.

—Pero tengo calor. Tengo calor todo el día. Desde que me despierto hasta que me acuesto... ¿Sabes? Me estoy aficionando al fino, en el aperitivo.

—¿Al fino? ¡Tú odias el fino!

—Pues ahora me lo pide el cuerpo...

—Eso son cosas de Raquel.

—Sí. Estamos todo el día juntas. Ya hemos ido varias veces a La Venencia, en la calle Ventura de la Vega...

—Ella también está de rodríguez, ¿no?

—Sí, Luis está rodando en el Algarve hasta la semana que viene.

—¡Ay! ¡A saber qué estaréis haciendo las dos solas por ahí!

—¡De todo!... ¡Qué va! ¡Sabes que somos inofensivas!

—Ya. Inofensivas.

—¿Qué más me cuentas?

—No sé qué más decirte. Está todo genial. ¡Oye! Llama de vez en cuando a mis padres...

—El otro día tu madre se vino con nosotras a la piscina.

—Qué bien.

—Sí... ¿Me echas de menos?

—¡Todos los días!

—¿Y piensas en mí?

—¡Todos los días!

—Y...

—¡Todos los días!

—¡Tonto!... Bueno, pequeño, que te va a costar un platal la conferencia...

—...Cariño.

—Te llamo yo en estos días.

—Vale, mi amor.

—Disfruta de la ciudad y no te hagas el loco...

—Te quiero.

—Yo también, Berko.

## II

Definitivamente, el reloj de pared de mi habitación ha sucumbido al frío. No ha aguantado la presión y ha decidido pararse. Las agujas se han detenido. Mientras hablaba por teléfono, un segundo ha llegado a durar cuatro, y se ha multiplicado el tiempo en su péndulo.

El aire acondicionado está funcionando a tope y ha congelado las tuercas. En el quicio de la ventana se llega a formar escarcha.

Agnes, la recepcionista del Dominique's, no encontrará solución hasta mañana por la mañana, pero ha dejado sus crucigramas y me subirá una manta...

Fuera, el termómetro de Times Square marca el equivalente a 39 grados centígrados. Dentro, debo estar a 14.

Es mejor estar en la calle deshidratándose de calor, que aquí dentro, muriéndose de hipotermia.

SEC 24.  
BAR INGLÉS DEL DOMINIQUE'S.  
INT/DÍA

I

El derecho al ocio lo reivindicaron tantos, hace ya tanto tiempo, que se ha olvidado. El derecho al descanso y al esparcimiento, la necesidad y la obligación del receso ha caído sepultada por las pretensiones del mercado y del sistema.

Y si hay algo que me gusta, como a todos, es el paréntesis, el corchete de tranquilidad, que existe dentro de un vaso bajo con hielo y repleto de Etiqueta Negra.

Agnes, disculpando la ausencia del barman, por motivos personales y de manera abrupta, veinte minutos antes de que yo bajase al Bar Inglés del Dominique's, me sirvió la copa, y posó al lado del plato con cayú y galletas suizas, un escueto volumen firmado por Strasberg, el narrador por antonomasia de la ciudad de Nueva York.

—Si quiere desconectar de verdad, échele un vistazo. Lo escribí para mí. ¿Sabe?

—¿En serio?

—Sí —dijo medio riendo—. Cuando se enteraron, se empeñaron en usarlo como reclamo publicitario en el hotel...

—Claro que lo leeré, Agnes.

—A los clientes les gusta que un tipo tan importante como Strasberg se haya fijado en alguien como yo.

—Dame dos sorbos y lo leo.

—Bien. Si quiere otra copa... ¡Silbe! —dijo feliz.

—Así lo haré.

II

*EL CRUCIGRAMA DE AGNES*

*Por Peter Strasberg*

*Resulta que en la mañana de un miércoles cualquiera de abril llegó, en un coche*

negro, un completo equipaje, de cinco bultos y dos sombrereras, al hotel Dominique's en el corazón de Manhattan. Resulta que cinco minutos después del coche negro y del equipaje, de otro automóvil con el mismo color, bajó un espigado hombre vestido de azul eléctrico con un sombrero de ala ancha, manos desnudas de alianzas y bigote italiano, recortado por encima del labio superior como se hacía a principios de siglo.

Resulta que de un tercer coche, bajo un segundo hombre, con pinta de bedel de biblioteca, ataviado con traje gris y botonadura dorada, mocasines gastados y camisa de cuello blando, entró primero al hall del hotel y pagó al contado las siete noches que, de antemano, fueron reservadas desde un número internacional.

Resulta que detrás del, a partir de ahora, secretario Alfaro, entraron dos morenos, cargando con las maletas, que, sin mediar palabra, alzaron de dos en dos por las escaleras, hasta la habitación número 3.

Agnes, la joven recepcionista del Dominique's, miró, oyó y calló.

Junto con la llave, cedió cortésmente los documentos del check-in al secretario Alfaro e informó con voz monocroma de los servicios y horarios del desayuno en la Sala Vincent, y del Bar Inglés a la hora del refrigerio. De igual manera, sin subir ni bajar el volumen, alertó de la hora de cierre de la puerta principal, aclarando que siempre que se rebase, se puede acceder por la de servicio, entrando por la calle paralela, la 38.

—... Como el paralelo de Vietnam —dijo ella, tratando de despedirse con un chascarrillo, y para que se acordase el secretario Alfaro de la información.

—No creo que tengamos ese problema. Muchas gracias, señorita —contestó mientras guardaba en su raído maletín marrón, la documentación de ingreso, sin levantar la mirada. Entonces mostró con su genuflexión de despedida su calva limpia y brillante con olor a perfume caro de caballero.

Resulta que el secretario Alfaro salió a la calle y en ciento veinte segundos volvió sujetando del brazo izquierdo, como un lazarillo, al espigado hombre de azul eléctrico, sombrero de ala ancha, manos desnudas de alianzas y bigote italiano.

—Buenos días, señorita —dijo con un fino hilo de voz.

Los morenos, que ya estaban abajo, se cuadraron frente a la extraña pareja, y ante el gesto del secretario Alfaro, tras una tímida reverencia, se marcharon por donde habían venido.

Agnes, la joven recepcionista del Dominique's, miró, oyó, y calló.

—El señor se retirará a descansar. ¿Sería tan amable de despertarle antes de que sirvan la comida?

—Por supuesto. ¿A las doce está bien?

—Perfecto —contestó Alfaro.

Ante la atenta mirada de Agnes y dos muchachas sin nombre, que observaron toda la escena atrincheradas en el umbral de la puerta de las cocinas, el hombre del

sombrero de ala ancha, agarrado al secretario Alfaro, subió las escaleras.

Al doblar el rellano, las criadas salieron de su madriguera de chismes y cuchicheos a encontrarse con Agnes, que ojiplática miraba cómo, lentamente aún, subía la mano espigada y desnuda de alianzas de aquel hombre, por la baranda de madera.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? —susurraron.

—No lo sé. La reserva está hecha a nombre de una empresa. No tengo la menor idea...

—¿Hasta cuándo se queda?

—¡Ay! No sé, chicas. ¿A qué vienen tantas preguntas? Volved al trabajo, que queda apenas una hora para servir el almuerzo...

—¿Pero cuando sepas algo, nos lo dirás?

—¡Ni hablar de eso!

—¡Por favor! ¡Es tan extraño! ¡Y tan guapo! —añadió una de ellas.

—¿Guapo? ¡Pero si es un viejo! ¡Parece un fantasma!

—Será viejo, pero tuvo que ser un hombre hermoso —continuó la criada enamorada.

—¡Venga! Os diré algo si me entero, pero ahora a trabajar, que se hace tarde...

Resulta entonces, que Agnes, la joven recepcionista del Dominique's, tratando de aparentar normalidad, terminó de rellenar la ficha de la reserva y meticulosamente la guardó en la cajonera forrada con tela de saco verde, junto al resto de cédulas. Acto seguido, trató de continuar con un autodefinido de doble página, que la traía, desde primera hora de la mañana, entretenida.

Pero los huecos a completar del pasatiempos se convirtieron en interrogantes a descubrir. Cada una de las casillas vacías del amplio crucigrama de las últimas páginas de la revista de mujeres que reposaba sobre el escritorio de recepción, como si de meticonas y lenguaraces criadas se tratase, imperiosamente, pedían respuestas.

Sin alertar el gesto, sin aspavientos, sin dejar pasar apenas un minuto, volvió a la cajonera forrada con tela de saco verde y sacó la ficha, que todavía conservaba el olor a tinta fresca. La yema de su índice derecho tocaba la esquina superior de la tarjeta, cuando los mocasines gastados del secretario Alfaro, empezaron a bajar el último tramo de escaleras. Entonces Agnes guardó todo aprisa, cerró de golpe la cajonera forrada de tela de saco verde y se sentó de nuevo frente a su revista.

—Disculpe, señorita. ¿Habría algún problema para reservar una mesa para cinco?

—¿Para qué hora la querría, caballero?

—Doce y media. El tiempo justo para que el señor se despierte y tome su media combinación de aperitivo.

—No hay ningún problema.

—Muchas gracias. Una última pregunta. ¿Existe inconveniente para que espere hasta entonces en aquel sofá? No querría incomodarla en sus tareas.

—Desde luego que no, señor. Además, no tengo mucho que hacer esta mañana, ¿sabe? El hotel está casi completo. ¿Quiere prensa?

—Gracias, pero tengo que repasar la agenda del señor.

—Siéntese. Si quiere, le puedo ofrecer un café o un té.

—Eso sería estupendo. Un «ristretto» con un chorro de escocés.

—Cómo no.

—...Que el chorro de escocés sea nuestro secreto —añadió tratando de ser simpático...

El pomposo secretario Alfaro se sentó en el Chester negro del hall, y de su raído maletín marrón sacó unos papeles amarillentos y escritos a mano con rotulador rojo.

Agnes pidió el café, y volvió a su crucigrama incompleto.

El secretario, que tenía ciertos parecidos con actores secundarios de películas rodadas en Nueva York, miraba con ojo clínico los tobillos de la joven recepcionista, que se dejaban ver bajo el mostrador.

Sus botines de institutriz, de charol negro y cordones, sus piernas cruzadas, sus pantorrillas camufladas por unas medias de color pardo y el final de su vestido, con velos de tul, color marrón.

Ella respondía, con cierto pudor, a las miradas analíticas de Alfaro, que a varios metros de distancia, desde el Chester negro del hall, parecía comérsela con los ojos.

Casi obligada, se tragó el candor y el recato que la habían llevado en poco tiempo a su puesto de trabajo, y descruzando las piernas, rompió el hielo con su nuevo y curioso amigo.

—Dígame. ¿Viene mucho por Nueva York?

—No, señorita. Sólo cuando el señor decide el viaje.

—¿Y usted le acompaña en todos los viajes?

—Por supuesto. En todos. Y desde hace ya muchos años...

—¿Y viajan mucho?

—Sí, donde hay mujeres hermosas y bellas que le necesitan, allí vamos.

—¿Cómo?

—Pero como aquí en ningún sitio, créame...

Entonces Agnes, ruborizada por el comentario del secretario Alfaro, quiso dejar morir la conversación y volver a su crucigrama.

Horizontal: Palabra de ocho letras que comienza con «D» y termina con «A»: DINASTÍA eligió la joven recepcionista del Dominique's.

—Dígame, señorita —atacó el secretario—. ¿Cuál cree que es el color de esta ciudad?

—¿Perdone?

—El color, el color de Nueva York... ¿Cuál cree que sería en toda la escala de vistosos colores, el elegido para esta ciudad?

—No entiendo la pregunta, señor. No sé a qué se refiere. Supongo que cada uno tenemos el nuestro. Y hay mucha gente en Nueva York —respondió taxativa, pensando que era demasiado pronto para compartir preferencias cromáticas.

Vertical: Palabra de siete letras que comienza por «C» y encadena con la última letra de la horizontal previa: CULTURA eligió la joven recepcionista del Dominique's.

—¿Agnes? El café del señor...

Entonces el secretario Alfaro, de abajo a arriba, analizó cada pliegue de su vestido, cuando ella se levantó a buscar el «ristretto». Meticulosamente se fijó en cada una de las arrugas, que su figura menuda marcaba en la tela que caía.

—Aquí tiene...

—¿Y nuestro secreto?

—¡Qué secreto!

—No grite...

—No tengo ningún color preferido, señor.

—No, no. Ya sabe... —dijo señalando la taza humeante—. El escocés.

—Oh, perdone. Claro, el escocés. Disculpe...

—No hay problema.

Agnes se dio la vuelta, y se agachó para elegir el whisky adecuado para el café del secretario Alfaro, con el que cruzó una mirada a través del espejo del mueble bar donde guardaban los espirituosos de mayor precio.

—¿Qué está mirando?, —dijo ella sin girarse todavía y vigilándole en el reflejo.

—¿Diga? —contestó sobresaltado al verse descubierto—. Nada, no miraba nada.

—Mejor así —dijo poniéndose de pie—. Tome, su escocés. Ahora, necesito terminar unas cosas. Disculpe —terminó, volviendo aparentemente ofendida a su escritorio.

Horizontal: Palabra de cinco letras que comienza con la cuarta letra de la vertical previa: Antes de completar las casillas vacías, miró al secretario Alfaro, que avergonzado hundía sus ojos vidriosos en la pequeña taza de café. TEMOR fue su apuesta.

—Perdone si la he incomodado, no era mi intención...

—No se preocupe. ¿Me disculpa? Tengo que seguir con...

—Claro, claro. Saldré a fumar a la calle. Ya he terminado el café. Sólo da para dos pequeños sorbos.

—Ahora mismo diré que se lo lleven. No se preocupe.

Alfaro salió echando alguna mirada atrás. A Agnes se le escapó de su ofendido estatus una media sonrisa cuando el secretario encendía con problemas su mechero.

Entonces la curiosidad, que es malsana y no siempre trae buenas nuevas consigo, guio los botines de institutriz de la joven recepcionista, guio sus medias pardas y los tules marrones del final de su vestido.

La curiosidad, que es malsana y no siempre trae buenas nuevas consigo, guio cada uno de los pliegues, cada una de las arrugas que su menuda figura marcaban en la tela que caía, hasta el Chester negro del hall, donde estaban la taza del «ristretto», la botella de escocés y los papeles amarillentos con los que el secretario jugaba a repasar mientras la miraba... tal vez con temor.

Ella se agachó cerca de los papeles. Y con su mano derecha tomó uno de ellos fechado con rotulador rojo.

«Malaquian» es el nombre del hombre espigado, con traje azul, manos desnudas de alianzas y bigote a la italiana.

Y parece ir de fiesta en fiesta... pensó: Cita en el Club del fumador de Lexington, cena de gala en el Rainbow Room, otra cena con siete nombres de mujer en el pequeño restaurante francés Le Relais, de la avenida Madison, y hoy, a falta de confirmar, tres nombres nuevos de mujer para comer en el Dominique's. Interesante.

—¿Qué está mirando?

—Disculpe, señor. No quería que salpicase el café sus papeles, por eso los apilaba alejándolos de la taza.

—Ya he fumado...

—Me alegro, señor.

—Y ya me he bebido el café...

—Sí. Claro. Voy a dejar esto en las cocinas y vuelvo.

—¿No me va a decir cuál es el color de Nueva York?

—Sí. Claro. Mi color es, es el... el rojo.

—El rojo. Qué maravillosa elección. El primer color, el color de los pigmentos más antiguos. El de las tintas más caras...

—¿Qué le parece el verde, entonces?

—También me encanta. Son complementarios y bien combinados pondrían en su rostro la luz y la estrella que guarda.

—¡Señor!

—¿Qué estaba mirando?

—Lo mismo que usted miraba cuando me agaché a por el whisky —dijo ofendida por el tono lento y las palabras grandilocuentes del secretario Alfaro—. Debo completar mis tareas, y le agradecería que no se dirija a mí hasta que las termine.

—Siento haberla incomodado, señorita...

—¡Agnes! ¡Me llamo Agnes y disculpas aceptadas!

Pasada una hora exacta del incidente de los papeles amarillentos escritos con rotulador rojo, del escocés, del mueble bar y de las tres palabras resueltas del

crucigrama, DINASTÍA, CULTURA y TEMOR, los tres nombres de mujer de la mesa del señor Malaquian y el secretario Alfaro fueron llegando en un intervalo de cuatro minutos aproximadamente y sentándose en la mesa circular que se había, previamente, reservado.

Para cuando el espigado hombre vestido de azul eléctrico con sombrero de ala ancha y manos desnudas de alianzas encaró, del brazo del secretario Alfaro, el último tramo de escaleras, Agnes ya había completado seis palabras más en su pasatiempos: CURIOSIDAD, TABACO, SOMBRERO, JUVENTUD, DESNUDEZ y ESCALOFRÍO.

El señor saludó, levantando tímido, su mano izquierda, y su fiel acompañante, genuflexo, dijo su nombre entre dientes.

—Señorita Agnes...

—Señores. Ya han llegado sus invitadas...

—Gracias.

Un menú sencillo, de dos platos sin elementos grasos, regados con vino blanco español y un Sauternes a los postres, acompañando una tarta Tatin.

Las tres mujeres, que no alcanzaban los cincuenta años, traían amplios escotes e inmensas sonrisas. Telas azules, gasas y seda, piernas atléticas y zapatos con afilado tacón de Walter Steiger. Abalorios en las muñecas y una de ellas, la señora Fhrom, una esclava de oro en el tobillo.

Disimuladamente, todas trataban de tocar la mano desnuda de alianzas de Malaquian, y después de comer, el caballero y el secretario Alfaro correspondieron a tanto cariño desprendido por aquellas tres mujeres de Nueva York subiéndolas en volandas como a princesas, entre vítores y piropos, a su habitación, durante dos largas hora de... siesta.

Agnes, desde el escritorio de recepción, les vio pasar a los cinco, descuidó su revista de mujeres por un instante, y, haciéndose la despreocupada, saludó con un simple gesto de cabeza a los dos hombres, que como tales respondieron.

—Señorita Agnes...

—Señores...

Volvió a su revista, pero de reojo controlaba cada uno de los peldaños de madera del primer tramo, atacados, como su dignidad, por los tacones afilados de Steiger. De reojo controlaba dónde estaban las manos espigadas y sin alianzas de Malaquian y la mirada directa y sibilina del secretario Alfaro.

Temblaban sus hombros de ira cuando vio el rostro de las tres muchachas asomar de su madriguera de cuchicheos y susurros.

—Ven, Agnes. Vamos a fumar...

Resulta que Agnes sabía sin ninguna duda lo que estaba ocurriendo en la habitación número tres, pero ella era buena, soltera, y no tenía por qué tener celos

de la siesta alegre de los dos hombres con las tres mujeres de Nueva York.

—¡Dinos! ¿Qué ha venido a hacer aquí ese príncipe vestido de azul?

Se ahorró la joven recepcionista del Dominique's la meticulosa descripción de la bacanal que habían venido a organizar el «vetusto» príncipe y su ministro, para no arruinarles el cigarrillo clandestino a las tres muchachas enamoradas y, como un resorte, como un ataque de clarividencia con cada calada escondida tras los fogones, fue contestando mentalmente a casi todos los huecos que faltaban por completar de su crucigrama Vertical: SUCIO. Horizontal: TRAICIÓN. Vertical: MERETRIZ. Horizontal: DINERO. Vertical: DESEO. Horizontal: MENTIRA...

Y así, entre horizontales y verticales, entre MEDIDAS, MIRADA, ESCOCIA, ENLACE, ALIANZA, COMPROMISO, MIEL y HIEL terminó, mientras endulzaba para las tres muchachas la historia de los dos hombres, su autodefinido. ¿Terminó, he dicho? Aún faltaba una casilla de seis letras por rellenar.

—Estoy enamorada —dijo la primera de las criadas.

—Siempre te enamoras de los hombres a los que yo elijo primero —contestó la segunda.

—La verdad es que es interesante chicas —apostilló Agnes apagando el cigarrillo contra una de las patas de la mesa y espantando el humo—. Es muy interesante pero, por lo que sé, es también un hombre muy atareado y no tendrá nunca tiempo para ninguna de las tres.

Durante seis días, con sus seis mañanas, mientras el príncipe Malaquian dormía, el secretario Alfaro bajó a sentarse en el Chester negro de recepción, a tomar un «ristretto» con un chorro de escocés, y a mirar, de igual modo con el que lo hizo el primero de los encuentros, a la joven recepcionista del Dominique's.

Durante seis días, con sus seis tardes, el tipo del sombrero de ala ancha y manos desnudas de alianzas, junto a su ministro, subieron a tres distintas mujeres de Nueva York, con sedas y tules, con piernas atléticas y afilados zapatos de tacón, a su habitación.

Durante seis días, con cigarrillos clandestinos en las cocinas, las dos muchachas interrogaron histéricas a Agnes, que engolaba más y más su historia sobre dinastías, reyes y exotismo.

Durante seis días, con sus largas noches, la joven recepcionista del Dominique's trató, sin éxito, de completar esa última palabra de seis letras.

Tanto esfuerzo hizo Agnes por descubrir el colofón de su crucigrama, que una noche sufrió, por primera vez, una migraña que la alejó de su mesa de recepción durante casi una semana.

Al volver recuperada a su puesto, y con el suceso de Malaquian y Alfaro prácticamente olvidado, recibió un paquete, firmado con el mismo nombre de empresa que reservó la habitación de los dos caballeros, con una nota manuscrita a

rotulador rojo en un papel amarillento, y con una caligrafía exacta a las notas del secretario...

«Te recordaré siempre, Agnes. Lo hicimos a tus espaldas, con sedas de Oriente, del color de la pasión, del color de la verdadera mujer de Nueva York. Cada vez que te lo pongas, brinda por mí con un chorrito de “escocés”.»

Con infinito cuidado, Agnes abrió el paquete, y tras ver deslumbrada el contenido, al fin completó su crucigrama: VESTIR.

### III

—Sólo me lo pongo el Día de Acción de Gracias, y en los cumpleaños de la familia...

—¡Ah! ¿Entonces es verdad lo del vestido?

—¡No! Pero siempre que alguien lo lee, se lo digo... ¿Quiere otro whisky?

SEC 25.  
EL PUZLE DEL ARTHUR'S.  
INT/NOCHE

I

El pequeño Jimmy Quincey creció en las calles de Brooklyn, y, según cuenta la entrevista de Henry Williamson en el número de junio del *Blues Advertiser*, su pasión por la música brotó de golpe al escuchar *The Man of Thousand Lands* de Wilson Pickett, en un casete, a principios de los ochenta. Formó su primera banda con tan sólo catorce años. Interpretaban temas de Chuck Berry, Jerry Lee Lewis y Elvis. En el vecindario les apodaron «The rocking Dwarfs» y con ese nombre grabaron la primera maqueta en el garaje de Yuri Stoyanof, el batería.

The rocking Dwarfs tardarían poco en desaparecer. Las diferencias de criterios en cuanto a la profesionalización del grupo, los distintos puntos de vista y la cerveza en cantidades industriales, que bebían en su local de ensayo, terminaron con una pretensión de infancia que se quedó en eso, en un sueño.

Después de aquella fractura casi sentimental entre amigos de toda la vida, el guitarrista, Teddy Collins, y Jimmy Q formaron un dúo con el nombre de «The Snakes», con el que se recorrieron la ciudad llegando a realizar una gira por Michigan con el mánager de los «Black Cats Project».

Stoyanof, el batería, y Albert «The cat», el bajista, siguieron por su cuenta sin ninguna notoriedad, más allá de un par de bodas familiares y una aparición en el programa *Brooklyn Syntony* de la televisión local del barrio.

Según las palabras de Jimmy en la citada entrevista del *Blues Advertiser*, tanto el uno como el otro tuvieron detalles lo suficientemente feos como para continuar juntos haciendo música.

Teddy y Jimmy decidieron introducir un teclado en la formación, y al barco se enroló el músico de estudio Louise Giuliano, que se trajo consigo al baterista Jerry «Big Balls» Swanson. Juntos grabaron el disco, *Neon nights*, en el que mezclaron el sonido latino del piano con las guitarras frenéticas de Teddy. Tuvo cierta repercusión, pero al terminar una gira de conciertos por el sur, el agrio carácter que tenía Jimmy por entonces terminó de nuevo con la formación, incluido Teddy, quien harto de las

salidas de tono de su amigo con ínfulas de éxito, decidió volverse a Brooklyn a empezar de nuevo.

Jimmy, solo, con la única compañía de su micrófono, se mudó a Greenwich Village. Sondeó en varias *jam sessions* y recaló en el Arthur's Tavern una noche calurosa de hace unos cuantos veranos. A la vuelta del tiempo, con litros y litros de bourbon en el cuerpo, iracundo con los tíos pero amable y simpático con las tías, formó la banda The Rain Fellas con los músicos que van a aparecer en menos de diez minutos, presentando su segundo disco *Naked New York* con su *single*, ya pinchado en las radios estatales, «I can do Nothing».

## II

—Sí, una historia típica de Nueva York... Niños que juegan a tener una banda, un cantante avisado que se va cuando tiene oportunidad, sueños rotos y una punta de éxito. Esta ciudad es así.

—¿Cómo sabes tanto de él?

—Me gusta informarme sobre los grupos que voy a ver. No me gusta perder el tiempo. Igual les ficho. ¿Qué te parecen para la compañía?

—¿A mí? Me parece un gilipollas.

—¿Quién?

—El cantante. —¿Le conoces?

—No, pero me da esa impresión.

—Parece simpático, así de lejos...

—Lo bueno de lejos, lejos de bueno.

—Vale, vale... pero tiene gancho...

—¿Gancho? Lo que tiene es un gancho dibujado en la cara, directo al mentón.

—¡Joder! ¿Seguro que no quieres otro whisky?

—Que pongan otro, sí. Será lo mejor...

## III

Desde finales de los años treinta, en Groove St., hay un templo donde se profesa una religión distinta, una politeísta que siempre ha representado una amenaza para el resto. Una con panteón propio al que muchos aspiran pero sólo unos pocos alcanzan. Desde finales de los años treinta, en la calle Groove, los dioses de carne y hueso se

han mostrado a los feligreses con la pasión carnal, con la miseria y el orgullo, con su piel y su adicción.

Desde finales de los años treinta, en la calle Groove, el bienaventurado encuentra su sitio y el «malaventurado» también. El Arthur's es el refugio en la cuarentena, el oasis del que busca, la guarida del que corre y corre sin encontrar camino alguno.

## IV

—Berko, este sitio es de lo mejor que hay en la ciudad. No tiene comparación con la mayoría de los garitos de jazz.

—Hace diez años vine por primera vez. Me colé con una amiga...

—Si has cumplido treinta, entonces te faltaba un año para poder entrar.

—Había una cola inmensa, antes de un concierto de Sweet Georgia Brown. Estaba a reventar. Había cuatro parejas que vinieron juntas y nos pusimos al lado, hasta que nos tocara. Mientras yo pasaba, mi amiga, que parecía ya de veintiuno, hablaba con una de las chicas del grupo. Se escabulló y en un abrir y cerrar de ojos estábamos pidiendo un par de cervezas sentados en la barra.

—¡Sweet Georgia Brown! ¡Gorda inolvidable!

—Durante aquel verano vinimos más veces. Y fuimos a varios sitios más, pero como el Arthur's no encontré ninguno.

—Es el mejor que hay en la ciudad, ya te lo he dicho. Y Blaster no se equivoca nunca...

## V

Pero todo tiene su recorrido, y la religión politeísta, como las demás, se olvida, se descuida y le brotan apéndices de corrupción. Se acuesta con el sol, retoza en infantiles sábanas de luz y su luz deslumbra.

En el Arthur's, hoy, pienso viendo al cantante pequeño de los «Rain Fellas», al secuestrador de baños públicos, al sátiro con facha de estrella, en el Arthur's, hoy, toca cualquiera.

## VI

—¡Tienes que perdonarle! ¡No me puedo creer que le guardes tanto rencor! ¡Ni siquiera le conoces! ¡Eres muy gracioso! ¡Muy español!

—¿Muy español?

—¡Sí, tío! ¡Los latinos sois... sois posesivos!

—¿Latinos? ¿Posesivos?

—Sí. Eres muy gracioso...

—Ya había escuchado esa idea antes, ¿sabes? Y aquí, en Nueva York. Y yo no soy ni latino ni posesivo...

—¡La dama en peligro!

—¡Exactamente! Eso mismo escuché...

—Cuando acabe el concierto, nos tomamos unas copas con él. Estoy seguro de que no se parece a nada de lo que te imaginas...

—Eso si no se está tirando a alguna zorra francesa en el baño...

## VII

Ya no hay humo. Hace diez años tampoco lo había. Los músicos se sitúan a menos de un metro de las primeras mesas y si estás atento, puedes notar el calor, la energía de la música. El contrabajo se revuelve con una nota, el baterista gesticula con los redobles, el guitarra sufre con un riff agónico y el cantante afina los agudos con destreza, mal que me pese, mientras sigue el ritmo, a contra, con sus botas. La luz que baja es un escándalo y los claroscuros del fondo del escenario son una delicia pictórica.

¿Comienzo del documental? Por qué no.

## VIII

—¿Sabes, Berko? Creo que tu película tendrá más repercusión en Europa que aquí.

—¿Y eso?

—Para Europa, Rico será un protagonista. Un músico olvidado que, gracias a tu trabajo, volverá a la vida...

—Esa es la idea, sí.

—Pero aquí, será uno más. ¿No tenemos ya demasiados dioses?

—Uno más. ¡Qué importa!

—Hay demasiados ídolos aquí. No creo que la gente quiera más.

—Yo no estoy tan seguro. ¿Quieres otro bourbon, Blaster?

—Por supuesto.

## IX

Resulta que Blaster es más joven de lo que aparenta. La hinchazón de su cara y su enorme barriga le muestran mucho mayor. Cuando cae la noche, cualquiera es un padre para él. Y también resulta que le miro, y entre bourbon y bourbon, me producen ternura sus gestos, colmados de ausencias y soledad.

Resulta que Blaster es más joven de lo que aparenta, y es que aunque le encanta hablar, lo hace con poca gente. Y obtener silencios como respuestas puede poner más años que el whisky.

El silencio, los largos silencios, son decenios y lustros que se instalan con perfección en el rostro, como pesadas piezas de puzle. Como losas frías cuyas curvas encajan las unas con las otras.

## X

—¡Ponga sin miedo! El tercero es el que mejor entra, Berko...

—No lo dudo. ¡Sírname a mí también!

—¡Ahora, tú y yo vamos a brindar por la música!

—Por supuesto, Blaster.

—¡Porque no hay mayor placer que sentarse con un vaso bajo con hielo, en el corazón de Manhattan, y compartir un buen concierto con un amigo!

—¡Sí, señor! ¡Brindo por eso!

—¡Claro que sí, Berko! ¡Y porque mientras podamos chocar las copas, estaremos vivos! ¡Y porque... porque no dejemos nunca de sonreír!

—¡Vale!

—Creo que ya voy un poco borracho, amigo mío...

—¡Y qué más da!

—¡Eso! ¡Qué cojones más da!

## XI

Daré carpetazo a mi envidia malsana, lo prometo. Me haré fuerte y no pensaré, nunca más, que el pequeño cantante me arrebató mi regalo de cumpleaños. Ya no somos niños y aquella noche, el destino de Cherie, la modelo francesa de piernas interminables, era terminar besando la porcelana fría de los baños del Porter's embestida por el *bluesman*, y no probar las delicias de mi habitación gélida del Dominique's. Es así. Así fue y no lo puedo cambiar.

El tipo se acerca, charla con Blaster. Intercambio de tarjetas.

Caen un par de rondas a su costa y me parece una contraprestación suficiente para mitigar su agravio involuntario, para firmar la paz y no mandar mi ejército a diezmar su pueblo y luego sembrar de sal sus campos.

La música amansa a las fieras y a los borrachos, creo. Ahora pienso más en lo segundo que en lo primero.

## XII

—Ponme en un taxi, y que me lleven a casa.

—Tranquilo. Apóyate en mí...

—Berko. ¡Eres un tío cojonudo!

—Tú también, macho.

—Pienso dormir toda la mañana y que le den por el culo a la oficina.

—Yo, también.

—Mañana vamos al Bronx. Conozco un sitio con unas chavalas impresionantes. Muy facilonas. ¡Nos vamos a hartar de mujeres! ¡No vamos a parar! ¡Y vosotros, qué miráis, imbéciles! ¿No habéis visto nunca a un hombre borracho?

—Déjalo, Blaster.

—¡Sois una mierda, como esta ciudad! ¡Sois una puta mierda!

—Tranquilo...

—¡Porque me voy, que si no os lo iba yo a contar con más calma! ¡Imbéciles! ¡Sois una mierda!

—Buenas noches. Llévelo a la pensión Fifth Beagle, en Brooklyn. Calle Stefano Calabria...

—¡323, joder!

—Stefano Calabria, 323. ¡Cuídemelo!

—Descuide.

SEC26.  
CALLES DE NUEVA YORK.  
EXT/NOCHE

*Duodécima grabación.*

*En mi iPod suena «I can't see your face in my mind» de The Doors.*

*«Strange night» o «Tentación.»*

*No volveré a tu lado. La noche aquí es fresca y llena de luces y ruido. No volveré al silencio ni a la oscuridad de nuestro dormitorio. Me quedaré en el asfalto, caminaré por sus hendiduras y no regresaré jamás. Vive como quieras y déjame saltar.*

*No volveré a tu lado, porque aquí puedo volar cuando cae el sol. No quiero daiquiris contigo nunca más, ni piscinas en azoteas de hoteles, ni vino fino, ni correas, ni futuro. No quiero tu dependencia, ni tus pretensiones. Me quedaré con los perros en los callejones de esta ciudad, que no duerme. Seré el pájaro que se confunde con los edificios altos, que anida en las cornisas, y que de vez en cuando baja al suelo para cazar gusanos.*

*Y no llores, mi niña, no me mires con ojos líquidos, porque no podré encontrar la mentira apropiada para consolarte.*

*Nadie puede pararme. Estoy decidido a abandonarte.*

*Vero no llores, mi niña. No me mires con ojos líquidos, porque no encontraré en mi repertorio el invento adecuado para no hacerte daño.*

*Lo intenté mientras sonaba el tambor, lo intenté mientras bebía pero fue imposible.*

*Pero no llores, mi niña. Te juro que trataré de necesitarte de aquí a que salga el sol.*

SEC 27.  
MR. STRONG/ BEAUTIFUL BAKERY.  
INT/DÍA

I

Ali Strong, 52. Productor musical y arreglista. Actual presidente de Folko Records.

Hay bullicio en el lugar. Camareras vienen y van con delantales rosas y cargadas con platos de comida. Huele a pan recién salido del horno. Cuando llego, con ojeras y paso lento, después de la agitada noche con Blaster, el señor Strong ya está sentando en una de las mesas cerca del escaparate. Toma una Coca-cola en vaso de cartón y mira despreocupado a la calle. Parece que un camión de fruta ha golpeado una salida de incendios.

El agua está saliendo violentamente, y buena parte del chorro golpea contra el escaparate de la pastelería, creando una extraña cortina que deforma las figuras del exterior, vistas desde dentro. Dos niños, Sean y John Landom, con peto vaquero, juegan a correr bajo el puente de agua que se ha formado. Sus padres, embelesados, miran la situación.

PREGUNTA: ¿Cómo fue su primer encuentro con Rico?

RESPUESTA: Mi mujer, Elis, y yo acompañamos a Goodall, su mánager, a un concierto en Atlanta, era octubre de 1988. Rico había llegado visiblemente deteriorado de su estancia en Irlanda. Los dos discos que sacó allí le habían alejado completamente de su gente, aquí en Estados Unidos, y atormentado por este hecho, había entrado en una espiral muy peligrosa de autodestrucción.

Recuerdo que estábamos en las primeras filas del Armony Theatre. El público había llenado hasta los topes el patio de butacas y el cartel para esa noche de blues era inmejorable: Dangerous Rico, Howling Wolf, Dr. John, y, como colofón, Tucson Crawford.

A Rico le había hecho mucha ilusión que le llamaran para intervenir en el homenaje al gran Crawford. Siempre había querido compartir escenario con él, y continuamente le nombraba como uno de sus referentes.

P: ¿Cómo fue la actuación?

R: Salió al escenario con una pinta de cerveza, la dejó a sus pies, y empezó a

cantar. Justo al llegar al estribillo de «Ginna, Ginna» se quedó en blanco. Se olvidó de la letra y dejó de tocar la guitarra.

P: ¿Qué ocurrió entonces?

R: La banda, que tocaba para todos los músicos, intentó salvar la situación. Willis, el guitarrista, improvisó como pudo un solo y llegaron a la estrofa. Rico seguía en blanco. No volvió a cantar nada más. Terminó el tema y avergonzado salió del escenario sin despedirse siquiera. Al marcharse golpeó con fuerza la pinta de cerveza y casi se derrumba sobre el foso. Una imagen lamentable.

P: ¿Y Goodall?

R: Estaba muy asustado. Sabía perfectamente el estado de Rico, pero era incapaz de hacerle entrar en razón. Aquella misma noche, después del concierto, tuvieron una discusión muy fuerte, y Goodall le dijo que no iba a permitir que tirara su vida por el retrete, que tendría que pensar en desintoxicarse, y muy pronto, o él se marcharía para no volver.

P: Digamos que cuando empezaron a trabajar juntos usted y Rico, es como si hubiera recogido sus despojos...

R: Ver a un artista de la talla de Rico, aterrorizado sobre las tablas, produce una sensación terrible. Una tristeza absoluta. Estuve hablando con mi mujer, los días siguientes, y con Goodall. Llegamos a la conclusión de que la única manera de salvarle, de que volviera a ser el del principio, era grabando un nuevo disco.

P: ¿Cómo le recuperaron? ¡Porque *Dark & Blue* es una joya!

R: Trabajo, trabajo y más trabajo. Cuando convencimos al gran Chess, y fichó por Okrha, Rico se refugió en las oficinas de la compañía y no salía ni a sol ni a sombra. Se puede imaginar que la prensa, después del incidente de Atlanta, no le hizo ningún favor. Lo mostraban como el paradigma de artista dejado de la mano de Dios, borracho y drogadicto, y quiso aislarse de todo eso en el edificio Meisser.

Los testimonios de muchos de los que él creía sus amigos, tampoco ayudaron, desde luego.

P: ¿Como Murray, verdad?

R: Como Murray. Usted lo ha dicho, yo no.

P: ... Y así se gestó el primer disco que le produjo.

R: ¡No le exagero si le digo que en tres meses no salió del estudio 2 de Okhra ni para ir al baño! Su mujer, Wanda, venía los viernes y los sábados con su pequeño, y ese era el único momento en el que aparcaba su trabajo. El resto de los días, ni Goodall ni yo le dejábamos solo. Ni un minuto. Tenía mucho miedo a la soledad. Tenía terror al silencio.

Dejó de beber, por lo menos delante de nosotros y redujo sensiblemente su adicción al tabaco.

El día de la presentación del disco, estaba hecho una rosa. Parecía otra persona.

Sin ojeras, con la mirada atenta, la voz limpia. Fue como ver a otro tipo. Fue una de mis mayores satisfacciones a nivel personal. Sé que significó lo mismo, tanto para Goodall, como para mi mujer, que estuvo también al pie del cañón desde Atlanta hasta el final.

P: ¿Y Wanda?

R: Rico nos lo dejó muy claro a todos, cuando entró en Okhra. «Ella es muy joven, inocente, y no tiene que cargar con mi mierda». La única mujer con la que hablaría de sus problemas sería Elis.

P: He intentado, desde Madrid, contactar con Wanda, pero ha sido imposible cerrar una entrevista.

R: Déjela. Era muy joven cuando sucedió todo. Ahora ha rehecho su vida y no quiere saber nada. Le recuerda con cariño y ya está. Mi mujer habla con ella de vez en cuando, para interesarse por el crío.

P: ¿Él sabe quién fue su padre?

R: Desde luego. Para eso Wanda es de una bondad absoluta. Jamás le ha ocultado nada. Entiéndame, le ha suavizado los problemas que tuvo con el alcohol, pero nada más.

P: Volvamos al disco. *Dark & Blue*, el disco que usted produjo en 1992. Musicalmente, ¿en qué cree usted que influyó en Rico su estancia en Irlanda?

R: Sinceramente, creo que los cinco años que pasó allí no le sirvieron para nada. Sólo para destrozarse el hígado y el tabique nasal.

P: Tajante.

R: Si usted hubiese visto en persona, como lo hice yo, al tipo que llegó de Dublín al aeropuerto Kennedy, sería igual de tajante.

Usted sabe como yo lo sé, que tanto *Godiva* (1983) como *Irish Flavor* (1987) no destacarán nunca en la corta carrera de Rico como sus mejores trabajos. ¡Ni de lejos!

P: ¿Por qué cree usted que decidió marcharse?

R: Yo no le conocía entonces, pero de alguna manera era comprensible viendo el panorama, el desaguizado que dejó aquí. Un exitoso primer disco *Vietnam's Velvet*, con una gira sorprendente para ser el primer trabajo. Más tarde, con *Eden's gate*, todo continuaba según lo previsto, pero volvemos a lo de siempre... Un músico debe defender su trabajo tanto delante como detrás de las tablas.

Y yo creo que Rico no supo hacerlo en ninguno de los dos sitios.

P: Y en ese momento conoció a Goodall...

R: Sí. Goodall trató sin éxito de renegociar los contratos con Murray y Leila Music, que eran absolutamente abusivos para Rico. Tuvieron un primer juicio, y en vista de los resultados que le prohibían grabar con ninguna otra discográfica por los siguientes seis años, decidieron acogerse a una cláusula que estipulaba que Rico podría trabajar con otra compañía fuera del territorio estadounidense. Aparecieron

unos tipos interesadísimos en su música y decidieron volar a Dublín.

»Al principio todo fue bien. Goodall volvió a Nueva York, y en la distancia no parecía haber ningún problema.

P: ¿Cuándo empezaron a torcerse las cosas?

R: Hablo sin saber, debería preguntárselo a Goodall, pero yo creo que al terminar la grabación de *Godiva*, tanto él como el propio Rico se dieron cuenta de que la producción del disco, los temas y la propia voz de Rico, ya alcoholizado y jodido más que nunca por el asma, no iban a augurar nada bueno.

P: Se vio en la gira del disco...

R: Sí. Lamentablemente.

P: Misma suerte corrió con su segundo trabajo en Irlanda *Irish Flavor*...

R: Verá, son momentos muy bajos en la carrera de Rico. No me gustaría seguir hablando acerca de su episodio en Irlanda. De veras. Se lo digo porque le aprecio mucho, le sigo apreciando mucho, ahora que han pasado diez años de su muerte.

P: Disculpe si le he incomodado.

R: No se preocupe. Además, hay muchos datos que desconozco. No querría ser confuso con usted y su documental, porque me parece que está haciendo un trabajo de recuperación de un personaje maravilloso.

P: Si quiere, seguimos con *Dark & Blue*. ¿De qué manera trabajaron a la hora de arreglar los temas? ¿Cambió mucho de la idea original de Rico al resultado final?

R: En absoluto. Si algo conseguimos Goodall y yo, es que Rico se concentrase en el trabajo de manera total. Absoluta. Que olvidase todo el circo que se había formado a su alrededor, e ideara cada una de las notas de todos los instrumentos que suenan en el álbum. Mi trabajo como arreglista, se lo puedo asegurar, fue cero. Esto le da una idea de la mente maravillosa que nos dejó. Del brutal músico que había detrás del personaje.

P: Y luego viene su último disco *13/13/67* (1995).

R: Para mí el mejor de todos, con el primero, sin duda.

P: Pero sus fans no pensaron lo mismo.

R: No sé quién le ha dado esos datos, porque *13/13/67* ha sido con *Vietnam's Velvet* el disco más pinchado de Rico.

P: Creí que la vuelta a los orígenes no le había gustado mucho a la gente. Lo que he podido leer en los foros de Internet acerca del disco, los comentarios...

R: Ya sabe que la gente que comenta en Internet, más del noventa por ciento, lo hace impulsado por fobias, más que por filias... Los datos son los datos.

P: Dígame ¿Es *13/13/67* el mejor disco de Rico?

R: Desde luego. Volvió a demostrar las ganas que tenía de hacer música, volvió a mostrarle al público lo magnífico que era y el talento arrollador que atesoraba. No sabe la lástima que me da que no esté entre nosotros. Los discos que se ha perdido el

mundo...

P: Deduzco que tampoco tuvo usted mucho que ver en los arreglos.

R: Prácticamente nada. Desde luego que en la manera de trabajar, de buscar el sonido, supervisar las grabaciones, elegir las tomas... eso sí, pero en arreglos, nada de nada.

P: Si quiere apago la grabadora, pero me gustaría saber qué opina de todas las especulaciones acerca de su muerte.

R: No la apague. Fíjese, diez días antes de su muerte, estuvimos en el estudio, hablando de un nuevo proyecto. Después del *XX Aniversary* (1997), que fue un éxito, con las versiones de los temas del primer disco incluidas, queríamos continuar, sin que parase la máquina. Y Rico estaba muy dispuesto a volver a encerrarse en el Meisser para componer.

P: ¿Estaban Goodall, usted y Rico, no?

R: Sí. Rico estaba empeñado en integrar sonidos de la calle, innovar dándole al público una especie de radionovela moderna en el disco. Que todos los temas tuviesen un hilo conductor, unos actores...

P: No tenía ni idea de este proyecto

R: No se preocupe. Muy poca gente lo sabe, y los papeles de aquella reunión, donde Rico escribió por encima la idea, los conserva Goodall con otros manuscritos. (Silencio) Llegamos a hablar con Chris Steapen, el director de cine... habría sido una bomba...

P: Volviendo a su muerte...

R: Sí, disculpe. No fue ningún suicidio, si es lo que quiere saber. No lo creo, desde luego. Tenía muchas ganas de vivir. Se lo digo yo, que compartí con él sus últimos días.

P: ¿Un accidente?

R: Tampoco. Le encontraron con...

P: Con una jeringuilla.

R: Sí. Yo había escuchado cosas, nos habían dicho que de vez en cuando se picaba, pero nunca, ni Goodall ni yo, le dimos importancia. Rumores, mentiras de la gente que quiere hacer daño. Después de todo lo que los sensacionalistas habían dicho de él, no nos sorprendía.

P: Pues esta vez tenían razón.

R: Sí. Lamentablemente. No quiero decir mucho más.

P: Siga entonces hablándome de ese proyecto sin terminar.

R: Tampoco hay mucho más que contar. Era una idea muy independiente, muy cuidada, íbamos a organizar un equipo humano espectacular para esta especie de película/disco.

P: ¿Y la historia?

R: Empezaba con su vida, con sus primeros años, recorría su barrio, era una especie de autobiografía, alterada, trucada por el paso del tiempo, claro...

»Todo con una línea musical, con pequeños motivos que se repetían. Insisto, un proyecto arriesgado pero precioso... (Silencio) Recuerdo un par de pasajes en una vía de servicio, con temas muy de frontera. Rico estaba coqueteando con el country, le gustaba con locura el sonido del banjo...

P:...Que aparece insistentemente en sus dos últimos discos de estudio.

R: Sí. Fíjese que es un instrumento que fue añadido a su vuelta de Irlanda, que nunca incluyó en sus primeros discos, y sin embargo funciona como un elemento de nostalgia, evocador... También las letras hacen especial hincapié en su infancia en Washington Heights, su viejo barrio...

»En fin, insisto, el mundo se ha perdido una evolución genial, y un artista incomparable.

P: Noto en sus palabras un cariño muy especial.

P: Mucho, mucho cariño. No sabe cómo le echo en falta.

SEC 28/  
VIEJO BARRIO.  
EXT/ATARDECER

I

Edificio marrón de ladrillo visto. Toldo negro con patas doradas, un banco de madera a la derecha del portal, macetas flanqueando las puertas y farolas con bombillas de bajo consumo. Desde el 444 de la calle 52 Este, vi pasar la ciudad, mi adolescencia, la juventud de mis padres y la madurez de mi abuela. También llegué a ver a la Garbo, a Greta, que vivía en el portal de al lado, subiéndose al flamante Cadillac blanco de Rex Harrison, ambos en el ocaso de su vida.

Hay un semáforo en rojo, que custodia el fin de la calle. «U turn» reza la señal.

Desde aquí, me miro ahora en el espejo del Hudson, que no cambia y permanece, y me encuentro casado, con un trabajo igual de inestable que las arenas de la orilla del río, y tiemblo de ansiedad.

Rico, me digo... ¿Pero quién es Rico? ¿A quién le importa Rico? Tal vez Blaster tenga razón y aquí no le interese a nadie la historia de un fracaso, de un fiasco personal que dejó cariño en algunos, rencor en otros y un simple recuerdo, uno sin sal ni azúcar, en otros tantos.

Pero, al fin y al cabo, ¿no son esas las historias que merecen ser contadas? Las alejadas de los focos, las escondidas del maquillaje. ¿No son esas las que yo añoro contar?

Él también vivió a pocos metros de aquí, en su última etapa, pero también lo hizo Kissinger y demás ciudadanos non gratos en mi sitio imaginario. Ese que tiene barrios de ciudades dispares, ese que se nutre de Nueva York y de Santander, de igual manera.

Desde el 444 de la calle 52 Este, planteé cientos de alternativas para cuando cumplierse treinta años, pero ninguna de ellas me sirve para este instante.

Desde este mirador, echo la vista atrás y tiemblo con el vértigo.

Con las notas que han compuesto esta sinfonía, sería incapaz de completar un réquiem.

## II

¿Rico?, me digo... ¿A quién le interesa Rico? ¿Dos productores enfrentados, Goodall, el fiel escudero alejado de ambos actualmente, una viuda que no llega a los cuarenta y cinco, y un hijo que no conoció a su padre? ¿Unos cuantos discos de blues, manos anilladas? Un póster, en definitiva, a tamaño natural y en papel fotográfico, recibiendo a cada vez menos mensajeros en una compañía de discos en decadencia.

El panorama está claro, y por las dudas, él lo dejó bien escrito para dar ejemplo.

*Se encenderán neones por toda la ciudad.  
Prenderán las bombillas de Union Square.  
El crepúsculo es cuestión de horas,  
La noche llega cuando menos te lo esperas.*

*Y entonces caeremos, lentos, ralentizados...  
Nos precipitaremos al vacío como una pluma,  
Planeando desde el último piso del Meisser.*

## III

Cae la noche como él predijo en mi viejo barrio.

Enfrente, un poeta alto de ojos azules con su mujer menuda alza riendo a su hijo de unos siete, que juega con ellos a no pisar las baldosas negras de la acera. Vuelven a casa y es de noche. Vuelven a casa y es Navidad por un momento.

Entonces la señora Sherman, dama de pelo rubio y cardado, se cruza con la familia y sube, vestida de Chanel, a un coche de alquiler con su nieto, el joven Lincoln.

Uno de los porteros de la calle, Eddy, les cierra la puerta y se despide hasta el día siguiente. Echa un par de puñados de serrín en el charco de agua del aire acondicionado del portal. Mira su reloj, levanta la cabeza y piensa en el trayecto de vuelta a Queens.

A escasos metros, un chaval de dieciocho se lía un canuto clandestino mientras en su walkman, comprado en la avenida Lexington en 1991, suena «Billy Jean», de Michael Jackson.

Andy, el encargado de las entregas del Delivery de la esquina con la Primera Avenida, toca el claxon de su ancha furgoneta.

Ya no es de noche, ni Navidad.

Vuelven la luz de atardecer y el calor de verano.  
La señal de tráfico con el semáforo en rojo, deja detrás una bella estampa.  
El Queensboro Bridge está recién encendido, y como hormigas de luz, trazando una línea, los coches avanzan sobre él.

## IV

*Duodécima grabación.*

*En mi iPod suena «Hurt» de Johnny Cash.*

*No sé por qué, tengo miedo, apoyado en un semáforo de la Primera Avenida, frente al escaparate de «Videntes Africanos.»*

*«Futuro 1.»*

*Trata de mantenerse en pie. No llega a los setenta, seguro. El tiempo, que es implacable, ha dibujado, ha trazado en su cara, arrugas que sólo unos pocos se atreverían a calificar de naturales. Cuando era joven intervino en alguna de sus propias películas. Hoy es todo pasado.*

*Heredó hace nueve años la letra C del octavo piso del último edificio de apartamentos de la Primera Avenida, pasando el complejo de las Naciones Unidas. No tiene amigos conocidos. No mide más de uno sesenta, tuvo ojos de pícaro. Hoy es todo pasado.*

*Con la derecha sostiene una muleta. Con la izquierda, la correa que arrastra un inquieto perro de aguas color champán, al que, cada dos pasos, increpa.*

*«Futuro II.»*

*Pasea sin rumbo. Mirada perdida. Espera como un autómata a que la luz del semáforo le ceda el turno. Para a una distancia prudencial de las alcantarillas, para oler la humedad de Nueva York. Conservará hasta el último día el peculiar recuerdo de esa esencia.*

*El chucho se sienta, obediente, ante las columnas de humo que brotan del suelo.*

*«Futuro III.»*

*El perro balbucea como un bebé al llegar al cruce con la 52. El pequeño*

*hombre de la muleta no distingue con claridad si le llama «papá» o «mamá». Es su única obligación, comprar pienso para el animal y sobrevivir en una ciudad llena de contaminación acústica.*

*Él ama el ruido y el humo.*

*Trató de vivir alejado de la gran ciudad, pero tuvo entonces su primer brote. Se prometió a sí mismo que el campo y la vida contemplativa lejos del asfalto, vendrían, exclusivamente, en dosis de tres noches como máximo.*

*«Futuro IV.»*

*La sirena de una ambulancia suena estridente cerca de las Naciones Unidas. El handyman del edificio conversa con un agente de atestados y confiesa que ha sido el olor lo que alertó a los vecinos de que algo no iba bien en la letra C del octavo piso. La muleta está en el suelo del salón, y el perro de aguas color champán, con la correa puesta, tumbado a los pies de la nevera. Hace calor en julio en la Primera Avenida.*

*Una hora más tarde, todo seguirá como si nada hubiese ocurrido.*

*Nueva York habrá perdido una brizna de memoria.*

SEC 29/  
OLD ANTHONY BARBERS.  
INT-EXT/NOCHE

I

- ¿Qué haces, Berko?  
—¿Qué tal, Blaster? Dando una vuelta. Sin más.  
—Pues yo voy a ir a cortarme el pelo...  
—¿A estas horas?  
—Sí. Hay una barbería en el 326 de la 59. Abren hasta tarde.  
—Estoy cerca. En la 52 y Primera.  
—Voy en un taxi, si quieres al salir te llamo y cenamos algo.  
—Vale, pero nada de trincar, que me duele la cabeza.  
—¡Tengo una pastilla milagrosa contra tu resaca!  
—¡Déjalo, Blaster! Paso a buscarte por allí en un rato...

II

Caminé por la Primera Avenida, y a poco de colgar volvió a sonar el teléfono. Una ráfaga de viento movió mi flequillo y al mirar la pantalla del móvil entendí más que nunca que los elementos, los astros, se alinean también para mal, también para desordenarles la vida a los mortales.

Entendí que, a su antojo, deciden cuándo el corazón te da un vuelco, cuándo han de encenderse todas las alarmas del cuerpo o cuándo los nervios han de convertirse en incómodos y dolorosos nudos en el estómago.

Había conseguido evitarla durante estos últimos diez días.

Una vez más, el trabajo volvía a salvarme la vida, y a mantenerme a flote. Había logrado llegar a esconderla en mi memoria, pero las letras juntas de su nombre en la pantalla del móvil regresaron para echar por tierra el castillo de naipes y tirar las cartas sobre la mesa. Sheila Brown había vuelto.

Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos, cinco tonos... ¡Salta, maldito buzón de voz! ¡Salta y que deje de sonar! ¡Que deje de aparecer su nombre a menos de un centímetro de mi pulgar! ¡Que vuelva a su sitio, y que me mantenga olvidado como hasta ahora!

### III

No lo cogí, y al poco tiempo, antes de cruzar volvió a sonar. Y así, las tres veces más que la psicópata de la fotografía con sensibilidad vírica trató de volver.

Borré todo sin escuchar sus mensajes, y antes de entrar en Anthony apagué la insidiosa máquina de dolor y tomé un chupito de bourbon en un pub de la esquina con la 56.

### IV

Suenan ahora campanas, al abrir la puerta de la barbería. Sillones de los años cincuenta, carteles de veladas míticas de boxeo, suelo con baldosas negras y blancas. Entonces juego a llegar hasta Blaster evitando las negras. Me siento y miro confuso a Blaster por el espejo, al barbero, el viejo Anthony, que tiene un cierto aire a Eddy Murphy, y a los dos clientes que esperan.

—¿Estás bien? Parece que has visto un fantasma... ¿Quieres agua? ¡Tony, dale un vaso de agua a mi amigo español!

—Estoy bien, Blaster. ¿Cuánto te queda?

—Al señor le quedan quince minutos, pero no se irá de aquí hasta que no aclaremos posturas a cerca de lo bueno o malo que es Sugar Shane Mosley. Toma el agua. Y descansa, muchacho, que nos quedan un par de asaltos todavía... No durará más este combate. ¡Mosley es un caballero!

—¿Y vuelves otra vez con eso, Tony?

—¡Por supuesto! Ha sido y será el mejor de todos los tiempos...

—No voy a discutir contigo, sólo digo que hay que tener cuidado con el filipino. Nada más.

—¡Estás loco! Ningún filipino puede ser mejor que Mosley...

—Yo creo que «Pac Man» lo será. Pero no pienso decir nada hasta que no dejes de afeitarme. Ahora, con la cuchilla en la mano, tienes todas las de ganar...

Uno de los clientes, que mirándose la punta de los viejos mocasines no había

parado de negar con la cabeza, se levantó de la butaca.

—Ninguno de los dos tenéis ni idea. Sugar Ray Robinson, ese es el nombre, y casualmente coincide con el mío. ¡Robinson!... Yo conocí a su mánager, Gainford... Ese sí era un tipo con dos cojones...

—Seguro que Pacquiao será el mejor welter de todos los tiempos...

—¡Blaster, no sigas! ¡No hay nadie mejor que Mosley!

El otro cliente, que hasta entonces también se había mantenido al margen, apostilló casi sin que pudiesen oírle:

—¿Y qué me decís de Mayweather?

—¿Mayweather? ¿Mayweather Jr.? Venga, coño. ¡Por qué no os calláis todos! ¡Mayweather! ¡Al final os voy a mandar a tomar por el culo de mi barbería! ¡Por favor... Mayweather Jr.! ¡No sabéis nada, y venís aquí como si supieseis! ¡Mayweather! ¡Hay que joderse!

—¡Tony, tú siempre defiendes a Mosley a capa y espada!

—¡Por supuesto! ¡Un caballero dentro y fuera del ring!

—¿Sugar Ray Robinson, entonces?

—¿Sabéis qué voy a hacer? ¡Voy a terminar de afeitar a este disidente, que dice que el mejor es un filipino con bigote y aspiraciones políticas, y voy a cerrar el negocio hasta mañana! ¡Pasaros a primera hora, y ya veremos si os corto el pelo! ¡Eso voy a hacer! ¿Y tú? ¿Quieres más agua? ¿Cera para las heridas? ¡Mayweather Jr.! ¡Esto es el colmo!

Me mantuve fuera de la conversación, porque aparte de LaMotta, Rocky Marciano, los tres nombres en disputa, Tyson, De la Hoya, Margarito, «Mano de piedra» Durán, Hollyfield, «Papá» Foreman, Cassius Clay o Arthur Cravan, no sé de muchos boxeadores.

Me mantuve fuera, sereno, porque el teléfono estaba apagado, y porque dentro de Anthony's nada podía ocurrir.

En mi esquina estaba seguro. En mi esquina recibía agua y estaba arropado por un improvisado equipo de entrenadores, fisioterapeutas, mánagers y gerentes. En mi esquina me podía reponer de los golpes, del croché directo al mentón, que a punto estuvo de mandarme a la lona.

El mejor de los boxeadores defensivos habría encajado con destreza las combinaciones certeras de Sheila, pero yo no me he puesto nunca los guantes ni me he fajado frente a un saco. Jamás salté frenético a la comba ni me han deslumbrado los focos del MGM de Las Vegas.

Yo soy un sparring frente a ella. Un pelele sin peso y sin juego de piernas que, si nadie lo remedia parando esta pelea desequilibrada, caerá en el próximo round.

—Sí. ¿Parece que has visto un fantasma? ¿Otro...?

—...No quiero más agua, señor. Estoy bien.

—¿Un fantasma? Un fantasma parecía Hatton hace dos meses cuando vio subirse al ring a Pacquiao. ¡Eso es un fantasma! ¿También te gusta más el inglés, Tony?

—En ese combate, yo iba con «PacMan», Blaster...

—¿Y contra De la Hoya, el año pasado?

—¡Cállate, Robinson! ¡Callaros todos de una puta vez, coño!

—Déjale, Blaster... Ya verás cuando se enfrente a Mosley...

—¡Me apostaré la barbería si es necesario! ¡Mosley volverá y le cerrará la boca!

—Bueno, tú ya estás. ¿Guapo, no? Pues venga... ahuecando que ya está cerrado...

—¿De verdad me vas a hacer venir mañana?

—¿Qué quieres, Robinson, que esté hasta las doce de la noche? Por la mañana te invito a unos muffins y todo arreglado...

—¡Con café!

—Con café.

—Entonces correcto. Mañana nos vemos.

SEC 30/  
SIN RETORNO (I).  
INT/NOCHE

I

Ya es de noche cerrada. El puente brilla con esplendor, y se distinguen al fondo las luces de Queens.

Blaster ha conseguido quitarse unos años afeitándose y cortándose el pelo.

Su camisa de flores azules y amarillas no es el atuendo más apropiado para el bar del St. Regis, pero ante los ojos del «Old King Cole» todos somos súbditos bienvenidos.

El paseo hasta la 55 y Quinta Avenida transcurre entre las silenciosas manzanas del Midtown. Farolas tenues, taxis furtivos y algún rezagado de vuelta a casa. Posible jazz de Gershwin.

Un Bloody Mary del Rey y un Johnny Walker doble, con hielo y agua en vaso bajo, bajo el fresco de Maxfield Parrish, son nuestra elección.

Nat King, su graciosa majestad, observa cómo el vasallo toma y toma sin control desde su trono.

Dicen que Parrish fue un lutier de la pintura, y que su técnica, mezcla de matemática, geometría y una punta de mística engrandeció entre los artistas norteamericanos, sobre todo de la primera mitad del siglo xx, sus obras, pero no su nombre.

Otro más para la enciclopedia de los grandes olvidados. Otro como Rico, como Tony, el barbero enamorado de Mosley, como Eddy, el portero de la 52 o el viejo de la muleta y el perro de aguas color champán.

II

—¡Estás raro, Berko! ¡No has abierto la boca en la barbería!

—¿Raro? Estoy noqueado.

—No me lo cuentes si no quieres, pero algo te pasa... ¡Este Bloody Mary está riquísimo!

—...El apio crudo es el secreto, Blaster. Esa ramita de frescor vale un reino.

—El reino de Nat King Cole, chico. ¡Ahí le tienes! ¡Voy al baño!

—Sí. Ahí está... El gran Nat King Cole. ¿Me miras? ¿Qué harías tú, Nat? ¿Podrás aconsejarme?

—¿Yo? No me movería de Manhattan, muchacho. Sé que será un infierno, y que aquí tu cabeza empezará a turbarse, pero si te vas, si no estás con ellas... No habrá día que no las recuerdes, no habrá mañana que solo en la cama, en la lejana Europa, mientras tu mujer trabaja, pienses en lo que pudo ser y no fue. En la puerta que cerraste con un sonoro portazo, en el muro infranqueable que construiste entre tu cabeza y tu corazón.

—Señor, estoy confundido...

—Ella estará continuamente presente y te volverá un mono. Un mono como este que tengo sonriendo a mi izquierda, pintado con la misma delicadeza utilizada para pintarme a mí. Ella será tu obsesión y tu ceguera. Sheila Brown será tu mayor error si no te quedas en Nueva York. Tu mayor pecado, si al terminar el mes, coges ese avión con el que también sueñas para que termine todo lejos de aquí.

No habrá fotografía de la ciudad, no habrá recuerdo de Nueva York que no haya sido tomado por ella, y verás su rostro en el de otras mujeres, y poco a poco la distancia irá borrando la sonrisa de tu cara. Ya estás infectado, las calles y su cuerpo son un mismo sueño y tú estás invitado a participar. No podrás decir que no, porque ya estás secuestrado, retenido por su esencia. Eres un títere que ha tenido a dos centímetros de su pulgar, con su nombre brillando en la pantalla de tu teléfono, la oportunidad de cortar los hilos y volver a ser un hombre. Pero has preferido mirar a otro lado, has preferido el martirio, y seguir por siempre encadenado a ellas.

—¿Por qué ha tenido que pasarme a mí, Nat? ¡Por qué a mí, cielos!

—Porque las dos, la ciudad y Brown, son inolvidables. Son una canción de amor que se aferra a tu cabeza, y da igual lo lejos que estés, porque eso es lo que son. Inolvidables.

—¡Qué gran canción! ¿Eh, Berko? ¡Berko!

—Inolvidable, eso es lo que eres...

—¡Gracias, chico! ¡Joder, me estás asustando!

—Perdona. Ya estoy mejor.

—¿Vas a contarme de una vez que te pasa, o no?

—Vale. Entonces, no te levantes más.

### III

La tormenta de verano comenzó cuando todavía estábamos en el St. Regis. Parece cosa de locos el cambio constante de tiempo durante este mes de tórridas mañanas, ventiladores famélicos, gélidos aires acondicionados y tormentas eléctricas. Pienso, entonces, que necesito unas vacaciones. Unas vacaciones dentro de las vacaciones.

Con cada uno de mis fonemas, un trueno sonaba sobre Manhattan, y un relámpago más, en menos de dos segundos iluminaba el cielo.

Con cada una de mis confesiones una gota de lluvia golpeaba el asfalto, en la puerta del St. Regis.

Blaster terminó en un taxi, borracho. Yo en otro, vacío.

Las obras que comenzaron la semana pasada en la esquina del Dominique's tenían eventualmente cortado el paso, así que el mío me posó al principio de la manzana.

Agnes, la recepcionista, vestida con un despampanante traje rojo de sedas de oriente, tiró al suelo el crucigrama con el que pasaba la noche, y se apresuró a abrir, mientras caía el aguacero y mojaba mis pies calzados con unas viejas zapatillas de deporte.

—Han dejado esto para usted, señor Berkonsky. Lo ha dejado...

—Gracias, y perdona la hora. Se me ha ido el santo al cielo.

—No se preocupe, señor. Soy de poco dormir. Me quedo viendo los *late nights* de la tele o rellenando estos autodefinidos, y puedo tirarme noches enteras sin pegar ojo... Lo ha dejado...

—Estás muy guapa, Agnes. Un vestido precioso...

—Sólo me lo pongo en ocasiones especiales. Ya se lo dije.

—¿Me lo dijiste? No lo recuerdo.

—El cuento de Strasberg...

—¡Oh! El cuento de Strasberg...

—No sabe de lo que le hablo. ¿Verdad?

—¿Puedo serte sincero, Agnes?

—Sí.

—Estoy un poco borracho.

—Da igual. Le han dejado...

—A mí me daría miedo estar solo en la recepción...

—¿Por qué, señor? ¿No ha visto la de vueltas que hay que darle a la cerradura para abrir la puerta? No puede entrar nadie si yo no le dejo.

—¡No, no! No por eso. Me daría miedo estar solo. Eso es todo. Me daría miedo estar aquí, con todos estos retratos, estos muebles antiguos... No sé, no me gusta estar solo y sin embargo lo estoy mucho tiempo...

—¿Está bien, señor?

—Sí, disculpa, Agnes. ¿Te he dicho que he bebido un poco de más esta noche?

—No se preocupe. Tengo un Alca-Seltzer esperándole desde hace unos días.

—No me vendría mal, no...

—Le repito que han dejado esto para usted. Lo ha dejado una...

—¿Qué es?

El cubículo blanco está cerrado y forrado con papel celofán transparente. Un enorme lazo, también blanco, sostiene una tarjeta en la que, escrito a mano, se puede leer: «Felices treinta, Berko».

A cámara lenta lo abro. Tiro del lazo, separo el celofán transparente y abro la caja.

Entonces la luz de recepción cambia a sepia cuando huelo su interior... Galletas de South Dartmouth, galletas del distrito Roosevelt de South Dartmouth, galletas de la calle 3 con la avenida Pensilvania de South Dartmouth, galletas de La Tourelle en South Dartmouth, maldito South Dartmouth, South Dartmouth, South Dartmouth...

SEC 31.  
SOUTH DARTMOUTH.  
EXT/AMANECER

I

El autobús plateado de la East U. S. Bus Comercial, encargado de devolverme a Nueva York, arranca puntual, a las 7:15.

Con un poco de suerte, en cinco horas y media, incluidas las paradas, estaré de nuevo en la gran manzana, tumbado en la cama de mi habitación número 7 del Dominique's, durmiendo como un niño y soñando con que todo lo que aquí me ha acontecido ha sido eso nada más. Un sueño que después de llevar tres horas despierto, se me habrá olvidado.

Me cruzo con los tres tipos silenciosos del puerto, que con la caña echada y mascando tabaco, esperan el primer pez de la mañana, todavía de noche. Y con el viejo negro malhumorado, Blind Star Jefferson, que con su guitarra y su slide pone, sin querer, serena armonía de blues al maldito canto de los pájaros más madrugadores.

Pete «The Speaker», el infame mantenedor de las fiestas todavía embutido en su traje negro, y con el sombrero de copa roto y a modo de brazalete, duerme en una esquina de la calle Milford, con una botella camuflada en una bolsa de papel.

«Los Plumas», los controladores del pequeño aeropuerto Queen Elizabeth, esperan como maniqués en la parada del autobús de línea a que el autocar les lleve hasta sus ansiadas palabras cruzadas, como todos los días desde hace quince años.

El último semáforo antes de salir de South Dartmouth está en rojo. Entonces cruzan los camiones de la feria, que también se van como yo, como los culpables, sin hacer ruido, buscando un sitio en otro pueblo, en otras caras, en ilusionados niños comiendo algodón de azúcar, como hacían los hijos gemelos de Trebor y Janisse, mientras sus padres se besaban a los pies de la noria pequeña. ¿Quiénes son Trebor y Janisse? Hasta yo mismo les he olvidado.

En poblaciones vecinas, encontrarán como aquí, carcajadas, risas y también llantos.

El último semáforo está en rojo antes de salir y se hace interminable la espera. Me

encaramo a la ventanilla, que está atascada y no se abre.

Un bebé de días rompe a llorar a tres asientos del mío. Un bebé de días, inocente, empieza a turbarme...

Echo la vista atrás, con la vana esperanza de encontrarla, mirándome desde lejos y arrepentida de su grave error. Miro atrás de vez en cuando, con la estúpida esperanza de conservarla y seguir metido en el laberinto del que he salido por la puerta de atrás. Pero los minutos pasan. Los minutos pasan y el sol espera. Ella no volverá, y ya la estoy echando de menos.

Los minutos pasan y el sol espera a que se obre el milagro agazapado tras los escarpados picos de Horbes. Es mi cómplice, y aguanta a sabiendas de que ella no vendrá nunca. Será una noche eterna.

Mi autobús se cruza entonces con el cartel de despedida del pueblo.

South Dartmouth. Población 25.000. Hasta pronto.

## II

¿Y yo? ¿Quién soy yo a estas alturas? ¿Sólo un lamentable trofeo colgado en la pared de una casa de verano estadounidense, que ni siquiera puede disfrutar de su condición de presa?

Hasta eso me ha arrebatado la fotógrafa.

Desde el primer momento en que la vi, sentada en un banco de Chelsea, con la cámara réflex como señuelo ciñéndole la camiseta al pecho, firme, no grande, quise ser su presa. Lo reconozco. Quise volar como un pájaro, quise anidar en su pelo, en el pelo de Nueva York.

Una rama de laurel adornando su peinado de emperatriz. Eso nada más. Esa es mi máxima aspiración. Lo demás no me importa. Una península sin nombre, conquistada a la fuerza por su sanguinario ejército, con matanzas y mutilaciones incluidas. Pero hasta eso me ha quitado la niña inocente de falda plisada, medias y bragas blancas, que juega hoy, años después, a ser el máximo exponente de la fotografía americana. Palabra de Ashbery.

Hasta eso me ha arrebatado esta reina blanca, que se mueve por mi tablero de ajedrez, por el que yo salto a su antojo sin pisar las casillas negras, como cuando era niño.

En vez de devorar sin piedad al rey, le ha estado cortejando, acariciándole con suavidad, masturbando sus días y sus noches, para después abandonarle, dejar el tablero, olvidar su libidinoso juego y pasar a otra cosa como si nada hubiese ocurrido. ¿Esa es tu estrategia? ¿Hacerme romper la baraja?

### III

El aire acondicionado brilla por su ausencia. Por segunda vez intento abrir la ventanilla. Acto fallido. Las manos me sudan.

El bebé sigue llorando y el conductor nos alerta de la primera parada. Ha pasado poco más de media hora desde que salimos.

El sol, libre de complicidad, ya rendido, luce en el cielo.

Nos metemos en un pueblo, de nombre New Gloucester. Población 18.000.

Padres de familia cortando el césped de los jardines, niños jugando al baseball en el porche de su casa, mujeres que patinan paseando al perro y repartidores de leche y periódicos en sus respectivas bicicletas nos dan la bienvenida.

En una de las casas, una joven con camisón blanco, sonrisa lacia y rodillas deliciosas saluda al autobús. Perfectamente se podría llamar Malorie, y apoyarse en el quicio de la puerta para besarme.

Entonces pienso en su hipotético alcalde sin nombre, inaugurando las actividades del 4 de julio, en sus tres amigos pescadores de la mañana, esperando el primer pez mientras mascan tabaco. En su *bluesman* negro, ciego y malhumorado, en su infame «speaker», pienso en el olor de las galletas de alguna matriarca a mi llegada, y en su banda de música municipal, esta vez sin trombonista pelirrojo, al que nadie pueda llamar «Pequeña Zanahoria» y largarse con él.

La feria no tardará en llegar. Nosotros hemos sido más rápidos.

### IV

El aire acondicionado brilla por su ausencia. El conductor nos alerta de la segunda parada. Informa también de que, por motivos técnicos, en este viaje no emitirán película.

La madre primeriza y sola está a punto del ataque. Todo el mundo la mira, y su bebé continúa llorando a lágrima viva.

Intento por tercera vez abrir la ventanilla atascada, sin éxito.

Pasamos por la pequeña ciudad ballenera de Grandomme Ville, población 16.000.

Nos quedamos a las puertas, en la estación de autobuses. No entramos en el casco urbano, pero intuyo casas de madera, paseo marítimo y museo antropológico local, recordando los tiempos de las gabarras, de los cetáceos y las leyendas de pescadores.

Intuyo algarabía por las fiestas del Día de la Independencia. Sombreros de copa a modo de brazalete, resaca general y feria escapando como en South Dartmouth. Intuyo postadolescentes lúbricas con ganas de fiesta, camisón blanco y sonrisa lacia.

Ponche a granel y banda de música sin trombón.

Un pueblo sin fotografía traidora, ni lágrimas estúpidas, ni trofeos en paredes de casas de veraneo. Un pueblo con aroma a galletas de matriarca...

¿Entonces? ¿Me equivoqué completamente? Qué más da el nombre si la historia se repite día tras día. Qué más da la geografía si en cada uno de los centímetros de esta puta costa Este norteamericana, el placer y la traición, el gozo y la perfidia, el regodeo y el artificio, se repiten con distinto color, como los fuegos artificiales iluminando la noche del 4 de julio...

Me sudan las manos. Pienso. Recapacito. Tal vez lloro.

En ninguno de los pueblos de mi viaje de retorno, para qué engañarme, en ninguno estará ella. Por mucho que me empeñe en salvarme, ella no se repetirá como un extraño juego del azar, ni en Grandomme Ville, ni en New Gloucester. Podría recorrer cada una de las pequeñas poblaciones de la costa este de Estados Unidos en este autobús, podría volar al oeste y buscarla por todos los pueblos del Pacífico, que no se repetiría jamás. ¡Sheila Brown, maldita seas, que me has abandonado!

Puedo trucar mi alrededor para protegerme, enredar mil personajes, en otros mil lugares, pero ella no volverá a repetirse.

No volveré a verla. No volveré jamás a South Dartmouth, no al distrito Roosevelt, no a la calle 3 con la avenida Pensilvania, no a La Tourelle, no al olor de las galletas de la matriarca, no a South Dartmouth, no a South Dartmouth, no a South Dartmouth, South Dartmouth, South Dartmouth...

Entonces tocan con insistencia en mi ventana cerrada del autobús y no alcanzo a ver quién llama. ¿Quién querría entrar en este infierno de ausencias, calor y llantos de niño? ¿Quién querría entrar en este laberinto de esencias, sabores y malos recuerdos?

SEC 32.  
HOTEL DOMINIQUE'S.  
INT/NOCHE

I

Entonces tocan con insistencia en la puerta cerrada del hotel y no alcanzo a ver quién llama. ¿Quién querría entrar en este infierno de ausencias, calor y llantos de niño? ¿Quién querría entrar en este laberinto de esencias, sabores y malos recuerdos?

La lluvia no ha cesado y el agua cae con insistencia sobre Manhattan.

Agnes, la recepcionista, observa la puerta de entrada y sonrío.

—¡Es ella! ¡Esa es la señorita que le trajo el paquete, señor Berkonsky!

Y ahí estaba, calada de agua por la lluvia de verano, acercándose al cristal intentando ver si alguien había sentido sus golpes. Yo. Yo los había sufrido.

—Déjelo, Agnes. Yo voy.

Abrí la puerta y me miró a los ojos. Natural, sin forzar. Pude adivinar un terrible sentimiento de culpa en su gesto, en sus labios carnosos, en su pelo mojado. Adiviné un terrible sentimiento de culpa en sus calles, en sus semáforos en rojo, en todas las señales de «U turn» sobre su asfalto, en sus coches, en sus personajes, en su vida frenética. Ellas dos habían vuelto a mí, habían vuelto para quedarse, para no marcharse jamás.

Sheila Brown, 34 años, fotógrafa y amante. Locura y remanso, batalla y armonía. Conjunto completo de temor, condena y desliz, mezclado con otro, repleto de amor, ira y lascivia.

Nueva York, como dijo Nat King Cole, estaba en sus ojos que suplicaban una disculpa. La ciudad y ella estaban en la puerta del Dominique's buscando calor y refugio en la tormenta. Inolvidables, eso es lo que son.

—¿Vas a dejarme entrar?

—No quiero dejarte salir...

II

La amé dos veces en la habitación número 7. La amé con cariño y dureza, lo hice con pasión y calma, para que no terminásemos nunca. Para que la noche fuese de verdad eterna. Y ella también me amó con cariño y dureza, con pasión y calma, para que no terminásemos nunca, para que aquella fuese la primera, la única noche de nuestra vida.

—Te he echado de menos, Berko.

—Yo también.

—No quiero que pienses...

—Déjalo. No quiero hablar de eso. Estás aquí, y eso es lo que importa ahora.

—No querría hacerte daño.

—Yo tampoco Sheila. Ven, apóyate en mi.

—Tengo un poco de sueño. ¿Sabes?

—¿Te importa si enciendo la tele?

—No, siempre me acuesto con ella encendida. No me gusta el silencio antes de dormir.

—Pues tranquila, a mí tampoco. Duérmete entonces...

### III

Pero no hay reconciliación posible, pienso a la 1:50.

La televisión lleva encendida toda la noche. Programas de venta de productos absurdos, series de realización directa, casi documental, realitys sobre obesos y dietistas, resúmenes de la temporada de baseball, películas de serie A, B y C cortadas por la publicidad. Anuncios, anuncios y más anuncios...

Pasé la noche en vela, con la tormenta en el cielo de Nueva York, y Sheila Brown a dos centímetros de mi pulgar, dormida en mi cama de colchón blando. Pasé la noche en vela, con la tormenta de inseguridades, recelos y culpabilidad, en el cielo de Nueva York, y el pecado, el daño, la herida y el quebranto, a dos centímetros de mi pulgar, dormidos en mi cama de colchón blando.

No hay reconciliación posible, pienso a las 3:06. No hay reconciliación posible.

Había guerra en algún país del mundo y en los impúdicos informativos de madrugada, no escatimaban los detalles. Miembros amputados, vísceras, llanto y funerales.

No hay reconciliación posible, pienso a las 4:35. No hay reconciliación posible.

Mientras, en la habitación 2, a escasos metros de mi puerta, el escritor Ruff Thomas elucubra la trama para su próximo trabajo. En la 4, el jefe de la zona oeste, del Abbey National Bank, Wayne Montero, duerme con su ponencia preparada sobre

las nuevas demandas de los mercados europeos, que mañana leerá en la reunión anual, en el aula magna de la Universidad.

En la 9, los señores Corcelle, la pareja de turistas franceses, también duermen antes de su viaje casi doméstico a las cataratas del Niágara.

Y en la 7 otra más. En la 7, un hombre cambia de canal como un autómatas, sin poder conciliar el sueño.

No habrá reconciliación posible, pienso a las 6:30, ya con claridad en el cielo, sin nubes y preparado para otro día de calor.

## IV

Desde el baño y en voz baja, para no despertarla, llamo a Blaster. Sé que es temprano pero necesito hablar. Necesito hablar tanto como él. No coge el teléfono. Suena y suena, pero nadie descuelga.

SEC 33.  
ESQUINA DE HUDSON  
Y CHAMBERS, TRIBECA.  
EXT/DÍA

I

Emmanuel Goodall, como Blaster, empezó trabajando en la radio. Él, en esporádicas conexiones desde Boston, su ciudad natal, haciendo satíricas imitaciones de políticos para el programa de Orson Carson. A pesar de su infancia humilde, consiguió acceder a la carrera de cinematografía, en Nueva York, y terminó participando en varios concursos de televisión para costearse la producción de sus primeros cortometrajes.

Porque Goodall no viene de la música.

Después de terminar la carrera, estuvo tres años fotografiando para la revista *Newsweek*, y antes de fundar su primera empresa de *casting*, realizó el documental, *Return the East*, en el que narra la vuelta de una familia a sus orígenes en la costa este, cuyos antepasados habían vivido, en primera persona, la fiebre del oro.

La casualidad, que es sabia, conecta a Goodall con Rico, en la gira de *Eden's Gate* en 1979. Goodall sustituía al road mánager de Cowboy's Ride, el grupo de Oregón, que taloneaban el espectáculo, y no tardó en conectar de manera casi total con «Dangerous» Rico.

El vínculo fue tal que al terminar la gira de conciertos, Skipe rompió de manera unilateral el contrato que le unía con Duncan Murray y Leila Music y siguió hasta el día de su muerte con Emmanuel, que guio su carrera como un lazarillo.

Encontraron los dos la horma de su zapato, el complemento perfecto. El lazo casi familiar, de dependencia mutua, que les faltaba.

Rico nunca quiso tener hermanos, pensaba que eran una incomodidad total, y Goodall tres cuartas partes de lo mismo. Cuando se conocieron, se dieron cuenta de que no hacía falta buscar más porque habían dejado de ser hijos únicos.

Después de rescatar a Rico de las garras de Murray, Emmanuel consiguió el contrato de Irlanda con Razors Records, en Dublín, y a su regreso, removió la tierra para conseguir que su amigo Strong le fichara para Okhra.

Sin él, sin Goodall, Skipe Rico no habría vuelto a grabar ni una sola vez en

territorio estadounidense. Sin él, sin Goodall, Rico habría palmado en alguna calle de la capital irlandesa, con polvo blanco en la nariz.

Detrás de un gran hombre, en este caso, había otro gran hombre. Detrás del hermano pequeño, estaba el hermano mayor.

## II

Goodall me había citado a desayunar en el pequeño Café Parisián, en una de las puntas de Tribeca, para conocernos. Sin grabadora, sin formalismos. Una charla previa a la entrevista. Quería verme los ojos. Palabras textuales.

Goodall lleva su trabajo con escurpulosidad pasmosa, pero fuera de la oficina es otra persona. A las cosas que de verdad le importan no le gusta ponerles ni corsés ni cinturones. Blaster me había hablado mucho de él, se conocieron cuando mi colega llegó a la ciudad. A Goodall no le gusta la gente que bebe en exceso, pero por Blaster tenía gran simpatía. Veía en sus ganas algo que, a su gusto, ya no había en nadie del mundo de la música en Nueva York. Además, el hecho de que Blaster no escatimara en elogios para con Rico, despertó en el mánager un cariño sincero hacia él.

«Es un hombre recto, eso seguro. Pero con manga ancha...», me advirtió mi amigo.

Antes de llegar al Parisián, llamé de nuevo a su teléfono móvil.

Blaster, aunque trasnocha, se levanta muy temprano, para desayunar viendo sus dibujos animados preferidos *Ren y Stimpy* que siguen repitiendo en el canal Niquelodeon a las 7:30.

Nadie descuelga.

## III

—...Tutéame Berko, tampoco soy tan viejo.

—Sí, perdona. Te decía que hablar contigo es como hablar con Rico. Es lo más cerca que he estado nunca de él.

—A mí me gustaría recalcar en el documental su faceta personal. Y más que recalcar, reivindicar a Skipe como persona.

—Me parece genial.

—No te creas que me prodigo mucho en charlas o entrevistas sobre él.

—Lo sé. Y te lo agradezco mucho. Blaster, el cazatalentos de Okhra, me ha

hablado mucho de ti...

—¡Oh, Blaster! Es buen tío. Un poco borrachín, pero buen tío.

—También me dijo que no te gusta la gente que se pasa de vueltas.

—Cada uno puede hacer lo que quiera, siempre que no interfiera en su trabajo. Yo, entre amigos, puedo tomarme unas copas, disfrutarlas... Pero jamás me emborracharía en un escenario, jamás en una reunión o antes de una cena de negocios. Creo que es bastante obvio que todo tiene su momento.

—Y Rico...

—Skipe era un tipo genial, se lo pasaba todo por el forro y eso, en cierto modo, le hacía más libre que el resto, por eso congeniamos. Él trataba de tirar de mí, y yo de tirar de él. Ahí estaba el secreto. El intercambio. También era un tío elegante cuando quería, y sensible. Desde luego, lo que yo diría de él, lo que yo resaltaría de su personalidad, es su fidelidad.

—Se dice que ustedes no tenían firmado ningún contrato. Que con su palabra bastaba...

—Enteramente cierto.

—Admirable, en este gremio de ladrones...

—Desde luego. Tuvimos que firmar un poder notarial un día, con todo lo del juicio con Murray, que aún colea, pero contrato, lo que se dice contrato no firmamos nunca. No nos hizo falta. ¿Has visto alguna vez que dos amigos de verdad tengan que firmar un papel que testifique su amistad? ¿Entre dos hermanos?

—A más de una familia le haría falta...

—Sí, pero entre nosotros no. Sólo discutíamos por su salud. Nada más. Jamás hubo ni un roce económico.

—También se dice que tuvo que prestarle dinero más de una vez...

—Rico era generoso y cuando tenía, a nadie le faltaba. Incluso a mí, porque todo no ha sido un camino de rosas. Llegó un momento en que se quedó sin pasta. Pero volvamos a lo de antes. ¿Tú no le prestarías pasta a tu hermano si estuviera en apuros?

—Soy hijo único.

—Rico y yo lo fuimos. Lo fuimos en algún momento.

—Los dos os llevasteis muchos palos. Esa fidelidad pasó factura...

—Sí, muchos. Nos comimos mucha mierda, pero mereció la pena. ¿Sabes? Nunca he visto a un artista, y he visto muchos, tan feliz sobre un escenario. Es como si fuese una fuente de talento que encontró en las tablas el empujón para salir.

—De alguna manera, usted vio en Rico colmadas sus aspiraciones...

—No exactamente. ¡Y tutéame, coño, no soy tan viejo!... Yo soy muy tímido y sólo subía al escenario para supervisarlos todo y ver que las cosas estaban en su sitio. Que nunca le faltase una botella de agua al empezar el bolo, una pinta de cerveza en

la mitad, y una toalla negra al terminar... No me gusta que se me vea mucho, ¿sabes?

El teléfono suena. Sheila Brown en mi pantalla. Estoy ocupado. Lo suficiente como para no descolgar.

—...Prefiere estar abajo, ¿verdad, Goodall?

—Con Skipe, siempre quise estar abajo. Ahora ya no viajo con los músicos. Mi mujer me lo agradece todos los días.

—No sabía que estaba casado.

—Se llama Chun Lay, nos enamoramos en Camboya. Es adorable. Ese país es una maravilla. ¿Te quedan unos cuantos días antes de volver, verdad?

—Sí. Hasta final de mes.

—Fantástico. Deja que la llame y organizamos una cena en casa. Así te enseñaré unas cuantas cosas que quiero que veas. Tengo varios manuscritos, letras, poemas...

—Me dijo Ali Strong que había un proyecto genial que nunca llegó a terminarse.

—Sí. Skipe falleció cuando empezábamos a gestarlo...

—Me gustaría verlo, por curiosidad...

—¡Claro! Skipe estaba empeñado en hacer una película/disco, y yo puse la máquina a funcionar... Lo habríamos pasado muy bien haciéndolo. Iba a venir hasta Tom...

—¿Qué Tom?

—¡Tom Waits! Skipe había pensado un personaje para él...

—¿La idea era suya?

—Todos aportamos un poco pero fundamentalmente era suya.

—¿Tiene más cosas de ese tipo?

—Muchas. ¡Imagínate! Desde el 79 que nos conocimos hasta que falleció... Veinte años justos... son muchos días, muchas noches. En veinte años hay tiempo para muchos sueños. Algunos se cumplieron y otros por desgracia no.

—Me gustaría que me hablases de esos trabajos, me interesa mucho ese mundo oculto de Rico, ese mundo de despacho...

—Escribió mucho. Hay muchos cuadernos, muchas notas. Tiene un par de cortometrajes escritos, que merecería la pena ver rodados. Pero tranquilo, lo veremos todo cuando vengas a casa.

—Estoy muy contento con este encuentro, Emmanuel...

—Yo también, chaval...

—Gracias por lo de chaval. Hace unos días cumplí treinta...

—Treinta. Quién los tuviera...

—¿Sabes, Goodall? Me he instalado en Okhra, para poder trabajar más tranquilo, hasta que me vaya.

—Entonces verás a Blaster todos los días. Sé que se pasa el día entero en la oficina.

—Sí, hemos salido unas cuantas veces a tomar algo por la ciudad.

—Pues creo que tengo que verle mañana. Lo tengo apuntado en mi agenda. Me llamó para presentarme a una banda que quiere fichar, y que quiere que yo lleve.

—¿Jimmy Q and The Rain Fellas?

—Sí. Algo así...

—Les vimos el otro día en el Arthur's.

—¿Y qué tal?

—No están mal. El cantante tiene cara de canalla...

Vuelve a sonar el teléfono, Sheila Brown en mi pantalla. Continúo lo suficientemente ocupado como para descolgar.

—...Si no recuerdo mal, Berko, en la entrada de Okhra hay un póster de Rico en la recepción. ¿Sigue allí?

—Sí. A tamaño natural...

—Me acuerdo de cuando hicimos aquella sesión de fotos... Estaba nervioso, muy nervioso, no le gustaban nada los fotógrafos. Por eso tiene esa cara tan desafiante...

—Sus ojos se clavan en todo el que entra a Okhra nada más abrir la puerta.

—Hace varios años que no paso por ahí. Ahora tendré que ir a ver a Blaster...

—¿Tienes todavía relación con Ali Strong?

—De vez en cuando hablamos. Nos felicitamos la navidad y el día de Acción de Gracias, pero hace mucho que no nos vemos. ¿Sabes? Es como si hubiésemos corrido el telón, de manera involuntaria. Nos llevamos bien, como siempre, pero en la distancia. Seguro que si volvemos a trabajar juntos, estoy seguro de que se joderían buena parte de los recuerdos comunes...

—Eres muy sincero conmigo, Emmanuel.

—Me has caído bien. Todo el que quiere a Rico me cae bien...

—Muy sincero, repito.

—Espérame aquí, voy al baño y te cuento más sobre esos proyectos sin terminar...

## IV

Entonces Goodall se levanta. Me quedo solo en la mesa. Mi desayuno está sin tocar. He estado tan atento a la conversación, que el café está frío y las tostadas lacias.

El tono de llamadas entrantes de su móvil suena a un buen volumen. Es la canción de Rico «Ginna, Ginna», y leo de dónde viene la llamada Okhra.

Al llegar al estribillo, como en octubre de 1988 en el Harmony Theatre de Atlanta, durante aquella noche de blues junto a Howlin Wolf, Dr. John y Tucson

Crawford, deja de sonar... Rico se queda en blanco. La música calla y leo: «Tiene un nuevo mensaje de voz en su buzón»

Sigo solo. No me apetecen ni el café frío ni las tostadas blandas.

Aprovecho que Goodall sigue en el baño, para llamar a Blaster. Estoy incómodo. Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos, cinco tonos... ¡Descuelga, maldita sea!

Miro el café y las tostadas. Entonces tengo la tentación de beber y comer el repugnante desayuno frío. Me da asco el amargor gélido disimulado con sacarina y la textura flexible del pan chamuscado. En el vaso de agua que acompaña, los hielos ya están derretidos y sé que al beber, me sabrá a nevera mal lavada. Todo me produce repugnancia. Mi cabeza sucia de hipocondrías piensa en afecciones de hígado. Repugnancia de la taza, que de repente noto sucia, repugnancia el plato y los cubiertos, que han estado entre dientes y encías de cualquiera.

Se amplía mi repugnancia, como una premonición.

Entonces suena mi móvil. Sonido vulgar de Nokia, como el de cualquiera.

Leo en la asquerosa pantalla, que también me repugna, de dónde viene la llamada: OKHRA.

Un tono, dos tonos, tres tonos... Descuelgo.

—¿Señor Berkonsky?

—Sí, soy yo...

—Verá...

—Sí.

—Soy Vivian, de Okhra.

—Lo he visto en la pantalla...

—Ha pasado algo horrible.

—¿Ha llamado usted al señor Goodall?

—Sí. Hace un momento. Tenía una cita con Blaster para mañana y es el primer teléfono que he visto, en su agenda...

—¿Qué ha pasado?

—Blaster...

—¡Qué, qué!

—He llegado, como todos los días. He visto la puerta de su despacho abierta...

—No...

—He entrado y estaba en el suelo... Tenía una botella de whisky tirada al lado... He llamado a la policía, no sabía qué hacer... Usted le conocía, también estaba su teléfono en su agenda, se iban juntos a comer, por eso... estoy muy asustada...

—¿Ya ha llegado la policía?

—Sí. Se lo han llevado...

—¿Adonde?

—A la morgue. Supongo que el entierro será mañana...

—Luego vuelvo a llamar.

Goodall llega y se sienta. Él sí ha tomado su café... Ojea su móvil.

Junto las manos como si fuera a rezar. Acerco mi cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras se dispone a escuchar el mensaje...

## V

Silencio en el Café Parisiën. El reloj digital que hay encima de la cafetera marca las 9:35. El camarero de detrás de la barra tropieza con una copa que se rompe en añicos. Un gordo con bigote blanco llamado Coleman pide unos bagels, y el señor Broonzy, a dos metros escasos, con gorra de los Knicks, lee la sección de deportes del *Times* mientras se lleva a los labios una taza de café. Miami Heat será el equipo revelación de la temporada que viene.

Lea, la joven estudiante de intercambio de la mesa 2, repasa las fechas de la guerra civil americana para su examen de las doce. La puerta se abre y entra una ráfaga de viento que hace volar un montón de endebles servilletas que hay en una de las esquinas de la barra.

Silencio en el Café Parisiën. El reloj digital que hay encima de la cafetera marca las 9:35 y el hilo musical, que es cruel, elige entre toda la música compuesta desde el arpa del rey David hasta el tecno más moderno, elige y pincha, y más que pincha, clava, «The Long White Cadillac», de The Blasters.

Se oyen risas desde la cocina.

SEC 34.  
CALLES DE NUEVA YORK.  
EXT/DÍA

I

*Decimotercera grabación.*

*En la radio del taxi de Goryotán el sij, suena el Adagio de Tomaso Albinoni, versionado por The Doors.*

*«Ahora lo empiezo a ver todo más claro. Tú tienes la culpa, demonio de cuero negro, camuflado en la compasión de todos los que te quieren. Tú tienes la culpa de todo lo que me pasa. Pero no voy a dejar que acabes conmigo también. Y sé que ese es tu objetivo. Terminar con todos los que te hacen bien.*

*Maldita sea tu voz, demonio de Washington Heights, malditas tus escaramuzas de película en Coney Island, malditos tus viajes a Irlanda, malditos tus conciertos fallidos en Atlanta, tus pósters a tamaño natural y en papel fotográfico. Malditas tus manos anilladas...*

*Estás muerto y sigues haciendo daño... No pasó un minuto desde que naciste y ya estallaban guerras, y ya había mutilados...*

*Tu voz y tu maldad van de la mano, y me turban ahora, camino del cementerio de Green-wood.*

*¿No tuviste bastante? ¿No crees que tu juego de destrucción ha sido ya demasiado largo? ¿Quieres vecinos de excepción, eh?*

*Lo has conseguido, chico. Tienes lágrimas de todo el mundo que miran a Green-wood. Lágrimas de veteranos de Vietnam, lágrimas de las víctimas del 11-S, lágrimas de anónimos como tú. Lágrimas y más lágrimas. Malditas sean tus ganas de pasar a la posteridad, desgraciado ángel de cuero negro, que siembras sal por donde pasas.*

*Estarás riéndote ahí abajo... Estarás partiéndote la polla desde ahí abajo.*

*...Y decían que eras peligroso, ¡jamás llegué a imaginar cuánto!*

*Pero no podrás conmigo. No lo conseguirás...*

*Soy rápido y puedo correr más que tu maleficio, Dangerous Rico.*

*Soy un pájaro y puedo volar alto, muy alto. Mucho más alto que tú».*

## II

—Siento, señor Berko, que tengamos que vernos en esta situación.

—Yo también, Goryotán. Yo también. Perdona, pero quería ir en un sitio seguro, confortable. Necesitaba que alguien familiar me llevase... No es fácil ir a un entierro de un conocido en metro...

—En mí, tiene un amigo ahora, señor.

—Gracias, muchacho.

—¿Quiere Bourbon?

—¿Tienes más Jim Beam en el maletero?

—Sí, señor.

SEC 35.  
CEMENTERIO DE GREEN-WOOD,  
BROOKLYN.  
EXT/DÍA

I

Es 19 de julio. Hace un sol radiante. Son las 13:25 y, desde las praderas verdes del cementerio de Green-wood, se ve el puerto de Brooklyn al fondo. El olor de la hierba recién cortada y el sistema de riego por aspersión me recuerdan, por un instante, a un campo de golf.

No hay ruido. Se escuchan el viento y los pájaros. A lo lejos, resuena, como un clarín, el bocinazo de un carguero que se despide de la ciudad por el río Hudson.

En el montículo más alto, en Battle Path, están enterrados los soldados muertos en la batalla de Nueva York, de la Guerra de la Independencia. En otro, muchas de las víctimas de los atentados del World Trade Center, y relativamente cerca, hay diez o quince lápidas de diez o quince veteranos que dejaron su vida en la jungla durante los lejanos años sesenta.

La familia White, que vuelve de poner unas flores, se dispone a salir a la calle. Dos deportistas, Demmy Jonson y Stuart Green, hacen *footing* como todas las mañanas, y cruzan sus paseos a diez metros de la tumba de Basquiat. No saben quién fue el artista neoyorquino. Tampoco quién es el otro corredor. No les importa.

II

El enterrador fuma un cigarrillo sin filtro alejado de la fosa. El reverendo Abels, proporcionado por la funeraria, de cuyos honorarios y el resto de los gastos se encarga Okhra, llega con cinco minutos de retraso.

Se quita unas enormes gafas de sol y comienza el sermón.

Alrededor de la fosa estamos Goodall, Goryotán el sij, Vivian, la despistada becaria de veintipocos de la oficina, y yo.

No hay más conocidos, no hay más amigos. Y si los hay, no han venido.  
El gran Chess ha mandado su mensaje de condolencias desde Miami.  
El calor empieza a ser asfixiante y me molesta la etiqueta de la chaqueta.

### III

*«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a ella. Jehová dio, Jehová quitó. Sea el nombre de Jehová bendito.»*

Job (1-21)

Vivian no para de llorar. Su pañuelo está mojado. Me ha confesado que es el primer entierro de su vida y que le parece terrible tener que ser ella, una recién llegada, la encargada de organizarlo todo. Su bautismo en el mundo de la música no puede ser más contradictorio, balbucea.

Su bautismo es un funeral.

El reverendo hace una ceremonia corta. Toma dos puñados de tierra y los tira sobre el ataúd. Mientras habla, los pájaros callan. Su voz se escucha, potente, con el colchón sonoro del viento.

—... Y le pedimos a Dios todopoderoso en su sabia providencia, que separe el alma de este hombre de su cuerpo, que encomendamos a la tierra. Tierra a tierra, ceniza a ceniza, polvo a polvo, con la esperanza segura y cierta de la resurrección a la vida eterna de todos los que durmieron en Jesús. Amén... ¿Quieren añadir algo más? ¿Un himno, una canción que significase algo para él?

—No, señor.

—Entonces, podemos marcharnos... Que la paz, la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros para siempre. Amén.

—Amén.

### IV

—Esperadnos fuera. Tardaremos diez minutos más —dijo Goodall—. Ven, Berko, quiero que veas una cosa...

Las lápidas antiguas y las modernas se confunden desde aquí con los edificios de Nueva York. La piedra fría del sepulcro y el espejo del rascacielos, se mezclan con olor a hierba recién cortada y son, entonces, una misma necrópolis.

Una misma ciudad con calles y avenidas, que es un camposanto que jamás levanta la voz, un cementerio que, sin sobresalto alguno, recibe a sus nuevos habitantes.

Y el silencio es tan normal en Green-wood, pienso cerca del mausoleo de Lafayette, y tan extraño en Nueva York, concluyo a centímetros del de Dewitt Clinton.

Entonces, Goodall me señala un cúmulo de tumbas rodeadas por robustos árboles. No conozco la especie, nunca he sido muy ducho en botánica.

—Ahí está Skipe... Vamos.

## V

Es de noche cerca del Little Red Lighthouse, las luces de los faros alumbran esquinas oscuras. Cláxones y tubos de escape. Humo y más humo...

El ruido del tráfico se parece al de las olas del mar. El río está en calma en el West Side y la quietud de la noche del Día del Veterano sólo se ve alterada por la sirena de una ambulancia, que llega rápido al lugar de los hechos. La enorme bandera de los Estados Unidos estará hondeando, dos días más, en la base del puente George Washington.

Son las 22:30 y apoyado en la pared roja de hierro del faro, yace el cuerpo sin vida de Dangerous Rico. Una pareja de turistas que paseaban por allí, alertaron a una patrulla de la presencia del cadáver.

—¿Sabes, Berko? Uno de los dos agentes que llegaron y le vieron muerto, tenía todos sus discos, incluidos los de Irlanda. Le había visto en casi todos sus conciertos...

## VI

Tratan de reanimarle, pero es inútil. Para entonces ya hay una pequeña aglomeración, y el nombre de Dangerous Rico empieza a sonar entre los presentes.

Se carga el cadáver en la ambulancia, y la patrulla de policía, auxiliada por un refuerzo que ha llegado a los pocos minutos, despeja la zona. Son las 22:45. En tiempo récord, todo parece estar igual que antes a los pies del faro. En tan sólo quince minutos se olvida lo sucedido en el sitio.

—Llamaron a Wanda, a mi esposa y a mí, para ir a la morgue. Me tocó entrar para

reconocer el cadáver y terminé encargándome de todo... ¿Sabes? Wanda no consiguió llorar hasta tres días después del entierro.

## VII

La autopsia es bastante clara. Sobredosis de heroína. Aunque Goodall, Strong y su mujer Wanda son muy escrupulosos a la hora de compartir información, las causas de la muerte de Rico no tardan en llegar a la prensa. Es de noche en la calle 39 y Primera Avenida. En la puerta del depósito de cadáveres hay dos o tres fotógrafos, que iluminan esporádicamente con sus flashes la salida del parking.

—El sepelio fue igual de sencillo que este de Blaster. Wanda quiso que fuese lo más íntimo posible y respetamos su decisión. ¿Ves la tumba? Ahí mismo, donde están los cipreses...

—¿Son cipreses?

—Sí.

—No lo sabía...

## VIII

Al día siguiente, el ataúd cruzó las calles y avenidas del cementerio de Green-wood en el Chevrolet de color malva que eligió la funeraria Robson.

Tanto Wanda como Goodall se negaron a que hubiese ningún representante de la Iglesia.

El silencio del camposanto sólo se rompió al final, con el llanto de la viuda

—Leí un texto, que escribí tomando una copa, antes de llegar aquí. Fue una cosa muy corta. Después, cada uno tiramos una flor y el sepulturero empezó a hacer su trabajo...

## IX

—Este sitio está cargado de energía, Goodall... Demasiada.

—Sí. Lo está...

—Creo que todavía no estoy hecho para aguantar tanto, ¿sabes?

...Uno se imagina que podrá soportar y soportar, pero hay veces que el cuerpo no lo consigue.

Entonces las rodillas ceden, los recuerdos pasan. Pesan. Los músculos que soportan mis sesenta y cinco kilos no dan más de sí y me abandonan. Y me da miedo caer por el camino empedrado. Me da miedo agachar la cabeza y no levantarla nunca. Me da pavor arrodillarme frente a Rico. Manhattan me observa desde el fondo y sin mirarme, y no puedo mostrarme así ante ella.

El cuádriceps trata de sujetarme, pero la muerte me asusta más de lo normal, y ni el glúteo sostiene mi cadera, ni los isquiotibiales mi fémur, ni los tensores mis temores. Mi tibia se desvanece, mis gemelos no comparecen... Soy un pelele cayendo a plomo frente a una tumba. Soy un pelele metido en una burbuja de jabón, que ha estallado sin darme cuenta. Una frágil burbuja de buenas intenciones y de culpas, una inmensa pompa llena de recuerdos, de presente, una esfera líquida de vanidad.

Cuando llueve, diluvia sobre Brooklyn, y con el sol en lo alto, el cielo despejado y sin previsión de chubascos, con 45 grados centígrados, se gesta una tormenta frente al sepulcro que a punto está de desatarse.

No estoy hecho para aguantar tanto, ¿sabéis? ¿Sabéis, Sheila, Rico, Blaster, Goodall? ¿Sabéis todas las calles de esta maldita ciudad?

Atlas sólo hay uno. Está en la avenida Lexington, y el peso del mundo es excesivo para mis piernas...

—¿Estás bien, Berko?

—Debe ser el calor...

—Ven, ahí hay una fuente.

—No quiero acercarme más. Tranquilo. Se me pasará...

—¿Acercarte adónde?

—A las tumbas. Estoy bien aquí.

—Estás jodido, ¿verdad?

—Sí...

Entonces el teléfono suena. Sheila Brown es insaciable y vuelve a mi pantalla. Pero ahora estoy ocupado. Estoy absorto en buscar el antídoto que me cure de su enfermedad. Estoy saturado de fotografías con sensibilidad vírica, de esquinas reconocibles, de olores identificables. Estoy empapado en diálogos, en personajes, calado de ausencias, de lugares comunes. Estoy mojado en presión. Me oprime el pecho pero no es alarmante el dolor. Me ahogo entre calles, taxis amarillos, recuerdos de infancia. Quiero crecer de una vez por todas.

Ahora me recuerdo a mí mismo, implorando llegar a los treinta cuando era niño.

—¿Quieres que nos marchemos?

—Déjame un segundo Goodall... Me fumo un cigarrillo y nos vamos. Estoy un

poco cansado, eso es todo.

—Sé cómo te sientes, chico...

—¿Es que todo acaba así? ¿Con un enterrador fumando un pitillo sin filtro? ¿Con dos conocidos y una becaria de veintipocos histérica y superada por los acontecimientos?

Insiste la muy incauta... Aparece por enésima vez su nombre en mi pantalla.

¿Ese es el futuro que quieres para mí, ciudad que nunca duermes?

Me has envenenado con tu insomnio de fotografías, me has quemado los brazos y las piernas con tus besos. Trucaste mis recuerdos, con tus caricias en un motel sin nombre, contaminaste los lugares a los que siempre quise volver, en el ferry de Coney Island. ¿Y ahora me tratas así? El único pecado que he cometido es intentar amarte. Pero es imposible. Tú y yo, querida mía, estamos condenados a desencontrarnos. ¿O es que no lo entiendes?

Sólo hay tristeza por donde piso. Soy un granjero de la tristeza que la siembra a diestro y siniestro. Surcos enteros repletos de desconsuelos en tus calles, y en las mías. El cauce de tu río arrastra melancolía y angustia.

¿Para eso nos hemos conocido? ¿Para mortificarnos?

Hagamos un trato: yo haré como si nada de esto estuviese sucediendo, y tú... tú sucede, tú continúa tranquila. No te sobresaltes por nada y sigue metida en tus asuntos. Tienes experiencia porque no se te ha movido un músculo con nada de lo que me ha pasado. Tú continúa sin mirar atrás, tú no tienes retrovisores, y cambias de carril por tus calles sin tener en cuenta a los que ruedan por ellas.

Así eres, por eso todo el mundo te visita. Por eso todo el mundo tiene que probarte una vez antes de morir, por eso muere todo el mundo. Por ese veneno murieron Rico y Blaster. Y por ese veneno, moriré yo también.

Montones de deseos, montes enteros de lápidas como en Green-wood, cúmulos y pilas de nuevas esperanzas durmiendo en tu regazo, que te empeñas en esconderme. Crueldad es tu segundo nombre, Nueva York. Sheila Brown te llaman cuando te das la espalda.

## X

Todavía no me había puesto de pie, todavía tenía la lápida de Rico frente a mí, cuando sonó de nuevo el teléfono.

Llamada entrante: +34 91-444-38-92.

—¡Cariño!

—Hola, mi amor...

—¿Qué te pasa en la voz?  
—No te imaginas dónde estoy.  
—Escúchame, tengo que decirte algo.  
—¿Qué pasa? Si me dices algo malo, me vendré abajo...  
—Escucha. Llevo unos días un poco rara...  
—Sí.  
—Y hace tres semanas que me tenía que venir el período...  
—Sí.  
—Y hoy, me he mareado en la piscina del hotel Sanvi.  
—¿Pero estás bien?  
—Sí, cariño, tranquilo estoy bien... Entonces...  
—...Sí.  
—Entonces he ido con Raquel y he comprado un par de pruebas de embarazo...  
—¡Dios!  
—Estaba muy, muy nerviosa.  
—Vida mía, ¡y yo aquí!  
—No te preocupes, tú termina tu trabajo, todo va bien...  
—... Sí. ¿Y? ¿Qué ha pasado?  
—Cariño mío, amor...  
—Qué ha pasado, dime algo, Dulce, por favor que me voy a caer...  
—Las dos han salido positivas.  
—...Sí  
—Estoy embarazada.

## XI

Amanece en Madrid. Son las 6:55 de la mañana y el sol de verano empieza a calentar el asfalto. A seis mil kilómetros de distancia, el hombre arrodillado frente al féretro recibe la gran noticia.

Amanece en Madrid. Aplicados trabajadores limpian las calles con agua fresca, así mitigan el calor del tórrido verano. Despejan como antiguos chamanes las posibilidades de combustión. Curan con su calma vespertina, curan con su agua, curan con la extrema humedad, las avenidas de la capital, secas y moribundas a estas alturas de julio.

Son las 6:55, y amanece con más vigor que nunca en Madrid. El sol, cargado, repleto, abundante y colmado, ilumina por el este, la capital.

Su luz produce fastuosos brillos en las cristaleras de la plaza del Teatro Real. Los

reflejos energéticos llegan hasta aquí, y quiero volver con ellos, quiero poner mi mano sobre su mano, besarla y amarla como era religión antes de llegar.

Amanece en Madrid. Allí son las 6:55 de la mañana y el sol de verano empieza de una vez por todas a calentar mi asfalto.

—¡No llores, cariño!

—Estoy muy contento, mi amor. Muy contento.

—Yo también, vida mía.

—Querría estar ahí contigo, besarte, amarte. Tengo ganas locas de tocarte y estar a tu lado, nena.

—Yo también quiero que estés conmigo. Tengo un poco de miedo, ¿sabes? Te echo en falta...

—Queda poco del viaje, mi amor. Ya queda poco.

—Claro, disfruta, mi vida. Pero no te olvides de mí. Bueno, de mí... de nosotros. No te olvides de nosotros, Berko...

—Te llamaré todos los días a partir de ahora... Dos veces.

Son las 6:55 a seis mil kilómetros de distancia, y un nuevo plural aparece en mi vocabulario. Multiplicidades, conjuntos, mezclas, complejos, uniones, fusiones, vínculos, incorporaciones, afinidades, consanguinidades, parecidos, semejanzas, analogías, paralelismos, coincidencias.

Identidades notables, uniones inquebrantables, engranajes indispensables, eslabones insustituibles. Conexiones eléctricas, coincidencias físicas, casualidades químicas...

Un pájaro que grazna como un cuervo pero con pico amarillo, revolotea ahora sobre las praderas de Green-wood, que deja de parecerme, por un instante, un campo de golf. El olor a hierba recién cortada y el colchón acústico del viento son sonido divino y bendición.

Se acabó el enterrador con pitillo moribundo cerca de la fosa, se acabó el rijoso reverendo Abels y su sermón, se acabaron el puerto de Brooklyn y Manhattan al fondo, confundiendo con las lápidas, se acabó mi genuflexión involuntaria frente a la tumba de Rico.

Son las 6:55 a seis mil kilómetros de distancia, y un nuevo plural aparece en mi vocabulario. Miedos, pavores, cuidados, reparos, sospechas, preocupaciones, insomnio, ansiedades, inquietud, desvelo, cuidados, obsesiones, esfuerzos, perseverancias, atenciones, vigilancias.

Identidades notables, uniones inquebrantables, engranajes indispensables, eslabones insustituibles. Conexiones eléctricas, coincidencias físicas, casualidades químicas...

—¿Cómo va todo en Nueva York, pequeño?

—Bien cariño, bien...

—¿Estás tomando muchas notas para tu guión, o sólo estás emborrachándote con tus amigotes?

—Un poco de todo, cariño... Estoy muy feliz, mucho.

—Yo también, yo también lo estoy.

—El día aquí es muy largo, pueden pasar mil cosas o ninguna... Esta ciudad es imprevisible...

—¿Dónde estás? Hay mucho silencio...

—Estoy en... un sitio precioso en Brooklyn con unas vistas de la ciudad fascinantes... Seguramente la primera de las secuencias del documental la rodemos aquí.

## XII

Aquí empieza todo sin Rico, sin Manhattan, sin puertos ni grúas. Aquí, en el cementerio de Green-wood, mientras los deportistas corren y se desencuentran, mientras la familia White se despide posando un ramo de flores. Aquí, con Basquiat, Lafayette, los soldados de la Guerra de Independencia, las víctimas del 11-S y las diez o quince lápidas de los diez o quince veteranos que perdieron la vida, allá en la jungla, durante los lejanos años sesenta.

Aquí la cordura, aquí un paso al frente y sobre tierra firme, inamovible, sólida y estable. Aquí, alejado de las impostadas avenidas, de las calles vacilantes, de las arenas movedizas de la orilla del Hudson.

Aquí, como en el último disco de Rico.

Aquí, en el germen, en la desnudez. Aquí, en el origen.

13/13/67. Ese es el número, ese el tatuaje que necesito para completar mi brazo izquierdo.

—¿Cuántos días te quedan?

—Pocos, cariño. Pocos. Menos de los que tú te crees.

—Te necesito a mi lado, Berko.

—Yo también te necesito a mi lado, Dulce.

## XIII

Extracto de una página del *New York Times* de hoy, 19 de julio:

A las 23:55, en la ciudad de Nueva York se registraron, desde las

0:00 del día anterior, 153 muertes. Incluidas en estas cifras, además de las suscitadas por muerte natural, cáncer y enfermedades cardiovasculares, se incluyen las provocadas de manera violenta y con arma blanca o de fuego.

A las 23:55, en la ciudad de Nueva York se registraron, desde las 0:00 del día de ayer, 91 nacimientos.

Información de la Agencia Nacional de Estadísticas.

SEC 36.  
TAKE THE «D» TRAIN.  
INT/DÍA

I

- Haz lo que quieras, Berko. Por mí no te preocupes...
- Goryotán puede llevaros de vuelta a Vivian y a ti. ¿No te importa, verdad?
- No, señor. Tengo que volver a Manhattan, así que les dejaré donde quieran.
- Vivian se encargará de todo...
- ¡No se preocupe por eso!
- ...Goodall, te llamaré cuando esté de vuelta en el hotel. Necesito pasear un poco, necesito pasear solo, dar unas vueltas. Pensar.
- ¿Pero adónde vas a ir?
- No lo sé exactamente, pero estaré bien.
- ¿Seguro que no quieres que me quede contigo?
- ...Tranquilo, es sólo que necesito asimilar las noticias, eso es todo...
- Lláname cuando quieras. Tendré el teléfono encendido.
- Ok. Goryotán, muchas gracias otra vez.
- Se lo dije la primera vez que nos vimos en el aeropuerto, señor, y se lo repito ahora. ¡Para lo que usted quiera!

II

El taxi amarillo arrancó y se perdió en dirección al puente, con Vivian y Goodall dentro. La imagen de Shiva balanceándose colgada del espejo retrovisor, los asientos de polipiel, la música country de su radio, su turbante blanco y los espejos retrovisores reflejando el maresmágnun de mediodía en Brooklyn se perdieron entre los otros taxis. Aguanté mirándoles, pero fue imposible seguir su rastro.

Volvieron a su sitio natural, a su lugar adecuado. Son ahora, el taxi y sus tres ocupantes, igual de desconocidos que el resto de taxis y ocupantes, igual que el resto

de cabezas de alfiler que se ven desde el edificio Meisser, en el principio de Madison Avenue.

Se igualan a los rostros que, sin nombre, se aparecen y desaparecen, aquí en la calle 25, junto a una de las puerta de entrada del cementerio Green-wood.

### III

Claro que sabía dónde quería ir. Claro que sabía que necesitaba estar solo para el exorcismo, y que no podía ser en otro momento.

Números y agujas... Entonces las agujas del péndulo de mi habitación del Dominique's, las agujas del reloj del Sherry Netherland, con su halcón siempre alerta a las puertas del Harry Cipriani de Quinta Avenida.

Entonces los números del móvil, marcando horas, minutos y segundos, las llamadas, entonces las agujas de Rico apoyado en la pared de hierro rojo del pequeño faro, arriba, en el puente George Washington. Los números y las agujas cumplían por última vez, en estos veinte días, su objetivo.

La premura que exige la ciudad, la inmediatez y el ritmo frenético y ficticio de sus calles, la neurosis urbana que siempre quise, volvía después del receso y me empujaba a cada paso, buscando una bajada al metro.

El tren «D», que viene del Bronx, que atraviesa Manhattan y que cruza hasta mí, es la bala, es el proyectil, es la flecha certera, con su punta barnizada con el antídoto que ha de salvarme. El tren «D», que no se parece en nada al «A» de Duke Ellington, pero que no es otro que el de Dangerous Rico, había de salvarme, había de salvar la ciudad, como lleva haciéndolo desde el papel fotográfico y el celuloide...

Trece paradas desde aquí hasta la avenida Stillwell, atravesando Sunset Park y la parte baja de Brooklyn. Trece etapas, que son mi calvario, que son el principio del retorno, el comienzo de mi redención.

¿Todas las historias han de atravesar, como un vagón grafiteado, solitarias, Sunset Park? Parece que sí.

### IV

El tren «D» me analiza, el tren «D» me toma el último examen y con nervios empuño la grabadora por última vez en este viaje.

Trece grabaciones, trece secuencias, para volver. Trece últimos testimonios

obligados, para no olvidar. Trece canciones, que serán trece melodías para trece vidas, que terminarán formando parte de la cifra dada por la Agencia Nacional de Estadísticas y rescatada por el *Times*, un día cualquiera, en sus páginas traseras.

## V

El tren «D» me pone a prueba. Sus fotografías, sus instantáneas, van a caer en mis manos. Su historia en forma de flashes y golpes de luz.

No dejaré que se resista ninguna estación.

Lo haré por Rico, por mí, y por todos los que alguna vez se subieron a sus mugrientos vagones. Por todos los que de manera circunstancial, ocuparon los asientos de plástico, se agarraron con fuerza a sus barras metálicas para no caerse. También por todos los que descarrilaron y se salieron de las vías.

El tren «D», que viene del Bronx, que atraviesa Manhattan y que cruza hasta mí, es la bala, es el proyectil, es la flecha certera, con su punta barnizada con el antídoto que ha de salvarme. El tren «D», que no se parece en nada al «A» de Duke Ellington, pero que no es otro que el de Dangerous Rico, ha de salvar la ciudad, como lleva haciéndolo desde el papel fotográfico y el celuloide...

## VI

*Ultima grabación.*

*Mi iPod está en silencio esta vez. Son tuyas y no mías las notas. 13/13/67 Suena sin que ellos lo sepan en sus auriculares, sonará mañana mientras se duchan. El Track list del disco de Rico es el sendero por el que todos los anónimos pasan, por el que todos los anónimos pasamos.*

*Tal vez coincidan dos acordes en el trabajo, o tal vez no. Tal vez escuchen el susurro de una guitarra en un café, tal vez en la casa familiar, en el sitio de veraneo, en un hipotético viaje o en un velatorio.*

*Track 1- En 9 Av. Suena «Swing's champion».*

*Danny Smith lee el periódico. Su hijo ha terminado la educación obligatoria. En septiembre empezará a trabajar en la carpintería familiar.*

*No es un lumbreras, piensa sin levantar la vista del papel, pero para hacer unas sumas y unas restas no hay que ser premio Nobel. El tren se mueve.*

*Track 2- En Fort Hamilton Station. Suena «Back to Heights».*

*Ella mira por la ventana los edificios rojos de Brooklyn. Recuerda que se le olvidó planchar un vestido para esta noche. Hay citas ineludibles con el destino a las que hay que ir arreglada.*

*Track 3- En 55 St. Suena «Dear daddy».*

*Gladis lleva bolsas de la compra. Pesa 79 kilos y usa gafas desde los cuatro años. Ronda los 60. Su máxima preocupación es saber si finalmente en Amores de estudiante, el culebrón del canal 41, sabrán superar sus diferencias Graciela y Armando y terminarán casados. Esa, y tener crema de cacahuete para picar entre horas con panecillos integrales.*

*Track 4- New Utrecht Av. Suena «Don't you know?».*

*Dassiel, 54 año, negro. El tipo lee un libro con concentración: «...No lo podré soportar más. El vacío está ante mi y él tiene un revólver dentro, en el salón... El viento sopla y tal vez pierda el equilibrio. Con un poco de suerte no tengo que hacer el esfuerzo de saltar y me caigo solo...».*

*Suena su teléfono y contesta con voz entrecortada. No hay que preocuparse. No es un lío de faldas.*

*Track 5- 62 St. Suena «Old Hanoi».*

*Vive en la siguiente estación. Trabaja en Manhattan desde las siete de la mañana y todos los días, hace el mismo recorrido. Se llama Brian, es ateo convencido, pero limpia la catedral de San Patrick cuando los turistas se marchan. Mañana, 20 de julio, volverá a estar en el mismo sitio a la misma hora.*

*Track 6-71 St. Suena «Vietnam's Velvet review».*

*Brian se baja y en su sitio se sienta Brenda, 18 años. Desde mi asiento puedo escuchar los agudos restos del «Rape me», de Nirvana, que a todo volumen suena en sus auriculares. Ni su padre ni su madre entienden que el joven Johnny será un padre maravilloso. Que la quiere, y que además es el chico más popular de la pandilla. Mira desafiante a los vecinos del vagón. Brenda está cabreada. Muy cabreada.*

*Track 7- 79 St. Suena «Rock it, bastard».*

*Se sube la numerosa familia Levit. Joshua y Hanna con sus tres hijos. Chillan, revolotean y se mezclan con la multitud. El mayor será ingeniero, el mediano morirá en 11 años atropellado por un Chevrolet negro en la intersección de McDonald y la calle 50, aquí en Brooklyn, y el pequeño será un*

*afamado diseñador de páginas web.*

*El futuro se escribe con minúsculas.*

*Track 8-18 Av. Suena «Slow, baby, slow...».*

*Hay un receso. El vagón casi queda vacío. La familia Levit con sus tres hijos se baja. Los niños juegan por la plataforma de la estación, a diez o quince metros sobre la calle.*

*Nos quedamos Brenda y yo frente a frente. Continúa Nirvana y oigo «In Bloom».*

*Brenda es mala. Muy mala y lo sabe. O eso trata de aparentar.*

*Track 9- 20 Av. Suena «Little Tim, little friend».*

*Me fijo en uno de los cristales de las ventanas.*

*Hay grabada una frase telegráfica, seguramente con unas llaves:*

*«4Ever Jane».*

*Él venía del norte. Bajó en la estación siguiente después de terminar su declaración. Pensó en lo bueno que estaba el pastel de carne que su madre preparaba y esperó al siguiente tren para tirarse a las vías.*

*Hace tan sólo dos meses desde que Peter se quitó de en medio.*

*Jane buscó entonces una manera alternativa para moverse sin tener que volver al tren «D». Ahora hay un folleto publicitario posado en el asiento de Peter, bajo el cristal grabado.*

*Track 10- Bay Parkway Station. Suena «West 155 St».*

*Distingo carteles escritos en chino desde el vagón. Desde la altura, veo una discusión en la calle, entre un tipo con una bicicleta, y dos muchachos.*

*Hace aspavientos. Uno de los chicos le empuja, cae de la bici, se montan de un salto y salen calle abajo pedaleando a toda prisa. Dentro, en el tren, se montan un mendigo con botas de militar y gorro de lana, y un hombre con una enorme maleta. Lleva un panamá y camisa de flores. No sé con seguridad si viene o va, pero está en movimiento, y eso es lo que importa.*

*El mendigo vestido de invierno, después de cuarenta y cinco años, se sienta en el suelo y se queda dormido.*

*Track 11- 25 Av. Station. Suena «My last song». Hay una reunión alrededor de unas enormes pilas de neumáticos al final de la estación. Estoy llegando a mi destino y me parece pictóricamente insuperable esta etapa. Diez o doce personas, vestidas de invierno como el mendigo que duerme en el vagón, comen patatas fritas, y beben cerveza.*

*Puedo volver a ser el que era, piensa uno de ellos.*

*Jamás tendré la oportunidad de retroceder en el tiempo, piensa otro.*

*El tren avanza, y dejo a los dos pensadores, apoyando su cabeza en el mentón, posados sobre el caucho caliente, marca Rodin.*

*Track 12- 50 St. Suena «Taking the wrong way».*

*Veo la enorme estación de Stillwell desde aquí. El intercambiador es inmenso, con vigas vistas y me espera como una boca llena de dientes.*

*Brenda sigue con el grunge a todo volumen, el mendigo se despereza, y se bajan Barry y Stella. Se han estado mirando durante todo el trayecto. Cada uno toma una dirección. Esta noche, mientras cena con su marido, Stella pensará un par de veces en lo que pudo ser y no fue.*

*Él, en su apartamento de la calle 50, de madrugada, se dará la vuelta en su cama, y abrazará la almohada como si fuese ella. Al despertar no se acordará ninguno de los dos de sus miradas durante el trayecto, ni de la dirección que tomaron cada uno al bajar, en la estación, ni de su encuentro entre las sábanas y el calor de los sueños.*

*Track 13- Stillwell Av. Suena «Lions & Guitars».*

*Se acabó lo que se daba. El «D» Train ha llegado a su destino. Señores viajeros, fue un placer cruzarme con ustedes, un placer secuestrarles momentáneamente y un placer desnudarles con la mirada.*

*Suerte de gafas de sol, suerte de gafas de sol...*

*Entonces soy yo quien se levanta después de cuarenta minutos largos de viaje.*

*Brenda se acerca a la misma puerta de salida que yo, y entonces escucho con claridad la voz de Kurt Cobain.*

*Sin querer, y sobre todo sin que me vea, esbozo una sonrisa, recordándome a mí mismo, con su gesto impostado, su ceño fruncido y su aparente estado de alerta continuo. Nunca volveré a los 18. Nunca volveré a ver los viernes con aquella alegría.*

*Brenda tendrá el hijo que espera, y el joven Johnny, que ahora la quiere y que será un padrazo, terminará liándose con una rubia de pote, en el parking de la calle 79. Nunca, ni ella ni él volverán a los 18.*

*No volverán a ver los viernes de la misma manera.*

SEC 37.  
LIONS & GUITARS.  
EXT/DÍA

I

Vuelvo a pasear por el bulevar Riegelmann de Coney Island.

El escenario está a punto, los focos, todavía apagados, dispuestos para la ceremonia. Sogas y amarres cuelgan de las bambalinas, y todos los actores, maquillados, aguardan el imperativo del director, para comenzar la secuencia.

El mar está en calma y el termómetro marca 75 grados Fahrenheit.

Todo está como lo dejé aquella tarde con Sheila y Goryotán el sij. Tal y como lo abandonó Dangerous Rico. Todo exacto al día en el que comenzó mi paréntesis, mi escapada, mi intervención.

Los mismos hombres pasean pegados a sus teléfonos móviles, los mismos carritos de bebé haciendo ruido al girar sus ruedas, los mismos niños correteando por el camino de madera, con la vieja noria al fondo.

El sol luce en lo alto ahora, pero caerá hasta agazaparse mientras yo vuelvo en el ferry a Manhattan, tras los cables de acero del puente de Brooklyn.

La localización se presenta perfecta para tirar la máscara. El lugar es incomparable para que todo siga su cauce natural. Para que el río no se desborde, y en sus orillas continúen, movedizas, las arenas.

No hay sobresaltos, porque todo el mundo sabe lo que tiene que hacer. Cada uno tiene clara su función, y al primer chasquido, todo empezará a andar. El interruptor espera, las bombillas de la noria volverán a encenderse y los raudos vagones de la montaña rusa Cyclone, a correr como antes.

La inmensa y vistosa palanca que acciona esta última atracción del viejo Astroland espera nerviosa, como yo lo hago.

El parque se cerró hace tiempo ya. Pero continuamente, día tras día, sucede un último viaje en los coches de choque. Ese que se disfruta más que todos los anteriores. Ese que no se olvida y se instala en la memoria.

No hay mejor lugar que Brighton Beach para recordar, sentir y olvidar. No hay mejor río donde lavarse, mejor pila bautismal.

Y es que ahora se acaban las peripecias perseguidas con cámaras analógicas. Punto final a las ráfagas de fotos. Se acabaron la metralla de Rico, que me ha alcanzado, y sus heridas, que son más que superficiales.

## II

Ya he aprendido de ti, y de todos los que te habitan. He estado atento al final de tu lección de verano, con los apuntes bien tomados. Has hecho por mí lo que nadie podía hacer, por eso te quiero, Nueva York. Por eso te quiero y te odio al mismo tiempo, con tus ventiladores estériles y tu humedad pegajosa del mes de julio. Te quiero y te odio con tu música de circo, con tus payasos maquillados, con sus caras coloreadas, con tus enanos, tus forzudos, tus siameses, tus mujeres barbudas. Te quiero y te odio, con todos tus monstruos. Y es que ya he aprendido de ti y de todos los que te habitan.

Enseñas a aparentar, enseñas a mantener el tipo, a ser pisado con compostura, a gritar más fuerte que el otro, a revolverse como anguilas y conseguir los objetivos, enseñas a manejar y a ser manejado. Tú eres una ciudad egoísta y castigada, que se muestra generosa. Eres la maravillosa contradicción que nunca acaba.

Pero también, en tus esquinas escondidas, esas alejadas del gran público, las ocultas a ese que ha pagado la entrada para ver tu espectáculo, eres la verdad, eres la desnudez, eres la fuerza y el cariño. En las sombras de tus callejones está tu verdadero poder. Ese construido con vidas verdaderas, ese que ninguno se atrevería a sacar en un folleto de viajes.

El poder de tu reconstrucción, por arte de magia, por arte de birli birloque, como en tu circo exterior, ha llegado hasta mí.

## III

Antes de morir, Rico volvió de manera instintiva a tocar la misma música que hacía al principio. Volvió a su voz curiosa castigada por el asma, a los mismos dejes limpios de cantante pequeño, a la cadencia sincera del amateur, todavía sin castigar por el negocio.

Antes de morir, como una premonición, Rico volvió donde todo comenzó. Volvió al escenario donde emprendió su nueva vida, dando carpetazo a sus días de pandillero, alejado de las calles, los cuchillos y las cadenas con gruesos eslabones.

Y hasta para la despedida, me miro en su espejo, en su póster de tamaño natural y papel fotográfico.

Para abandonarle, para dejar en mi documental todos sus sueños, y poder reconstruirme, como la ciudad, tras la barbarie y la neurosis.

Ha llegado la hora de vivir, de construir mi mundo verdadero. Porque la esquizofrenia es adictiva como el tabaco y la coca, y el resorte, que aleatoriamente salta cuando quiere, se convierte en necesario y te tortura hasta un nuevo momento de lucidez que acaba, no se sabe hasta cuándo, con la neblina.

No hay ni una sola nube esta tarde en Coney Island. El cielo despejado, con esporádicos aviones publicitarios, el mar en la orilla, y el muelle de madera húmedo y podrido bien se merecerían una última foto.

## IV

El track número 13 comienza con sonido de playa, grabado una tarde en Brighton Beach por Goodall y Strong, antes de la gestación de 13/13/67.

*Lions & Guitars*

*Leones y Guitarras.*

*El invierno ya ha empezado.*

*Sácame de aquí, por lo que más quieras.*

*Sácame de Brighton, lugar de soledad...*

*Acaricio la arena, redimo mis pecados...*

*La gente que conozco, ya se ha marchado.*

*Sácame de Brighton, maldito lugar de soledad.*

*Tengo pesadillas en el camino,*

*Y un hombre extraño aparece en la senda...*

*Me asusto con sus caras coloreadas...*

*Sácame de Brighton, lugar de soledad...*

Entonces, la guitarra de Rico balbucea un solo perfecto, en el que las notas hacen maravillosas ondas como las olas del mar.

...Los leones se acercaban a la orilla y elegantes dejaban que el agua tocara sus patas delanteras. El palmeral que dejaban atrás se convertía en una jungla de edificios

y asfalto.

Miraban hacia atrás y veían la noria girar...

*Acaricio la arena, redimo mis pecados...  
La gente que conozco, ya se ha marchado.  
Sácame de Brighton, maldito lugar de soledad.*

*Pesadillas en mi camino,  
Dejo la senda de Coney Island...  
Me asusto con sus caras coloreadas...  
Sácame de Brighton, lugar de soledad,  
Sácame de Brighton, lugar de soledad...  
Ahora camino, y vuelo, nena. Salvaje  
Ahora vuelo, vuelo...  
Vuelo por encima del cielo...*

El ruido de las olas en Brighton Beach suena por última vez.

Después de unos segundos, la canción termina y todo queda en silencio.

No hay ni una sola nube, esta tarde en Coney Island. El cielo despejado con esporádicos aviones publicitarios, el mar en la orilla, y el muelle de madera húmedo y podrido bien se merecerían una última foto.

SEC 38.  
FERRY.  
EXT/DÍA

I

—¿Sheila, eres tú?

—Sí. Te he llamado más de diez veces estos días...

—Ya he visto tus llamadas.

—¿Y no has cogido el teléfono?

—No.

—¿Para qué llamas ahora entonces?

—Verás. Mañana vuelvo a Madrid.

—Pero... tenías que quedarte... Tenías que quedarte hasta final de mes.

—Han pasado muchas cosas, Sheila... Ya no pinto nada en Nueva York. Tengo material de sobra para escribir la... el guión del documental. Mi trabajo aquí ya ha terminado.

—¿Tu trabajo?

—Sí. Todo ha terminado ya. Volveré a casa, y hasta Navidad tendré todo el tiempo del mundo para acabar el libreto.

—¿Y lo demás?

—Lo demás también ha terminado.

—Así que soy una grabación más, eh...

—¿Cómo?

—Sólo una grabación.

—No digas eso.

—...Sólo un personaje más de tu viaje, una cara que se te olvidará como las del resto, una cara que se te olvidará como la ciudad...

—No voy a olvidarte.

—¿Sabes? Me importa muy poco lo que vayas a hacer. Me importa una mierda si me olvidas o no.

—Tú eres Nueva York, Sheila...

—¡Ah! ¿Ahora soy Nueva York?

—Sí. Y no te olvidaré nunca.

—¿Dónde coño estás? Oigo pájaros...

—En el ferry, volviendo de Coney Island.

—¿Hasta eso tienes controlado, verdad?

—Yo no controlo nada, Sheila.

—Hasta eso has calculado... Eres un embustero, vives en una mentira continua... ¿Has elegido el lugar donde nos besamos por primera vez, para llamarme y darme boleto? Eres asquerosamente meticuloso...

—No he elegido nada. No escribo dónde voy a estar, no medito nada ni miento...

—Sí, eres maquiavélico. Mientes y hieres por donde pasas. Mientes porque todo tiene que cerrarse, tiene que tener un final. ¿No podías decirlo de otra manera?

—Pero...

—Ya estaba bastante claro, Berko.

—¿Qué estaba claro?

—Déjalo, creo que esta conversación ya no va a ninguna parte.

—Quería despedirme, eso es todo. ¿Qué te pensabas? ¿Que era capaz de vivir en Nueva York? ¿Qué te creías?

—...Sólo una grabación. Una divertida parte de tu viaje, con las piernas abiertas, eso es lo que soy...

—Cálmate...

—Por suerte cuando vuelvas no estaré en la ciudad.

—Lo sé. Estarás haciendo fotos en Nicaragua o Guatemala, o qué sé yo dónde...

—Para entonces, yo también te habré olvidado. ¿Sabes? Tenlo por seguro... Te crees especial, único, te crees tocado con una barita mágica para entrar y salir en la vida de los demás, pero eres un cualquiera... Eso es lo que eres, un embustero cualquiera. Y pensar que hasta fui a buscarte al hotel...

—...Y pensar que era lo único que quería, que vinieras a buscarme... Verás, Sheila, ya estoy llegando a tierra.

—¿Ya estás en Battery Park? Muy bien. Final de trayecto. Me despachas con minuto y medio de conversación... Perfecto. ¿Sabes? Usa las fotos que hice, puedes metértelas por donde te quepan.

—Sheila, espera...

—Espero que todo te vaya estupendamente en tu vida lejos de aquí.

—Sheila, yo... También deseo que tengas suerte.

—Adiós, Berko.

—Adiós.

El muelle está en calma. He caído en una rara especie de limbo, en el que todos tienen el gesto relajado y, con un cierto automatismo, pasean con destinos claros y sin sobresaltos.

Desembarco en una isla distinta a la que dejé hace, apenas, unas horas.

El hombre que vende los periódicos de la tarde descansa en un banco y se abanica con una revista. Una mujer tira migas de pan a las palomas, y un perro de lanas grande parece reconocerme.

Es terrible pensarse en casa y estar a miles de kilómetros.

SEC 39.  
HOTEL DOMINIQUE'S.  
INT/NOCHE

I

Parece que el aire acondicionado del Dominique's funciona ahora con toda normalidad. Las manijas del reloj de pared de mi habitación corren con regularidad, y la temperatura es sanadora y agradable. Fuera, no me olvido, continúa el calor.

II

Por corte:

—...Muy bien, señorita. Todo OK.

—Vamos a confirmar: cambio de billete del 31 de julio, a mañana 20 de julio a las 18:00 horas, en el vuelo 7782 de Iberia con destino Madrid, Barajas, con llegada a las 7:15 hora local. Asiento de ventanilla 22A, no fumador. ¿Todo correcto?

—Salvo lo de no fumador, el resto bien.

—¿Perdón? No le he entendido...

—Nada, nada. No tengo muy buena cobertura aquí.

—Con el localizador, puede recoger su billete en la ventanilla de Iberia o en la oficina de facturación, con un máximo de tres horas antes del vuelo.

—Muchas gracias.

—Gracias a usted, señor Berkonsky. Gracias por elegir nuestra compañía y que tenga un buen vuelo con Iberia.

III

Agnes, la recepcionista, con la ayuda del *handyman*, ha conseguido solucionar el

problema de las bombillas del *hall*. Ahora lucen y muestran con esplendor los retratos familiares.

## IV

—¿Goryotán?

—¿Dígame?

—Soy yo, Berko.

—¡Berko! ¡Qué alegría!

—¿Cómo estás, amigo?

—Bien. Ya en casa con mi esposa...

—Verás. Necesito que mañana vengas a buscarme al Dominique's.

—¡Claro, señor! ¿A qué hora?

—Sobre las doce y cuarto.

—¡Allí estaré!

—Vamos al aeropuerto.

—¿Al Kennedy?

—Sí. Vuelvo a casa, amigo.

—Pensé que tenía que estar hasta final de mes...

—Es verdad, pero a veces las cosas no son como uno las imagina, amigo.

—¡Como llegó, se vuelve! ¡En mi taxi!

—¡Sí, Goryotán! ¡No cambies nunca! Mañana nos vemos.

—A las doce y cuarto como un clavo. No se olvide, señor, para lo que usted quiera, aquí están Goryotán y su «Magic Yellow Cab»...

## V

El resto de habitaciones habrá cambiado de clientes, pero no hay rastro de ninguno de ellos. Ni un solo detalle, ni una maleta, ni un documento que sirva de resorte para describirlos. Vuelven a ser igual de anónimos que antes, vuelven a ser una parte de una melé irreconocible. Son pequeños matices, pequeñas porciones insignificantes, como las ínfimas piedras que conforman el asfalto de cualquier calle de la ciudad, de cualquier vía de cualquier ciudad del mundo.

## VI

Maleta vacía. Caen pantalones vaqueros azules, negros, grises. Bermudas color crema, verde camuflaje, pantalón de vestir negro y dos bañadores.

Caen camisas recién planchadas blancas, negras y azules. También una de cuadros rojos y verdes, como un mantel de picnic.

## VII

—¿Agnes?

—Dígame...

—Soy Berkonsky, de la número 7.

—Dígame...

—Querría que prepare el *check out*, para mañana a las 12:00.

—Déjeme ver... ¿Tenía que marcharse el día 31, verdad?

—Sí. Tengo que adelantar mi vuelta.

—Disculpe... ¿Ha habido algún problema en el hotel, señor?

—No, Agnes. El Dominique's ha estado perfecto. No se preocupe.

—Bueno, pues para mañana a las 12:00 tendrá el *check out* preparado. Deje las maletas hechas que Henry, el *handyman*, se las bajará a recepción. No se preocupe por nada.

—Muchas gracias, Agnes. Buenas noches.

—¿Va a bajar a desayunar, señor?

—No he probado el desayuno del Dominique's ni un solo día. Pero mañana le prometo que disfrutaré del bufé...

—Es usted muy gracioso. Buenas noches, señor.

—¡Espere, Agnes!

—¿Si?

—La otra noche estaba usted muy guapa con el traje rojo.

—¿Se acuerda?

—Sí. Y seguro que el secretario Alfaro estará dando vueltas por el mundo, pero volverá a Nueva York. Se lo digo yo.

—Sí señor. Igual vuelve algún día... Buenas noches, que duerma bien.

—Buenas noches, Agnes, y gracias por todo.

—No hay de qué, Berkonsky.

## VIII

Caen diez o doce camisetas negras, rojas, verdes y blancas. Zapatos de vestir, deportivas, sandalias y chanclas. Las botas de *cowboy* vuelven, sin usar, en la misma caja en la que vinieron. Ropa interior limpia. Ropa interior sucia en una bolsa de plástico.

## IX

—Perdona que me haya ido tan rápido después de lo de Blaster esta mañana, pero estaba un poco saturado...

—¿Y ahora, cómo te encuentras?

—Ahora estoy muy tranquilo. Sé que el trabajo está prácticamente hecho.

—¿Quieres que comamos mañana?

—Verás, Goodall. He cambiado mi billete y mañana a las seis de la tarde vuelvo a Madrid.

—¡Un chico decidido!

—Sí. Tengo tiempo de sobra para terminar de redactar el libreto antes de Navidad...

—¿La primavera que viene estarás aquí de vuelta, verdad?

—Sí. Vendré unos días a ver cómo llevan el rodaje.

—Si tienes cualquier problema de documentación, o de otra cosa, sabes que puedes llamarme y que estoy a tu disposición.

—Muchas gracias, Goodall. ¿Sabes? Me quedo con las ganas de hablar con Wanda y de conocer al chaval, pero ha sido muy difícil.

—Lo es. Vive a un par de horas en coche desde el centro, en White Plains, con su marido.

—Sí, fue muy complicado.

—Tal vez cuando vengas a rodar...

—Sería estupendo.

—Ya la llamaré, a ver si consigo convencerla.

—Muchas gracias, Emmanuel. Gracias, de verdad.

—Bueno, muchacho. Que tengas un buen vuelo y buen viaje de vuelta.

—Ha sido un placer conocerte.

—¿Sabes, Berko? Igual en octubre tengo que ir a España por unos contratos y unas historias...

—Llámame, que te enseñe Madrid, amigo.

- Por supuesto.
- Un abrazo, Goodall.
- Hasta la vista.

## X

El neceser está ordenado en la balda del baño para meterlo en la maleta a última hora. El agua sale tibia en la ducha y se escucha de fondo el sonido de la televisión. Quiero ritmo y que todo acabe lo antes posible.

## XI

- ¿Quieres que vaya a buscarte?
- No, cariño. Cogeré un taxi. Es muy pronto y ahora tienes que dormir.
- Estoy embarazada, Berko, no paralítica.
- Ya está todo hecho aquí.
- Si vienes sólo porque estoy como estoy, es para matarte...
- No, tranquila. El trabajo está terminado y quiero verte. Eso es todo, además había olvidado que esta ciudad tiene un límite de estancia. Cuando lo rebasas, empiezas a volverte loco...
- ¡Qué cosas tienes!
- Y me da que yo ya he pasado esa línea. Quiero volver y verte. Nada más.
- Yo también, mi amor.
- Te llamo desde el aeropuerto, Dulce.
- Vale... Te quiero, Berko.

## XII

En la bolsa de mano y al lado de la grabadora, caen el *pendrive* con las entrevistas y las fotos. También la moleskine de la oficina, buena parte del considerable repertorio de bolígrafos, puntafinas y repasadores que ilustraban mi eventual escritorio en Okhra, los volúmenes sobre la arquitectura y el diseño de Nueva York y el folleto de Domino's Pizza como recuerdo. Tengo hueco para las compras de última hora en el

Dutty Free, y para un par de cartones de tabaco americano.

### XIII

Toda película, antes de poner el rótulo de «The End», tiene secuencias que actúan de catarsis, tiene uno o dos últimos fragmentos donde el héroe herido de bala es auxiliado por los médicos, con el dispositivo policial a punto, con las sirenas azules de los coches patrulla dando brillos y adornando los planos. Toda película tiene a los peritos levantando el cadáver del villano, cubierto con una especie de manta plateada o dorada.

Ahora estoy tumbado frente al televisor. La maleta está hecha, las llamadas realizadas. Tengo el localizador de mi nuevo billete apuntado en la moleskine, y allá lejos, en Madrid, ya saben que vuelvo a casa.

...Pueden entonces y sin problema comenzar los rótulos finales.

SEC 40.  
MAÑANA SIGUIENTE.  
INT/DÍA

I

—¿Quién es?

—Soy Emmanuel.

—¿Qué hora es, Goodall?

—¡Son las ocho! ¡Levántate!

—¿Qué coño pasa? ¡Son las ocho de la mañana, joder!

—Levántate, Berko, he conseguido la entrevista con Wanda en su casa...

—Pero... pero yo me voy a las seis de la tarde. Goryotán viene a buscarme a las doce... ¡Ella vive lejísimos! ¡Ya tengo la maleta cerrada!

—¡Ponte la ropa de ayer, no me jodas! ¡Paso a buscarte en quince minutos!

—¡Pero yo me voy!

—¡Estaremos de vuelta a las doce! ¡Hazme caso!

—¿Cómo quieres que llegemos hasta su casa en White Plains?

—¡No tenemos mucho tiempo! ¡Date prisa!

—... Ya me lo explicarás, porque ¿como no vayamos volando?...

—¿Tienes miedo a las alturas?

II

Otra vez la grabadora, otra vez la moleskine, otra vez vestirse y otra vez la premura de la ciudad. Nueva York clama por una revancha. Nueva York quiere jugárselo, conmigo todo en la última mano. Nueva York vive a tirones, y a tirones me lleva, como Goodall, hasta el helipuerto del muelle 6 del East River, a tan sólo veinte metros de la Plaza de los Veteranos de Vietnam.

Las hélices del helicóptero naranja, como el ferry de Staten Island, revuelven el aire y el ruido se vuelve ensordecedor.

Entonces, el piloto nos coloca dos inservibles y ostentosos chalecos reflectantes, y nos ata con fuerza a la sillas. Nos pone unos cascos. Llama al copiloto y se montan ellos también.

La tripulación está dispuesta y las coordenadas señaladas: Aeropuerto de White Plains. Población, 200.000. Máquina al aire.

SEC 41.  
VISTA AÉREA.  
EXT/DÍA

I

Ahora sí, la ciudad desde el aire...

Esta es la despedida que nos merecemos tú y yo, y no la amarga conversación desde el barco, y no las lágrimas del autobús de vuelta de South Dartmouth, y no la ansiedad del cementerio. Esta es la última tentación que posas, delicada, en la palma de mi mano.

¿Y crees que no lo he pensado antes? ¿De verdad creíste que no pasó por mi cabeza borrar cada uno de los minutos de mi vida, antes de volver a ti? Porque tú y yo, querida, en el fondo nos conocemos desde siempre. ¿Llegaste a imaginar que sería tan fuerte como para no ceder a tu ronroneo matutino?

Tu sonido es colosal cuando empiezas a despertarte, Nueva York. Cuando entre las sábanas te desperezas y dejas tu pecho al aire al darte la vuelta.

El susurro de tus coches, de tus camiones de reparto, de tus mensajeros audaces que cruzan de un lado a otro por tus calles, por tu cuerpo ordenado, por tu cuadrícula trazada con destreza.

Y veo tu parte sur desde el aire. Veo Brooklyn, el puerto y las lápidas de Greenwood, veo Staten Island, Governors Island y la Estatua de la Libertad mientras abres los ojos y miras a través de la ventana de tu apartamento, todavía desnuda.

Los altos rascacielos se enredan con tu cabeza apoyada en la almohada y como afilados colmillos de lobo se reivindicán. Las filosas navajas sexuales del Distrito Financiero me miran desde abajo, y yo hago reverencias desde el cielo.

Eres alargada y esbelta. Eres preciosa y en cada palmo de tu cuerpo, en cada barrio, pequeño desde el aire, se esconden tus encantos.

Te desperezas, te contorsionas en la cama, y me ofreces la manzana, la gran manzana, que yo observo con temor. Entonces caigo, entonces descendemos unos metros y, por última vez, te muerdo.

Y te conviertes en el paraíso perdido desde el aire. En el jardín lleno de serpientes y manzanas rojas, como los edificios de Hells Kitchen.

Disfruto de ti, disfruto sabiendo que mañana volaré lejos, pero que tú estarás esperándome con las piernas entreabiertas. Que siempre estarás dispuesta para mí, si quiero volver a tocarte.

Esta es la despedida que tú y yo nos merecíamos.

El terreno vacío de las torres esperando proyectos, los edificios altos, las casas bajas del Soho, los depósitos de agua de Tribeca, repletos y aguardando momentos de sequía, los cables de teléfono que se enredan en desperezos y bostezos con tu media melena. Los muelles de Chelsea, las azoteas del Village, tu boca valiente y tus ganas de ser querida.

Disfruto de ti, cuando me miras desde abajo, te recoges el pelo y sigues haciéndolo...

Ya estás despierta y no pierdes el ritmo, de un día para otro. Eres frenética y disfrutas con pasión de las mañanas.

Entonces me miro en tu espejo de brillos desde arriba, y me recuerdo en Beekman Place cuando era niño y subía al Cadillac negro de Mirage, la compañía de coches. Y cuando no tan niño fumaba canutos en el *cul-de-sac* de la calle 52, mirando el Queensboro Bridge y Roosevelt Island, con impostado gesto de nostalgia.

Tú continúas como entonces, eres el elixir de la eterna juventud, porque tus aceras no cambian, tus avenidas perduran y me llenan de energía.

Sobrevuelo Midtown, me pierdo en la altura del Empire State, y dejo a la izquierda Hoboken y Union City. Queens y Jackson Heights a la derecha.

Estás preciosa esta mañana, Nueva York. Y tu gesto está ahora relajado, y me sonríes, y me abrazas, y fumamos los dos después de la pasión, y me haces café en un lugar sin nombre de la Primera Avenida en el que huele a pan recién sacado del horno, y me dices que me quieres, y yo te respondo, y tiras el pitillo al suelo, y vuelves a la carga sin darme oportunidad de recobrar el aliento.

Sabes que no me queda mucho tiempo y que pasará mucho hasta que volvamos a vernos.

Pero sí, esta es la despedida que tú y yo nos merecíamos, y no la amargura del ferry volviendo de Coney Island.

Y me atacas con Central Park y su lago, y tus caricias en el Edificio Dakota, y tus besos en mi ombligo, y los tejados verde esmeralda del viejo hotel Plaza, y el edificio blanco y negro rayado de FAO Swartz, y vuelves al parque con sus pistas de baseball en vuelo rasante, y al viejo zoológico y a los paseos jugando a ser un adolescente con problemas sin tener ni uno solo.

Lincoln Square se ve tranquilo desde el aire, y distingo a paseadores de perros al otro lado en Upper East Side, y entonces te vuelves perversa, y me encanta, mientras mueves y me invitas a pasar la vida en tu cintura de avispa, y entonces entro con vigor en Harlem y veo Columbia, y la Iglesia Abisinia, y su gospel de los domingos,

y su heladería, y sus camareros negros con gorro de los años cincuenta, y su música fastuosa.

El ritmo que imprimo no te satisface, pero es tu función y no la mía, la de hacerme disfrutar por última vez.

Gimes por la mañana en Spanish Harlem, y gritas entre historias de puertorriqueños e irlandeses en el West Side. Bailas, y eres la película que siempre quise protagonizar mientras vuelo sobre tus puentes del norte, con el Bronx al frente.

Quedan pocas horas y tú no pierdes el compás, tu metrónomo jadea y entro en Washington Heights, donde tiramos las primeras fotos, y donde empiezan tu barbilla, y tus labios carnosos, que beso con premura, con el reloj de pared como único testigo, marcando inmutable los segundos que quedan para partir.

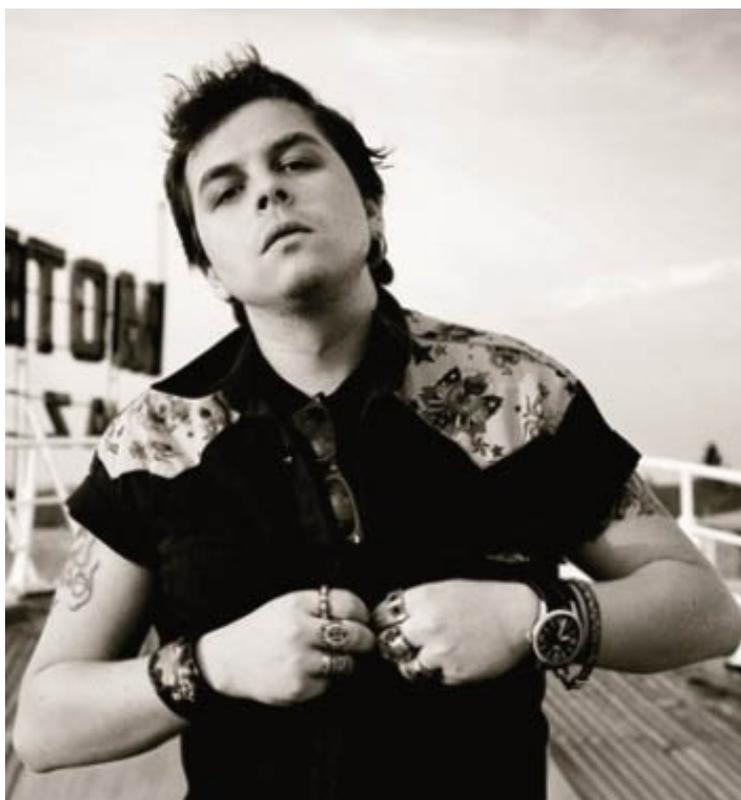
Terminamos y te miro a los ojos, cerca del pequeño faro de pared roja donde murió Rico. Y sobrevolando Ingwood, comienzo a despedirme, y entonces caigo del sueño con banda sonora, y vuelve el ruido de las hélices del helicóptero con Manhattan al fondo, rumbo a White Plains, junto a Goodall.

Pero me resisto, y te saco un último beso con lágrimas en los ojos. Arranco de ti un último beso, mientras tus manos se alejan de las mías y entonces me quedo solo, y vuelve el ruido de las hélices del helicóptero con Manhattan al fondo.

Esta sí, querida mía. Esta es la despedida que tú y yo nos merecíamos.

THE END

Esta novela se terminó de escribir  
en alguna calle de Santander,  
con 35 grados centígrados,  
a 2 de Julio de 2011.



JIMMY BARNATÁN (Madrid, 1981). Escritor, cineasta y músico, ha publicado una novela, *Atlas* (2005), y ha mantenido el blog *A toda noche*, con notable audiencia, para la edición digital del diario *El Mundo*, además de colaborar con diversas publicaciones. Como actor, ha participado en 18 películas —*El día de la Bestia*, de Álex de la Iglesia; *Torrente*, 1 y 3, de Santiago Segura; *El robo más grande jamás contado* y *El corazón del guerrero*, de Daniel Monzón, son sólo algunas—, numerosas series de televisión, como la popular *Los Serrano*, y obras de teatro como *Shitz*. En su faceta de director y guionista tiene en su haber varios cortos, como *Macarra*.

*New York blues* es su segunda novela. Escrita en paralelo a la composición y grabación de los temas publicados en su segundo disco, *After the blue times*, que salió al mercado este mismo año, tiene grandes concomitancias con él. El lector que escuche el disco, y viceversa, se dará cuenta enseguida. No sólo el sonido de la novela habla de *rock*, de *blues* y de *rythm and blues*, sino que hay personajes y temas que se cruzan y, sobre todo, tanto en el disco como en la novela, una voz peculiar, personalísima y original.

# Notas

[1] *N. d A.* «Vestido en azules» es un juego de palabras del personaje. Azules y Blues se escriben de la misma manera. «Vestido de blues» sería una traducción más literal, pero sin sentido en castellano. Podría tratarse también de una referencia a la novela de Mosley. <<